

Antología Poética Dominicana

SELECCIONES, PROLOGO Y NOTAS CRITICAS

FOR

PEDRO RENE CONTIN Y AYBAR



LIBRERIA DOMINICANA

CIUDAD TRUJILLO 1943.

DE ESTA OBRA SE HAN TIRADO, EN
PAPEL ESPECIAL, VEINTE Y OCHO
EJEMPLARES MARCADOS DE a A z
Y VEINTE Y DOS EJEMPLARES NU-
MERADOS DE xix A c, FUERA DE
COMERCIO.

E J E M P L A R

ES PROPIEDAD, queda hecho el depósito que marca la Ley.

CONTIENE:

	PÁG.
NOTAS ACERCA DE LA POESIA DOMINICANA	i
<i>POETAS NACIDOS ENTRE 1845 Y 1900</i>	
JOSE JOAQUIN PEREZ (1845 - 1900)	1
El amor de Magdalena (Croquis bíblico)	
El junco verde	
El nuevo indígena	
El voto de Anacaona	
La vuelta al hogar	
Símbolo	
SALOME UREÑA DE HENRIQUEZ (1850 - 1897	15
La llegada del invierno	
Ruinas	
Mi ofrenda a la Patria	
ENRIQUE HENRIQUEZ (1859 - 1940)	22
A través de las sombras de la noche.	
<i>El ángelus</i>	
La canción del avaro	

	PÁG.
La escena del Café Martín	
Lejanía	
<i>Never more</i>	
GASTON F. DELIGNE (1861 - 1914)	29
Angustias	
De luto	
En el botado	
Mairenf	
Ololoi	
ARTURO B. PELLERANO CASTRO, <i>Byron</i> (1865-1916)	43
Criolla - A Mercedes Alfau	
Criolla - A tí...	
En el cementerio	
FABIO FIALLO (1866 - 1942)	48
Con mi sonrisa plácida	
En el atrio	
Esquiva	
<i>For ever</i>	
Gólgota rosa	
Mi infantina	
Misterio	
Nochebuena	
Pierrot	
Plenilunio	
Una voz dirá tu nombre	
ANDREJULIO AYBAR (1872 -)	56
Cantemos al Señor	
De pordiosero	
En donde brillas	
Interesada ofrenda	

	PÁG.
Recrecimiento	
Sinfonía en mí	
O. VIGIL-DIAZ (1880 -)	69
Tímpano de la montaña	
Visión lunar	
RAFAEL DAMIRON (1882 -)	72
A Rafael Damirón hijo	
Campesina	
Criolla	
<i>Pro filis</i>	
VALENTIN GIRO (1883 -)	76
Alma	
Ensueño	
Virgínea	
FEDERICO BERMUDEZ (1884 - 1921)	79
Atrio	
Campanas de la tarde	
Oh! tardes adorables...!	
Pareces una tarde	
Símbolo	
Serenamente gris	
OSVALDO BAZIL (1884 -)	84
El alba de los mendigos	
Pequeño nocturno	
VICTOR GARRIDO (1886 -)	87
Aria de otoño	
El camino en la montaña	
Elegía blanca	

	PÁG.
Hogareña	
La voz del silencio	
<i>Pax</i>	
R. EMILIO JIMENEZ (1886 -)	93
Boda de ruiseñores	
El encuentro del perro	
El poder sonoro	
Mis dos madres muertas	
EMILIO A. MOREL (1887 -)	98
Aquel lucero blanco	
Canaán	
San Francisco de Asís entre los pájaros	
APOLINAR PERDOMO (1889 - 1918)	111
Amo y odio a la vez tu albo sombrero	
Canción de amor	
Génesis	
ENRIQUE AGUIAR (1890 -)	117
A San Francisco de Asís	
Asno, paciente asno	
Canto a la Fe	
Ciudad heráldica	
La excusa	
J. FURCY PICHARDO (1891 -)	126
Canto al Amor (<i>Fragmento</i>)	
Hora de Estudio	
Mujer	
RICARDO PEREZ ALFONSECA (1892 -)	130
A los niños	
Oda de un yo	

	PÁG.
DOMINGO MORENO JIMENES (1894 -)	138
A mi hija	
Confidencias	
Desasimiento	
El poema de la hija reintegrada: Agonía	
Los últimos cangilones de la primavera	
Maestra	
Siesta	
Una voz en el alba	
Urania	
Versos de amor y de misterio	
VIRGILIO DIAZ ORDOÑEZ, <i>Ligio Vizardi</i> (1895 -)..	152
A mi bastón	
Como una cicatriz	
El acto	
El rosario de plata	
Intimismo	
Presagio	
MANUEL LLANES (1899 -)	158
Oración a la madre muerta	
Rutas nocturnas	
RAFAEL AMERICO HENRIQUEZ (1899 -)	161
Canción de cuna	
Diez doncellas	
El hurto	
La jornada	
Va cantando	

	PÁG.
<i>PARENTESIS FEMENINO</i>	
ALTAGRACIA SAVIÑON	166
Mi vaso verde	
LIVIA VELOZ	168
Capricho	
Madre	
Sumisión	
AMADA NIVAR DE PITTALUGA	171
El hijo	
Engaño	
Roja tinaja generosa	
Tengo una bella tristeza	
Yo bendigo tus manos	
DELIA WEBER	176
Encuentro	
Las hermanas	
Nada	
Reencarnación	
Voz errante	
CONCHA BENITEZ DE VALERA	181
Intrusa	
Mi carga	
Músicas	
¡Oh corazón!	
Otoño	
Prisión	
MARTHA MARIA LAMARCHE	187
Como la espiga	

Junto a la corriente
 La carga
 Lluve
 Vaguedades
 Viento
 Ya en tus redes

CARMEN NATALIA (CARMEN NATALIA MARTINEZ
 BONILLA) 192

Aquí me tienes tú
 Darse
 Deja que descanse
 Fantasía
 He vuelto a estar a solas con mi alma
 Mi risa
 No digas a nadie
 Una tarde sin sol en tu cabaña

POETAS NACIDOS EN EL SIGLO XX

ARMANDO OSCAR PACHECO (1901 -) 199

Alma de media noche
 Motivos de Pierrot
 Porque vino de tí

LUCAS PICHARDO (1903 -) 203

A una casita
 A una tinaja
 Camino
 El gallo
 Fracaso
 La piedra
 Los colores

	PÁG.
Lluvia	
Otoño	
TOMAS HERNANDEZ FRANCO (1904 -)	209
Contigo	
Proyecto	
Salutación a Pancho Alegría, Capitán de Goleta	
FRANKLIN MIESES BURGOS (1907 -)	213
Canción de la amada sin presencia (Antigénesis)	
Canción de la niña que iba sola	
Canción de la voz florecida	
Canción de los ojos que se fueron	
¿Que serafín es ése?	
Tienda de fantasía	
MANUEL CABRAL (1912 -)	222
A Concho Primo	
Acordeón	
Acuarela	
Juguete para los ojos	
La calle del terruño	
Mi canción	
Mulata	
Piedra y sol	
Sinfonía negra	
Tierra familiar	
Tierra nueva	
PEDRO MARIA CRUZ (1912 -)	231
Llanto por la hermanita que murió a los catorce años	
Poema del entusiasmo triste	
Signo melancólico	
Voces mudas	

	PÁG.
TOMAS MOREL (1913 -)	234
Acordeón	
Con viejas cuentas	
Framboyán	
Si no fuera por taita	
GLADIO HIDALGO (1912 - 1937)	238
Compañera	
El Hospedaje	
La promesa a la madre	
Pero...	
Soneto judío	
Tu antojo	
HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL (1912 -)	244
Canción suave a los burros de mi pueblo	
Canto triste a la Patria bien amada	
Dadnos del agua que hay en la tierra	
Invitación a los de arriba	
Retorno al hombre	
Secreto	
PEDRO MIR (1913 -)	265
Abulia	
Alegría de la mañana blanca	
Bolero-Son	
Grito para enterrar un maestro	
Poema del llanto trigueño	
<i>Pour toi</i>	
RUBEN SURO GARCIA-GODOY (1916 -)	273
Alba escrita en la tarde	
Cuatro poemas y una sola intención:	
I Estrofas de pueblo para muchacha de campo	

II Estrofas de campo para muchacha de campo	
III Estrofas de campo para muchacha de pueblo	
IV Estrofas de pueblo para muchacha de pueblo	
Palabras de niebla' en presente de olvido	
Poema en dos encuentros y una ausencia	
Proletario	
Soneto de yodo y sal	
FCO. DOMINGUEZ CHARRO (1918 -)	283
Canción del pescador	
Canción del recuerdo triguero	
Grave	
Viejo negro del puerto	
Yo que no he visto nunca	
MARIANO JOSE LEBRON SAVIÑÓN (1922 -)	290
Canción (En tu casa puso el viento)	
Canción (Estaba frente a frente a tu sonrisa)	
Canción (Partiré sin olvido ni rencores)	
Canción (Sombrío caminante me detuve)	
Canción eterna	
Me duelen estos hombres	
 <i>INDICES :</i>	
INDICE ALFABETICO DE AUTORES	295
INDICE ALFABETICO DE COMPOSICIONES	297
INDICE ALFABETICO DE PRIMEROS VERSOS	304

*"A poem should not mean
But be".*

Archibald MacLeish.

**PROLOGO:
NOTAS ACERCA DE LA POESIA DOMINICANA**

CARACTER DE LA POESIA DOMINICANA

El carácter general de la poesía dominicana es lírico, condición que ha originado una difusa y abundante poética donde el tono menor lleva la voz cantante. La especie amor prima, y los suspiros y los ditirambos ocupan tanto espacio, que no queda más, ni para el paisaje, ni para la flora y fauna peculiares del país, y sólo muy pequeña parte para la épica, con una variación SUI GENERIS, los llamados "poemas civiles", y otra, apenas esbozada, las "criollas".

No se han formado con propiedad escuelas, ni las corrientes europeas del pensamiento han conducido, determinadamente, la obra de los poetas dominicanos, agrupándolos bajo tal o cual tendencia, por lo que su estudio comporta el análisis particular de cada un poeta, y cuando de juntarlos se trata, la forma única a escoger es la cronológica, para estar en lo justo, dividiendo la obra literaria en lapsos que pueden variar según el gusto de quien hace el estudio, y llamarlos acordando el tiempo con la Historia Nacional, Poesía de la Colonia, Poesía de la Primera República, Poesía de la Restauración, etcétera, o aceptar una clasificación más elástica, por ejemplo: "Los que tenían veinte años en . . .", según la fórmula originalísima adoptada por Albert Thibaudet en su "Historia de la Literatura Francesa".

TENDENCIAS EN LA LITERATURA DOMINICANA

Pero hay, para distinguir, dos tendencias marcadísimas: la poesía con carácter dominicano y la poesía de factura europeizante. Vale decir, los poetas SITUADOS en el ambiente, con poesía propia, y los poetas seguidores de los cauces del pensamiento universal, sin expurgo alguno. Ambos aspectos originan una clase especial de poesía: la poesía autóctona, nacional sin ser nacionalista, y la poesía sin peculiaridad, que tanto puede ser hecha en España como en Honolulu, a la sombra de Verlaine como a la sombra de Omar Khayyám.

En un caso se ha caído entre las sirtes del FOLKLORISMO abusándose del color local, empleando los vocablos a la manera desfigurada que los usa el pueblo y queriendo reflejar con ello el verdadero sentir nacional, erradamente. La moda subsiste aún en cierto sentido, aunque más bien reducida a ser característica del cuento y de la novela.

Este vicio era preferible, quizás, al otro extremo. Los poetas, desentendidos por completo del ambiente, no podían reflejar en su poesía ninguna emoción verdaderamente sentida, sino derivaban al virtuosismo, frío, sistemático, incoloro, insulso.

Dicha dualidad es causa de la relativa pobreza de la lírica nacional. Pobre en cuanto que carente de fuerza para hombrearse con Europa y con Norteamérica. A los poetas no les ha sido posible hallar un medio de expresión libre, universalista y, sin embargo, fiel trasunto del complejo criollo. Una voz propia, personal, afincada en la Patria, pero consciente de la universalidad, habría podido dar al mundo la necesaria orientación americanista y sus

resultancias devendrían renovamiento de gastados mitos, prestándole a la poesía americana el valor, y la resonancia, que la tierra feraz reclama.

LA DOMINICANIDAD

Entre nosotros, el nacionalismo se inicia con las FANTASIAS INDÍGENAS de José Joaquín Pérez. Las poesías, evocando las costumbres de los indígenas del país, antes del Descubrimiento, están salpicadas de voces LUCAYAS o GUARANIES, para darles sabor. Desgraciadamente, es en éste adorno donde reside toda la fuerza de la poesía, que no pasa de ser intento de rememoración sentimental, aunque academicista, de la extinta raza de los primeros pobladores de la Isla.

No hay ningún otro movimiento dominicanista hasta la aparición de las CRIOLLAS de BYRON (Arturo Benito Pellerano Castro), que en cierto modo es continuado por la labor criollista de Rafael Damirón y de Tomás Morel y, a ratos, por Rubén Suro.

Viene después el POSTUMISMO. Pero el POSTUMISMO como se verá más adelante, es en principio morbo literario modernista. Por la separación de los lineamientos clásicos, adquiere perfiles nacionales y es la fuente que genera el río de la verdadera dominicanidad cuando, años más tarde, al convertirlo Moreno Jiménez en "religión americanista", otro poeta nuevo, Héctor Incháustegui Cabral, campa por los fueros de la universalidad, mas desde el punto de vista dominicano. Esto es, que los problemas son humanos, sin banderías, y el verso, autóctono, tiene su elemento en la patria misma: la flora, la fauna, la ideología, el sentimiento, son dominicanos, en función, sin embargo, de

parte integrante del concierto universal, desde el comienzo del principio a la intangibilidad del fin.

INFLUENCIAS

Pasadas la época Colonial y las primeras décadas del siglo XIX, el carácter español deja de ser lo dominante en nuestra literatura y con la adopción del Código Civil napoleónico, la impronta del intelectualismo dominicano es francesa. Los ismos europeos perturban a los iniciados, a través de Rubén Darío, principalmente. Una poesía preciosista o academizante, donde florece la mitología griega y en la cual, para hablar de la Patria son menester voces y pensamiento de rezumo clásico-decadente, ocupa la intención y llena la labor de un fuerte núcleo, dado al soneto, con preferencia, pero de entre quienes no surgen muchos libros, aunque nace un buen poeta: Ricardo Pérez Alfonseca, de firme cultura clásica y estro brillante y en quién se reúne la solidez de los maestros y la aligera emoción de los nuevos.

Para llegar a esta nueva concepción de la poesía, un grito aislado, de honda percusión, sin embargo, contribuyó notablemente a enderezar pasos en procura de la libertad de expresión: VIRGINEA, de Valentín Giró y otro, en prosa: EL OLOR DE LA TIERRA MOJADA, de Andrejulio Aybar. El gillete académico se esfumaba y el imperio de la poesía quedó asegurado.

EL MORBO DE LA ORIGINALIDAD

Los cauces fueron normales hasta cuando Vigil Díaz "organizó" el VEDHRINISMO, (1) modalidad poética propia, de una

(1) Anterior al ultraísmo en España, y su semejante.

rareza singular, con nomás un seguidor estimable Zacarías Espinal, y de la que arranca, discutiblemente, el POSTUMISMO de Domingo Moreno Jiménez.

Hasta entonces, lo que mueve a los poetas es el afán de la originalidad. No hay una idea constructiva fija. La independencia que buscan es olvidar la férula académica y muchas veces podría interpretarse su albedrío como condición de insuficiencia para resolver los ásperos problemas de la métrica.

EL POSTUMISMO

Se ha preguntado a menudo qué es el POSTUMISMO. Su iniciador ha escrito tantas normas estéticas como publicaciones de sus poesías ha hecho. Los discípulos y los atraídos al movimiento definen en sí mismos la emoción POSTUMISTA. Una sola cosa les es común: el ansia de libertad, de independencia y sus consecuentes pecados: el prosaísmo y el mal gusto (2). Los observadores imparciales hallan en ésta, la verdad inherente a todas las escuelas: que el maestro vale y los discípulos rara vez pasan de serlo, y en ese caso, fundan otra escuela (3).

A Domingo Moreno Jiménez se le sumaron muchos admiradores, entre ellos, como satélites principales Rafael Augusto Zorrilla y Andrés Avelino, y, además, Rafael Andrés Brenes, Ra-

(2) "La poesía postumista se conceptúa vulgarmente por vocablos más o menos ingratos a la apreciación del lector, así se oye decir: "eso es postumismo", tan sólo porque tenga palabras grotescas o no clasificadas en los llamados vocablos poéticos". (Andrés Avelino — Panfleto Postumista — 1921).

(3) Andrés Avelino, p. ej., tiene en su haber una "poesía matemática" y una "poesía fenomenológica".

fael Américo Henríquez, Manuel Llanes, Jesús María y Pedro Troncoso Sánchez, Julio A. Cuello, Francisco Ulises Domínguez, Ramón Pérez Ortiz etc., nombres que aparecen en "El Día Estético", la publicación mensual a ratos y esporádica después, del grupo.

El POSTUMISMO, a pesar de sus muchos detractores, ha sido el movimiento más consistente, el de más ramificaciones, el más imitado, el de mayor espíritu combativo y el único que persiste, pues su creador, y su continuador incansable, D. Moreno Jiménez, con relieves continentales (4), es, a la fecha, todo el POSTUMISMO.

VALOR DE LA POESIA DOMINICANA

Examinándola en conjunto, la lírica dominicana no desmerece, comparada a sus similares de indoamérica, aunque es justo confesar que no ha producido un gran poeta, pese a la fama interamericana conquistada por unos cuantos nombres: Para determinar la condición de poesía es menester tomar en cuenta la CALIDAD poética y su resonancia ulterior. A menudo se mistifica la poesía y versificadores estimables, rigurosos de la métrica, venden su piel de lobo como vellón de cordero pascual. La República Dominicana es una patria de poetas. Los amantes y los cultivadores del verso son innumerables. Resulta peligroso, pues, penetrar esa selva, donde puede ser inducido a engaño quien de sus primeras impresiones se fie.

(4) El distinguido profesor chileno don César Bunster, lo proclamó públicamente en una Conferencia en el "Ateneo Dominicano", "par del gran poeta Pablo Neruda".

Ha habido, hasta ahora, un errado concepto literario de nuestro país. La falta de un medio de expresión, la escasez o la ausencia de relaciones intelectuales entre los pueblos de América, nos aísla. Y, como de la choza perdida en el bosque cuando se la entrevé a la distancia, de nosotros, a veces, sólo el humo de un guisado, o de una quema de desperdicios, se alza para la denuncia viviente.

FUENTES

Las fuentes de estudio son pobres. Por regla general, los poetas no publican libros. Se les conoce por los periódicos y las revistas locales o en los íntimos corrillos literarios. No se ha dado a la luz una completa historia de nuestra literatura. Algunos ensayos eruditos, los de los doctores Apolinar Tejera (5), y Pedro Henríquez Ureña (6), —únicos aparecidos en libro—, no pasan de la época colonial, quedándose, por consiguiente, en la prehistoria. Otros, los publicados por el doctor Américo Lugo en folleto (7) o para servir de prólogo a libros de autores nacionales (8), o por don Federico García Godoy, con el carácter de noticias en publicaciones del o para el extranjero (9), son simples apuntes de referencias, sin constituir propiamente un estudio general de la literatura dominicana.

(5) APOLINAR TEJERA: *Literatura dominicana: comentarios crítico-históricos* (1922).

(6) PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1936).

(7) AMERICO LUGO: *Bibliografía* (1906).

(8) AMERICO LUGO: *Prólogo a la novela "Pinares Adentro"*, de Pedro M^a Archambault (1929)

(9) FEDERICO GARCIA GODOY: *La literatura dominicana. En la Revue Hispanique*, Tomo XXXVI.

A la profesora Abigail Mejía Soliére, en sus textos de literatura para uso de los alumnos de la Escuela Normal Superior, es a quien corresponde haber dado a conocer la obra con mayor cantidad de datos sobre la materia (10). Por último, es digno de mención que en la revista "Ba(h)orúco", el licenciado Néstor Ibo Contín Aybar, bajo el título "Enciclopedia de Ba(h)orúco", publicó una parte estimable de su completísima "Historia de la literatura dominicana", inédita en su mayoría.

Esto, en cuanto a la literatura dominicana en general. Respecto de la poesía en particular hay poco que decir.

ANTOLOGOS Y ANTOLOGIAS

La primera antología poética es la "Lira de Quisqueya", de José Castellanos (11), publicada en 1874, en la cual se incluyen poesías de Manuel María Valencia, Javier Angulo Guridi, Félix María del Monte, Nicolás Ureña, Félix Mota, José María González, Josefa A. Perdomo, Manuel de Jesús de Peña, José Francisco Pichardo, José Joaquín Pérez, Manuel Román y Rodríguez,

(10) ABIGAIL MEJIA S.:

- a) Historia de la literatura castellana. Estudio histórico que comprende la Literatura Hispano-Americana y de un modo especial la Historia de la Literatura en Santo Domingo (1929)
- b) Historia de la literatura castellana. Estudio histórico-crítico que comprende la literatura hispano-americana. Segunda edición, (1933).
- c) Historia de la literatura dominicana — Nueva edición. (1937).

(11) LIRA DE QUISQUEYA. Poesías dominicanas escogidas y coleccionadas por José Castellanos, con notas biográficas de sus autores. Santo Domingo, Imprenta de García Hermanos. 1874.

Manuel de Jesús Rodríguez, Federico Henríquez y Carvajal, Juan Isidro Ortea, Salomé Ureña, Francisco Javier Machado y Apolinar Tejera, que han muerto todos, con excepción del Maestro don Federico Henríquez y Carvajal, quien aún produce con su talento privilegiado. Esta "lira" es de gran interés histórico, pero hay que observar que muchos de los en ella seleccionados, no tienen otro valimiento, como poetas, que su inclusión ahí.

Sin embargo, es la que ha servido para la representación dominicana en la "América Poética", de don Domingo Cortés, (París, 1875), que no conozco (12).

En la "Historia de la poesía hispanoamericana", publicada en el 1911 por el doctor don Marcelino Menéndez y Pelayo, no figuran poesías sino de doña Leonor de Ovando, a pesar del copioso envío héchole por la Comisión nombrada al efecto (13), con su "Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo", porque, "por vivir la mayor parte de sus autores no han podido figurar", según dice don Marcelino, pero da los nombres, "para utilidad y guía de futuros investigadores de la historia literaria de Quisqueya: Doña Salomé Ureña de Enríquez, Encarnación Echavarría de Delmonte, Josefa Antonia Perdomo, Altagracia y Luisa Sánchez, Elena Virginia Ortea, Don Francisco Muñoz del Monte, Felipe Dávila Fernández de Castro, Manuel María Valencia, Javier Angulo Guridi, Félix María del Monte, Félix Mota, Nicolás Ureña, Manuel de Jesús Heredia, José Francisco Pichar-

(12) Cotéjese la lista de poetas incluidos en ella, con la que aparece en la Nota 2, pp. 311-12, de la "Historia de la poesía hispano-americana", de don Marcelino Menéndez y Pelayo (1911).

(13) Formaron la Comisión: Don Francisco Gregorio Billini, Doña Salomé Ureña de Henríquez, don Federico Henríquez y Carvajal, don Pantaleón Castillo y don César N. Penson.

do, Manuel Rodríguez Objío, Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, Francisco Gregorio Billini, José Joaquín Pérez, Manuel de Jesús Rodríguez, Federico Enriquez y Carvajal, Juan Isidro Ortea, Francisco Javier Machado, Apolinar Tejera, Miguel Alfredo Lavastida, Nicolás Heredia, Federico García Godoy, José Dubeau, César Nicolás Penson, Pablo Pumarol, Emilio Prudhomme, Enrique Enriquez, Gastón Fernando Deligne, Juan Elías Moscoso, Arturo B. Pellerano, José Otero Nolasco". Y terminaba don Marcelino: "Añádense también algunas coplas, décimas y otras muestras de poesía popular, o más bien vulgar" (sic).

Esta Historia y esta Comisión han determinado, al parecer inapelablemente, el QUIÉN ES QUIÉN de la poesía dominicana. No es éste el lugar para discutirlo, mas, como dato curioso, anotamos que entonces fueron considerados los versos de Fabio Fiallo "no poesía" (?), por lo que el poeta quedó fuera. El juicio de la posterioridad, afortunadamente, ha corregido, con creces, el error.

Don Enrique Deschamps, en su voluminosa obra "La República Dominicana — Directorio y guía general", publicó un pequeño conjunto antológico, bajo el epígrafe "Las bellas letras en la República Dominicana", con poesías de: Salomé Ureña de Enriquez, José Joaquín Pérez, Félix María del Monte, M. de J. Peña y Reynoso, César N. Penson, G. F. Deligne, Arturo B. Pellerano Castro, Fed. Henríquez y Carvajal, Rafael A. Deligne, Enrique Henríquez, J. E. Otero Nolasco, Fabio Fiallo, Isabel A. de Pellerano, Apolinar Perdomo, G. Alfredo Morales, Bienvenido S. Nouel, Manuel de J. Heredia (14), Andrejullo Aybar, Altagracia Saviñón y Max. Henríquez Ureña.

(14) Manuel de J. Heredia figura con una composición: "Magdalena", que es en realidad de don Fed. Henríquez y Carvajal. En-

El poeta Osvaldo Bazil hizo para la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, un apresurado escogitamiento de poesías, que se publicó con el rimbombante título de "Parnaso Dominicano. Compilación completa de los mejores poetas de la República de Santo Domingo" (sic), en el 1915. Figuran versos de: Armando Alvarez Piñeiro, Isabel Amechazurra de Pellerano, Francisco X. Amiama Gómez, J. R. Aristy, Andrejulio Aybar, Enrique Aguiar, Manuel Eudoro Aybar, Osvaldo Bazil, Federico Bermúdez, J. M. Bernard, Quiterio Berroa Canelo, Raúl Cabrera, Antonio Cabral, Luis María Castillo, Eugenio Córdoba Vizcarrondo, Arquímedes Cruz, Rafael Damirón, Gastón F. Deligne, Rafael A. Deligne, J. Humberto Ducoudray, Fabio F. Fiallo, R. Octavio Galván, Luis E. Garrido, E. Victor Garrido, Miguel A. Guerrero, Ignacio Guerra hijo, Enrique Henríquez, Federico Henríquez y Carvajal, Max. Henríquez Ureña, Pedro Henríquez Ureña, Gustavo J. Henríquez, Manuel de J. Heredia (15), Porfirio Herrera, Primitivo Herrera, R. Emilio Jiménez, José M. Jiménez, Juan B. Lamarche, Virgilio Martínez Reina, Félix E. Mejía, Juan Tomás Mejía, Enrique Montaña hijo, Félix M. del Monte, Gabriel A. Morillo, Emilio A. Morel, Juan Elías Moscoso hijo, Bienvenido S. Nouel, Teodoro Nobao, Salvador O. Nolasco, Juan Isidro Ortea, Virginia Ortea, Arturo B. Pellerano Castro, César Nicolás Penson, José Joaquín Pérez, Apolinar Perdomo, J. Furcy Pichardo, Julio A. Piñeiro, Manuel de J. Peña y Reinoso, J. Onésimo Polanco, Ricardo Pérez Alfonseca, Emilio Prud'homme, L. Perozo, Bartolomé Olegario Pérez, Juan de J. Reyes, Baldemaro Rijo, C. Armando Rodríguez,

viada a un Concurso por unos discípulos del Maestro, con esa firma, sin saberlo su autor, ganó un premio. Pero, Deschamps ignoraba esto.

(15) Véase nota sobre Manuel de J. Heredia a propósito de su inclusión en "La República Dominicana — Directorio y guía general (Las bellas letras en la República Dominicana)".

R. Augusto Sánchez, Altagracia Saviñón, Salomé Ureña de Henríquez, Nicolás Ureña, Trina M. de Vázquez, Juan Cheri Victoria.

Este "Parnaso" no es todo de poetas: quienes hay en él que, versificando medianamente, con el solo espaldarazo otorgádoles por el demasiado benévolo compilador, si tocasen a las puertas de la Fama, élla, después de reconocerles a través de la mirilla, les daría la espalda dejándoles fuera. Porque a fe, que si no es por hacer número y aumentar páginas, ¿cuál cosa representan en el "Parnaso" muchos tales, tan lejos de toda poesía?

Otro poeta, Rafael Emilio Sanabia, ha hecho dos selecciones, una de poetas y otra de poetisas. En la primera (16), con ligeras notas biográficas y alguna noticia bibliográfica, vienen: Félix Servio Ducoudray, Virgilio Díaz Ordóñez, Federico Bermúdez, Juan Bautista Lamarche, Baldemaro Rijo, Emilio A. Morel, D. Moreno Jiménez, Armando Oscar Pacheco, Ricardo Pérez Alfonso, J. Humberto Ducoudray, Julio A. Cuello, Carlos Sánchez y Sánchez, L. Hungría Lovelace, Gilberto Sánchez Lustrino, Víctor Garrido, Manuel Patín Maceo, Julio A. Piñeyro, J. Furcy Pichardo, Enrique Aguiar.

La segunda (17) está prologada por doña Carmen G. de Peynado y trae un epílogo en verso, de Abigaíl Mejía S., donde se hacen algunas amables anotaciones críticas a las poetisas que figuran en la antología, que son: Salomé Ureña de Henríquez,

(16) RAFAEL EMILIO SANABIA: Cultura Dominicana (Obras Nacionales) Volumen I. Nuestros Jóvenes Poetas. Primera Edición. Santo Domingo, R. D., 1927. Roques Román Hnos. Editores.

(17) RAFAEL EMILIO SANABIA: Cultura Dominicana (Obras Nacionales) Volumen II. Nuestras Mejores Poetisas. Santo Domingo, R. D., 1927. Roques Román Hnos. Editores.

Josefa A. Perdomo, Altagracia Saviñón, Trina Moya de Vásquez, Amada Nivar de Pittaluga, Concha Benítez de Valera, Martha Lamarche, Isabel A. de Pellerano, Ercilia Pepín, Lourdes Bermúdez, Ana Cavallo, Livia Veloz y Virginia Ortea.

También, nuestro ilustre compatriota, Pedro Henriquez Ureña, en su erudito libro ya citado, "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo", trae poesías de un interesante grupo de escritores que floreció en La Española de Colón, del siglo XVI al siglo XVIII. Ellos son: Doña Leonor de Ovando, Francisco Tostado de la Peña, doña Tomasina de Leiva y Mosquera, Francisco Melgarejo Ponce de León, José Clavijo, Miguel Martínez y Mosquera, Rodrigo Claudio Maldonado, Alonso de Carvajal y Campofrío, García de Carvajal y Campofrío y de un Poeta Anónimo.

Por último, un acucioso investigador de nuestra historia, el licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, en su bien documentada obra histórico-literaria "Poesía Popular Dominicana" (18), publica una curiosa Antología que abarca composiciones hechas desde el siglo XVI al año 1917, por escritores populares o por escritores cultos que escribieron el género popular, a saber: Lázaro Bejarano (Siglo XVI), Luis José Peguero (- 1792), Meso Mónica (Siglo XVIII), Ana de Osorio (- 1851), Manuel Fernández (Siglo XIX), Manuel Joaquín del Monte (1803 - 1875?), Marcos Cabral Aybar (1792 - 1853), Justiniano García (Utiano) (- 1869), Manuel María Valencia (1810 - 1870), Manuela Aybar o Rodríguez (1790 - ?), Nicolás Ureña de Mendoza (1822 - 1870), Félix María del Monte (1819 - 1899), José María González (1830 -

(18) EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI: Poesía Popular Dominicana. Vol. I. Editorial "La Nación", Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, Rep. Dominicana, 1938.

1863) y Juan Antonio Alix (1833 - 1917). Se copian aquí las fechas que figuran en la obra del licenciado Rodríguez Demorizi como dato de interés histórico.

Fuera de las mencionadas, no tengo noticia de ninguna otra antología, excepto la "Pequeña Antología Postumista" del poeta Andrés Avelino, opúsculo breve donde se agrupan poesías de Rafael Augusto Zorrilla, Vigil-Díaz, Francisco Ulises Domínguez, Tomás R. Hernández Franco, Luis A. Mota M., Rafael A. Brenes Pérez, Julio César Castro y Ramón Pérez Ortiz.

REPAROS A LA ANTOLOGIAS CITADAS

En todas, los antólogos se han limitado a seleccionar poetas y poesías, sin determinado plan, salvo en los casos de Pedro Henríquez Ureña y de Emilio Rodríguez Demorizi, que traen la compilación como ejemplo para ilustrar los respectivos estudios de cultura colonial y de poesía popular en el país.

No bastan, a mi juicio, para dar a conocer la verdadera poesía dominicana, definiendo el pensamiento de los intelectuales, señalando los derroteros seguidos, mostrando, en una palabra, la evolución poética.

Una antología debe hacerse siempre con sentido crítico, encaminado el conjunto a fijar, primero, la mejor calidad de poesía, y, además, la orientación del pensamiento poético en ella expresado. Vale decir, que si es nacional, los poetas con que se la forme sean representativos, esto es, con significación especial en el desenvolvimiento de la historia literaria del país. Como cuando sea unipersonal debe mostrar la curva descrita en el proceso poético que se estudia.

PLAN DE ESTA OBRA

Escogí los poetas con poesía, —sin redundancia—, y de entre ellos he preferido a los que han publicado libros, pero en algunos casos, con el deseo de mostrar en un haz todos los trigos, la significación del poeta en sí, me bastó para seleccionarlo.

Este posible sentido histórico no me sedujo, sin embargo. Creo en la poesía. Y estoy en el secreto: No es la versificación correcta lo que gana laureles de la corona de Apolo: es la poesía (19). Aún respetando la tradición, y en cierto modo rindiéndole parias, he tratado de hallar correspondencias entre las modernas corrientes estéticas y la obra de las aedas dominicanos, presentando aquí los más distinguidos con sus más característicos poemas. En la versión de los textos conservo la ortografía particular de cada poeta.

Sé que no están todos: A unos no les he necesitado para mi demostración de la poesía nacional. Pero no por eso les estimo menos. (Les pido perdón). A otros, yo no les encuentro la poesía por ningún lado, y esta es una antología de poetas. (También a ellos, perdón).

(19) "L' inspiration poétique "tend a rejoidre la priere", c'est a dire que'elle conduit a la priere, qu' elle y pousse de tout ce poid dont parlent Wordsworth et Keats. Elle est priere, non pas précisément analogique ou métaphorique, mais inchoactive. Qu'on me pardone ces gros mots. Elle est donc de Dieu: plus encore, elle est Dieu lui meme dans se don, présent et s'offrant, sub diversis speciebus. Comme toute rencontre de Dieu, elle est invitation a la priere. Le poete qui voudrait épuiser ce don, aller jusq'aun bout de sa grace, finirait nécessairement par la priere". HENRI BREMOD. "Eclaircissements", 1925.

Puedo afirmar, en cambio, que los seleccionados son representativos de nuestra poesía en cuanto a su condición de transmisibilidad, esto es, que tanto pueden ser leídos con amor nacionalista como bajo el rigor de la más fría, pero comprensiva crítica.

Los he separado en dos grupos: LOS POETAS NACIDOS ENTRE 1845 Y 1900 y LOS POETAS DEL SIGLO XX, presentándolos en orden cronológico de edades, que me ha parecido el más conveniente de acuerdo con los puntos de vista externados al comienzo de este prólogo. Por respeto a la justificable vanidad de las damas vivas, —¡oh delicia del pudor y oh, vaga esperanza de la encantadora coquetería!—, las junto a ellas en un PARÉNTESIS FEMENINO, en medio de ambos grupos. (Las mujeres conquistan derechos y los ejercitan, aceptan deberes y los cum plen, pero nos dejan a los hombres el privilegio de envejecer, irremediablemente).

Los datos biográficos están limitados a señalar el arco de la existencia. (¿Qué importa el hombre de la vida diaria para la irrealidad del sueño de la poesía?). En cambio, hago una nota crítica de cada uno de los poetas.

Es, pues, una antología personal, apasionada y, por ende, "demasiado humana". Otros expurgarán sus malezas. Mi interés ha sido presentar un cuerpo vivo: Las arquitecturas tienen una belleza insoportablemente fría.

AGRADECIMIENTO

La idea de componer esta antología, hace años planeada, pudo adquirir forma viable, por el cariñoso estímulo del exquisito poeta Fabio Fiallo, recientemente fallecido.

Su publicación fué posible por la generosa colaboración del licenciado M. A. Peña Batlle, actual Secretario de Estado de lo Interior y Policía, de Julio D. Postigo, Gerente de la "Librería Dominicana" y de Mario Fermín Cabral, Senador de la República, dueño de la Editorial " El Diario".

A la deliciosa amabilidad de la pintora Celeste Wos y Gil debo el bello dibujo de la portada.

En la parte relativa a la estética del libro y a su plan, las observaciones del doctor Rafael Díaz Niese y del poeta Héctor Incháustegui Cabral, me han sido muy útiles.

La parte tipográfica ha corrido bajo el cuidado del licenciado Joaquín Marino Incháustegui Cabral.

Quiero dejar constancia de mi gratitud a sus pruebas de amistad.

JOSE JOAQUIN PEREZ

(1845 - 1900)

Fué el precursor de lo dominicano con sus "Fantasías Indígenas". Pulido, academicista, muy clásico, se nota, sin embargo, en su verso, la agilidad de un discurso hecho sin esfuerzos aparentes, en el cual, los toques indigenistas, sobre todo, sientan plaza de modernidad. Se advierte en su poesía el júbilo del cantor que ama su propio canto porque es la expresión de la vida que lo rodea. Es nacionalista, pero endereza pasos en camino de admisión a España, la progenitora. De los tres llamados "dioses mayores" de la poesía dominicana, es el más fecundo. No toda su labor merece encomio: Caía, a veces, en esa debilidad peligrosa de los poetas amables, que escriben versos a, por, para.

Obras poéticas: *La Lira de José Joaquín Pérez (1928)*.

EL AMOR DE MAGDALENA

(Croquis bíblico)

Blonda como un trival la cabellera
que al viento en rizos i al desgaire vaga;
los ojos de un azul color de cielo,
con reflejos de aurora en la mirada;
erguido el busto escultural; los labios
con la expresión de la bondad del alma;
i la luz i la brisa jugueteando

en los contornos de su veste blanca;
vá Jesús, sobre el lago Tiberíades,
de pie en la copa de su frágil barca.

En la orilla del lago, recogiendo
conchas i flores i campestres galas
para adornar su espléndida hermosura,
que es asombro i orgullo de su raza,
está la galilea de ojos de fuego,
la voluble i fastucosa cortesana,
ante la cual los corazones tiemblan
i en el deleite del amor se embriagan.

Vé a Jesús, i algo siente que la turba;
pero no es la ansiedad lasciva i vana
que despierta su ser cuando a otros hombres
tiende la red de sus desnudas gracias,
sino el ardor de una pasión intensa
que la enciende, seduce i avasalla
i hace olvidar el mundo i sus placeres:
¡es un amor en que se abisma el alma!

La tarde ya adormece sus fulgores
en las linfas del lago, en la montaña;
el crepúsculo en sombra va envolviéndose,
i hai como convulsiones de borrasca
en el rujido del soplar del viento,
contra el que lucha con vigor la barca.

Por la orilla del lago, jadeante,
con los cabellos en desorden, pálida,
como la evocación de un sueño lúgubre,
la infeliz hija ardiente de Magdala
corre, invocando la piedad divina,
para que salve del peligro al nauta
a quien quiere ofrecer el sacrificio
de morir junto a él entre las aguas.

Jesús, entonces, a la vista atónita
de aquella que lo sigue i que lo ama,
tiende la mano; i al conjuro, cesa
el ímpetu bravío de la borrasca;

i, al suspiro apacible del favonio,
la leve arena de la orilla alcanza.

A los pies del gallardo nazareno,
Magdalena la impúdica se abraza,
e imprime en ellos como ofrenda un beso
de amor, purificado por sus lágrimas.

Jesús de la ignominia la redime:
su amor le dá también— la pura i casta
pasión que El siente por quien cae, rendido
sin fe en un Dios que las conciencias salva;
i envolviéndola en luz, dándole el beso
feliz de su perdón i de su gracia,
hace así de la triste pecadora
la más bella i sublime de las santas!

EL JUNCO VERDE

Jueves 11 de Octubre.....
vieron pardelas y un junco verde junto a
la nao..... Con estas señales respiraron
y alegráronse todos.

(Diario de navegación del Almirante).

I

Fugaz sobre el corúleo mar caribe,
al soplo inquieto de la brisa, vuela,
i el dulce rayo matinal recibe
del inmortal Colón la carabela.

El, de pie i en la proa, absorto mira
en lontananza vago punto verde,
que, cual juguete de las ondas, jira,
i en la vasta extensión del mar se pierde.

—“A virar!” grita trémulo, ajitado
con la emoción del que, temiendo, espera,
i ve en el porvenir ya realizado
lo que un sueño falaz tan solo era!...

Dócil cede la nave: en pos se lanza
de eso que informe en el abismo vuela:
¡dulce i vago vislumbre de esperanza
con que el alma del nauta se consuela!

En febril ansiedad Colón suspira,
sus ojos el espacio devorando;
i ya —a la luz crepuscular— se mira
cerca el objeto ante la proa flotando...

“Hosanna! Gloria!” de rodilla entona
“oh! bendito el Señor por siempre sea!”
i a un éxtasis de dicha se abandona
aquel genio inmortal que un mundo crea.

Agrúpase la turba que, insolente,
sacrificarlo a su furor quería;
i dobla humilde, con fervor, la frente
ante el noble coloso que la guía...

Pero... ¿qué ha despertado así el delirio
de esos hijos del mar? ¿cuál es el bello
talismán de esa fe, cuando el martirio
graba en sus almas tan horrible sello?...

“Mirad!— dice Colón— he aquí mi gloria;
i del océano su potente mano
recoge un **junco verde**, cuya historia
guarda un profundo i misterioso arcano.

Aquel **junco** viajero solitario
en la vasta extensión del mar, encierra
el **fiat** fecundo, poderoso i vario;
la esperanza inmortal de luz —la Tierra!

Reliquia del amor que la ígnea zona
ofreciera al intrépido marino;
rico florón de la primer corona
que sonriendo le ciñe ya el destino.

Por eso él a su seno lo comprime,
i en él sus labios afanoso sella;
pues ese **junco** el corazón redime,
donde el pesar profundizó su huella.

II

Mientras la brisa nocturnal soplando
ráuda empuja la frágil carabela,
el extenso horizonte contemplando,
en dulce insomnio, el Almirante vela.

¡Noche de sombras, de perenne anhelo,
en que cada celaje que fulgura
—débil reflejo de la luz del cielo—
el nuevo mundo que soñó le augura!...

Del tope de "La Pinta", que se avanza,
tierra! dice una voz; i el eco vibra;
i ese grito sublime de esperanza
conmueve el corazón en cada fibra...

Allá —entre la infinita muchedumbre
de las galas que espléndida atesora,
tras la bruma lejana—, enhiesta cumbre
surje el beso del rayo de la aurora.

"Mundo de amor, risueño paraíso,
"verde oasis de luz en mi desierto!
"yo te bendigo, porque en tí Dios quiso
"brindarme al fin de salvación el puerto!"

Así esclama Colón; i en la ribera
de esa ignota rejión de maravilla,
en el nombre de Dios, con fe sincera,
tremola el estandarte de Castilla...

La hermosa Guanahani, (1) donde el lucayo
en su cabaña, que ceñía de flores,
viera pasar en lánguido desmayo
una vida de paz, dicha i amores,

Fué la primera do la ruda planta
estampó esa falanje triunfadora
que —al dulce amparo de la fe— levanta
suplicio vil junto a la cruz que adora.

(1) Llamada por Colón El Salvador.

I I I

Después que de Colón i de Castilla
la fama el triunfo por doquier pregona,
i ya **Quisqueya**, conquistada, brilla
cual joya de la ibérica corona;

Colón regresa a sus antiguos lares,
i al pié de los monarcas protectores,
de sus conquistas en lejanos mares
depone los magníficos primores.

Pero en su pecho, i recamado de oro,
de ricas perlas i coral, se mira
portentoso i espléndido tesoro,
reliquia santa que estusiasmo inspira.

Es un pedazo de aquel **junco verde**
que en las algas del mar vió confundido,
i que allí guarda, porque allí recuerde
que está su corazón agradecido.

Con él lleva doquiera vinculado
un mundo de esperanzas i delirio;
con él adversidad ha consolado
cuando la ingratitud le dió el martirio.

En la prisión, en el fatal camino
de su infortunio, lo llevó a sus labios;
con él lloró su singular destino:
la gloria que a la envidia causó agravios.

I cuando aquella frente victoriosa,
donde un mundo encerró la Omnipotencia,
al rudo peso de calumnia odiosa,
sobre un lecho de mísera indijencia,—

El reposo encontró que nunca hallara
en el seno radiante de su gloria,
fué su tumba del **junco verde** el ara
donde el mundo hoí venera su memoria.

EL NUEVO INDIJENA

Brilla en su frente, de sus ojos brota,
caldea sus labios i en sus venas arde,
con ímpetus de rabia vengadora,
el fuego de la raza de sus padres.

Hai veces que sus manos se levantan
en la actitud de quien luchar intenta;
i algo, cual sombra de un dolor que exalta,
sus nobles rasgos de titán revelan.

Con los rayos de un foco que deslumbra
presta el sol tropical a sus contornos
reflejos de la fértil tierra oscura
que hollando va con varonil aplomo.

Ese es el vencedor, el dueño, el árbitro
de esta inmensa rejión americana,
donde un trono hasta el cielo levantado
le brindan en las cumbres sus montañas.

Ese es Guatimozín, es Moctezuma;
es Hatuei, es Caonabo, es Enriquillo;
es el que lleva toda un alma ruda
evocada del fondo de un abismo.

I al encarnaria, se transforma i crece,
porque a la injusta iniquidad antigua
se une la nueva iniquidad, que extiende
su insaciable, su impúdica codicia!

¡Ese es el de la gloria de Ayacucho;
el que en Méjico un trono vil sepulta;
el que nos dió de Capotillo el triunfo;
el que su nombre inmortaliza en Cuba!

I Europa, la vetusta madre estéril,
que el vigor de otra savia necesita,
sin más fe en sus conquistas, caerá débil,
ante ese nuevo gladiador vencida!

EL VOTO DE ANACAONA

Esbelta como un junco de la orilla
de Ozama rumoroso, i sonrosada
como esos caracoles que tapizan
el extenso arenal de nuestras playas;

Por finas plumas de variados tintes
las sienes levemente acariciadas,
i de perlas i conchas carmesíes
moviendo el cuello entre radiantes sartas;

Con primor esquisito elaborado
un flotante cendal de hilo de palma
ciñendo el talle, al recorrer los campos
de su tierra feliz i codiciada...

—Tal es la digna esposa del valiente
e indómito cacique de **Maguana**;—
¡paloma tropical que el ala tiende
i del águila el nido amante guarda!

Su mirada es de luz i amor; su **areito**,
eco dulce del valle i la montaña,
preludio del laúd de ocultos jenios
que el aire pueblan cuando asoma el alba.

Todo es perfume si su labio mueve,
i aliento de su voz le presta al aura;
todo es contento si, al pasar, le ofrece
sus sonrisas al indio en su cabaña.

Ella ignora que vive para reina;
i de **Caonabo** en la robusta espalda,
si al cinto —en conchas incrustado— cuelga
i ata, sonriendo, la flechera aljaba;

Si el arco besa que al guerrero brinda
i él, con cariño, su cintura enlaza;
eso es cuanto su anhelo solicita,
eso tan sólo a su ambición le basta!

Cervatilla que rápida i alegre
por colinas de flores cruza ufana,

sin saber que las ondas de un torrente—
ya descarriado— por el monte saltan;

Así de la inocencia en el sendero
siempre venturas encontró su alma;
pero ¡infeliz! ignora que mui presto
del bronce al estridor la muerte avanza.

II

Tronco inflexible de robusta **ceiba**
que oculta al cielo azul con su ramaje
sostiene un trono de **bambú** que cercan
festones i guirnaldas de azahares.

Humo leve el dosel perfuma i forma
nubes que saca jugueteando el aire
de urna esculpida de luciente concha,
del culto entre simbólicas imájenes.

Presto, al sonar del **tamboril**, la gruta
del sacrificio que a sus dioses lares
destina el indio, numerosa turba
del cacicazgo con fervor invade.

I viene la gentil **Anacaona**,
Sacerdotisa del **Turcí**, ya madre
de la bella, sin par **Iguenamota**,
a quien pendiente de su seno trae.

El aire se ensordece al timbre agudo
de voces infantiles i timbales
con que, en torno a su reina, rinden culto
del indio de **Maguana** las falanjes.

Ella llega al altar; férvida entona
areíto misterioso; a su hija hace
la urna besar, porque el fragante aroma
del alma ahuyente los futuros males.

Todos a **Iguenamota**, indiana virgen,
frutos de rojo i de dorado esmalte,

en cestillos de juncos i de mimbres,
ofrecen, de su amor en tierno gaje.

La hija del cacique armipotente
i "señor de la casa de oro" (1), afable,
la ofrenda mira, i aceptar parece
del pueblo de su reina el homenaje.

I al punto, cual la verde enredadera
de lianas que un palmar el viento atrae,
asidas de la mano, en diumba aérea
vienen grupos de indijenas vestales.

Cantan; i el beso maternal recibe
la bella **Iguenamota**, mientras se hacen
votos al cielo, que en la frente imprime
de aquel ángel su luz dulce, inefable.

III

Llora la reina de **Maguana** en tanto
la ausencia de su amor; y en los clamores
del cantar por la selva —"Ven, **Caonabo!**"
parece que una voz murmura entonces.

¿Dó está el guerrero de la invicta raza
a cuyo soplo de huracán veloce,
como mangles flexibles, se arrastraran
de bravos adalides las lecciones?

¡Oh! por el valle, cual lejano trueno
de nubes mil en iracundo choque,
rápidos vienen los confusos ecos
a dar triste compás a esas canciones.

I es que el guerrero en la batalla el arco
templa, retando a la feroz cohorte
del aleve invasor de clima extraño
que **Guacanagarí**, débil, socorre.

(1) El nombre de **Caonabo** significa "Señor de la casa de oro"

Ya del templo resuena en los umbrales
 pavoroso el cercano son del bronce,
 i a dejar solitarios sus altares
 la inquieta multitud ya se dispone;

Mas, cual presa de un súbito delirio
 de patriótica fe i amor, entonces,
 —la frente levantando de improviso,
 donde brillan del jenio los fulgores,

De Caonabo la fiel i digna esposa,
 su hija arrancando de su seno— corre,
 i del trono en el ara la abandona
 como holocausto que al destino opone.

—“Indianos —dice— si al postrer suspiro
 “del padre de la luz, los opresores
 “de mi raza no caen... el sacrificio
 “accepten de mi hija nuestros dioses!”...

Pasan instantes en mortal angustia...
 i ya —en vez de fatídicos clamores
 del combate— los víctores anuncian
 estrago i ruina, en los vecinos montes.

Luego... Caonabo, en el altar postrado,
 ceñido el arco de triunfales flores,
 de Anacaona en los amantes brazos
 a su hija salva, i su poder impone!.....

.....

LA VUELTA AL HOGAR

Ondas i brisas, brumas, rumores,
 suspiros i ecos del ancho mar,
 adios! que aromas de puras flores,
 adios! que todo cuanto se alcanza,
 dicha, esperanza,
 i amor me llaman allá en mi hogar.

¡Ya ve el proscrito sus patrios lares!
 Ve azules cumbres lejos sombrear

grupos de nieblas crepusculares,
 i el ansia siente del paraíso
 que darle quiso
 Dios en el seno del dulce hogar...!
 Si peregrino, si solitario,
 otras rejiones se fué a cruzar
 la lei temiendo de un victimario,
 ¿el caos qué importa si un sol luciente
 brilla en su frente
 i hoi sonriendo vuelve al hogar?
 ¡No más torturas en su alma libre!
 ¡No más memoria de su pesar!
 ¡No el odio estéril sus rayos vibre,
 que el patriotismo ya sólo espera
 por vez primera
 calma i consuelo bajo el hogar!
 Virjen de América, suspiradora
 cautiva indiana, vuelve a gozar;
 si atrás hai sangre, luz hai ahora...
 Ayer el hierro i hoi es la idea...
 ¡Tu gloria sea
 ver a tus hijos junto al hogar!
 ¡Cuán bella eres acariciando
 todos unidos los que al vagar
 —errantes unos i otros luchando—
 sufrieron ruda la tiranía
 que hacer quería
 huérfanos tristes sin pan ni hogar!...
 ¡Ya no hai festines patibularios!
 ¡Ya no hai venganzas con que saciar
 su vil conciencia crueles sicarios!
 ¡Ya no hai vencidos ni vencedores!
 ¡Sólo hai de flores
 castas coronas en el hogar...!
 ¡Mi dulce Ozama! tu bardo amante,
 a tus riberas torna a cantar,
 i tras él deja, por tí anhelante,

lejanos climas i humilde historia,
 tierna memoria
 del peregrino vueito al hogar...!

Bajo tus ceibas i tus palmares,
 sobre tu césped i entre el manglar
 aún se oye el eco de los cantares
 de aquella infancia, fugaz, que en horas
 engañosas

llenó sus sueños de amor i hogar!

I ven! le dice cada paloma
 tímida i mansa que ve cruzar
 desde la cumbre de enhiesta loma,
 cuando las alas tiende i su arrullo
 mezcla al murmullo
 del río que baña su dulce hogar!

I ven! le dice ronco el estruendo
 que hace en las rocas lejos el mar...
 El mar! que un día su adios oyendo
 fué de ola en ola su adios llevando,
 luego tornando

con hondos ayes del pobre hogar!

I todo cuanto su ser le diera!
 Ven! dice el polvo que va a besar,
 donde mañana como postrera
 ráfaga cruce su vida breve,
 donde se eleve
 su tumba humilde junto al hogar!

Así, —suspiros, brisas, rumores,
 lánguidas ondas i ecos del mar—,
 adiós decidme, que todo: amores,
 gloria, esperanza, paz bendecida,
 tiene hoi la vida

del pobre bardo vuelto al hogar...!

SIMBOL O

Pinta el vasto, rojo incendio del crepúsculo,
donde flotan los jirones de azul pálido
que abrillántanse i confúndense en el piélago
de las sombras que cayendo lentas van.

Pinta esa hora en que la tierra, con el vértigo
de las últimas caricias del sol, duérmese,
i asomando las estrellas vierten lágrimas,
i le canta su salmodia triste el mar.

Pinta todas esas vagas, leves, múltiples,
centelleantes gradaciones que en los diáfanos
horizontes siderales, a la atmósfera
dan reflejos de perenne oscilación.

Pinta el bosque, templo augusto i melancólico,
sostenido por sus árboles inmóviles,
do sollozan los rumores en el céfiro
que temblando busca el cáliz de la flor.

Pinta el río, de murmullos de ondas lánguidas,
i las ruinas centenarias de sus márgenes,
que parecen los espectros de las víctimas
de otros siglos de implacable esclavitud.

Pinta, junto de magníficos alcázares,
los tugurios bamboleantes i misérrimos;
e irradiando profusión de focos vívidos
en enormes charcas fétidas su luz.

Pinta todo cuanto enciérrase en los ámbitos
de la antigua ciudad, cuna de la América;
lo que en esta postrer hora del crepúsculo
es angustia de la fe del corazón.

I en el cuadro que así pintes habrá el símbolo
de esta pobre tierra virgen de los trópicos,
de esta tierra de los héroes i los mártires
¡donde siempre seca lágrimas el sol!...

SALOME UREÑA DE HENRIQUEZ

(1850 - 1897)

Forma parte del llamado círculo de Dioses Mayores de la poesía nacional, que se completa con Gastón F. Deligne y José Joaquín Pérez, y algunos llevan su admiración hasta proclamarla el primer poeta dominicano. Considerando su poesía a la luz de la época en la cual se produjo, no cabe duda que es preciso reconocer en ella excelencias bastantes para merecer la fama. Sin embargo, un severo juicio crítico posterior, ha podido encontrarla falta de esa virtud poética, necesaria para la supervivencia por el sólo mérito de la propia poesía. Los temas por ella tratados, —el hogar, la patria, la escuela—, circunscriben demasiado su poesía a los límites nacionales, aunque su tradicionalismo hispánico la sitúa entre los poetas peninsulares del ochocientos, sin ningún intento de dominicanización, como realizaba José Joaquín Pérez, por ejemplo. Así pudo decir, con justicia, Menéndez Pelayo, que sostenía en sus débiles manos “la robusta lira de Quintana”.

Obras poéticas: *Poesías de Salomé Ureña de Henríquez* (1880)
Poesías (1920).

LA LLEGADA DEL INVIERNO

Llega en buen hora, mas no presumas
ser de estos valles regio señor,
que en el espacio mueren tus brumas

cuando del seno de las espumas
emerge el astro de esta región.

En otros climas, a tus rigores
pierden los campos gala y matiz,
paran las aguas con sus rumores,
no hay luz ni brisas, mueren las flores,
huyen las aves a otro confín.

En mi adorada gentil Quisqueya,,
cuando el otoño pasando va,
la vista en vano busca tu huella:
que en esta zona feliz descuella
perenne encanto primavera.

Que en sus contornos el verde llano,
que en su eminencia la cumbre azul,
la gala ostentan que al suelo indiano
con rica pompa viste el verano
y un sol de fuego baña de luz.

Y en esos campos donde atesora
naturaleza tanto primor,
bajo esa lumbre que el cielo dora,
tiende el arroyo su onda sonora
y alzan las aves tierna canción.

Nunca abandonan las golondrinas
por otras playas mi hogar feliz:
que en anchas grutas al mar vecinas
su nido arrullan, de algas marinas,
rumor de espumas y auras de abril.

Aquí no hay noches aterradoras
que horror al pobre ni angustia den,
ni el fuego ansiando pasa las horas
de las estufas restauradoras
que otras regiones han menester.

Pasa ligero, llega a otros climas
donde tus brumas tiendas audaz,
donde tus huellas de muerte imprimas,
que aunque amenaces mis altas cimas
y aunque pretendas tu cetro alzar,

siempre mis aguas tendrán rumores,
blancas espumas mi mar azul,
mis tiernas aves cantos de amores,
gala mis campos, vida mis flores,
mi ambiente aromas, mi esfera luz.

R U I N A S

Memorias venerandas de otros días,
soberbios monumentos,
del pasado esplendor reliquias frías,
donde el arte vertió sus fantasías,
donde el alma expresó sus pensamientos;

Al veros ¡ay! con rapidez que pasma
por la angustiada mente
que sueña con la gloria y se entusiasma
discurre como alígero fantasma
la bella historia de otra edad lucente.

¡Oh Quisqueya! Las ciencias agrupadas
te alzaron en sus hombros
del mundo a las atónitas miradas;
y hoy nos cuenta tus glorias olvidadas
la brisa que solloza en tus escombros.

Ayer, cuando las artes florecientes
su imperio aquí fijaron,
y creaciones tuvistes eminentes,
fuiste pasmo y asombro de las gentes,
y la Atenas moderna te llamaron.

Aguila audaz que rápida tendiste
tus alas al vacío
y por sobre las nubes te meciste:
¿por qué te miro desolada y triste?
¿dó está de tu grandeza el poderío?

Vinieron años de amarguras tantas,
de tanta servidumbre,

que hoy esa historia al recordar te espantas,
porque inerte, de un dueño ante las plantas.
humillada te vió la muchedumbre.

Y las artes entonces, inactivas,
murieron en tu suelo,
se abatieron tus cúpulas altivas,
y las ciencias tendieron, fugitivas,
a otras regiones, con dolor, su vuelo.

¡Oh mi Antilla infeliz que el alma adora!
Doquiera que la vista
ávida gira en tu entusiasmo ahora,
una ruina denuncia acusadora
las muertas glorias de tu genio artista.

¡Patria desventurada! ¿Qué anatema
cayó sobre tu frente?

Levanta ya de tu indolencia extrema:
la hora sonó de redención suprema
y ¡ay, si desmayas en la lid presente!

Pero vano temor: ya decidida
hacia el futuro avanzas;
ya del sueño despiertas a la vida,
y a la gloria te vas engrandecida
en alas de risueñas esperanzas.

Lucha, insiste, tus títulos reclama:
que el fuego de tu zona
preste a tu genio su potente llama,
y entre el aplauso que te dé la fama
vuelve a ceñirte la triunfal corona.

Que mientras sueño para tí una palma,
y al porvenir caminas,
no más se oprimirá de angustia el alma
cuando contemple en la callada calma
la majestad solemne de tus ruinas.

MI OFRENDA A LA PATRIA

¡Hace ya tanto tiempo!... Silenciosa,
si indiferente no, Patria bendita,
yo he seguido la lucha fatigosa
con que llevas de bien tu ansia infinita.
Ha tiempo que no llena
tus confines la voz de mi esperanza,
ni el alma, que contigo se enajena,
a señalarte el porvenir se lanza.

He visto a las pasiones
levantarse en tu daño conjuradas
para ahogar tus supremas ambiciones,
tus anhelos de paz y de progreso,
y rendirse tus fuerzas fatigadas
al abrumante peso.
¿Por qué, siempre que el ruido
de la humana labor que al mundo asombra,
recorriendo el espacio estremecido
a sacudir tu indiferencia viene,
oculta mano férrea, entre la sombra,
tus generosos ímpetus detiene?

¡Ah! yo quise indagar de tu destino
la causa aterradora:
te miro en el comienzo del camino,
clavada siempre allí la inmóvil planta,
como si de algo que en llegar demora,
de algo que no adelanta,
la potencia aguardaras impulsora...
¡Quién sabe si tus hijos
esperan una voz de amor y aliento!
dijo el alma, los ojos en tí fijos,
dijo en su soledad mi pensamiento.
¿Y ese amoroso acento
de qué labio saldrá, que así sacuda
el espíritu inerme, y lo levante,

la fe llevando a remplazar la duda,
y del deber la religión implante?

¡Ah! la mujer encierra,
a despecho del vicio y su veneno,
los veneros inmensos de la tierra,
el gérmen de lo grande y de lo bueno.
Más de una vez en el destino humano
su imperio se ostentó noble y fecundo:
ya es Veturia, y desarma a Coriolano;
ya Isabel, y Colón halla otro mundo.
Hágase luz en la tiniebla oscura,
que al femenino espíritu rodea,
y en sus alas de amor irá segura
del porvenir la salvadora idea.
Y si progreso y paz e independencia
mostrar al orbe tu ambición ansía,
fuerte, como escudada en su conciencia,
de sus propios destinos soberana,
para ser del hogar lumbrera y guía
formemos la mujer dominicana.

Así, de tu futura
suerte soñando con el bien constante,
las fuerzas consagré de mi ternura,
instante tras instante,
a dar a ese ideal forma y aliento,
y rendirte después como tributo,
cual homenaje atento,
de mi labor el recogido fruto.

Hoy te muestro ferviente
las almas que mi afán dirigir pudo:
yo les dí de verdad rica simiente,
y razón y deber forman su escudo.
En patrio amor sublime
templadas al calor de mis anhelos,
ya sueñan que tu suerte se redime,
ya ven de tu esperanza abrir los cielos.

Digna de tí es la prenda
que mi esfuerzo vivísimo corona
y que traigo a tus aras en ofrenda:
¡el dón acepta que mi amor te abona!
Que si cierto es cual puro
mi entusiasta creer en esas glorias
que siempre, siempre, con placer te auguro:
si no mienten victorias
la voz que en mi interior se inspira y canta,
los sueños que en mi espíritu se elevan,
ellas al porvenir que se adelanta
de ciencia y de virtud gérmenes llevan.

ENRIQUE HENRIQUEZ

(1859 - 1940)

Gran señor en la vida, tiene una poética de gran señor enamorado. En su verso, altivo, sonoro, aparece en cierto modo la arrogancia del verso de Deligne, aunque los modos y motivos de su canto son completamente dispares, pues la poesía de Enrique Henríquez, ditirámica y caballeresca, es una constante pleitesía al Amor y a la Dama, aunque aletea en ellos, a ratos, la Patria, otra forma de amar de su noble corazón generoso. Los versos están tallados en piedra viva. Representan la expresión hidalga de un soñador que, de no haber amado a la mujer, hubiese sido místico, pero, a la manera de Ignacio de Loyola. Hacia el 1931 se inició un movimiento de intelectuales para proclamarlo el Príncipe de los Poetas Nacionales, sin que al fin se llevase a cabo la idea de coronarlo en el Ateneo con el laurel clásico, en parte porque el propio poeta no aceptó la hermosa idea de sus amigos y admiradores. Tiene un solo volumen publicado, ya en el ocaso de su vida, que contiene todos los poemas escritos en sus ochenta años, porque, desgraciadamente, no fué muy fecundo.

Obras poéticas: *Los Nocturnos y Otros Poemas* (1939)

A TRAVES DE LA SOMBRAS DE LA NOCHE

A través de las sombras de la noche
—¡oh perennial visión del dulce ensueño!—
fuí, trovador insomne,
mi cítara tañendo,

a pedir que esplendiese en tus balcones
 la errante lumbre de tus ojos pérfidos
 i a implorar que en el bronce
 de tu indolente seno
 dieras lecho de amor a los amores
 que en mi cuitado corazón encierro.

A través de las sombras de la noche
 tus altivos balcones hallé abiertos.
 Tú redujiste sus dorados goznes,
 sin ahuyentar el místico silencio,
 e inundaste de dulces arreboles
 la enferma inmensidad de mis anhelos.
 Con pétalos de flores
 le armé una escala al tímido deseo:
 llegué al cielo al llegar a tus balcones
 i morí de placer viéndome en ellos.

A través de las sombras de la noche
 la blanda brisa del falaz ensueño
 trajo esa incierta página de amores
 al triste erial de mi cuitado pecho.

Mas, si es timbre a tu orgullo, cual entonces
 verme a tus plantas, venturoso muerto,
 deja abiertos, oh niña, tus balcones
 i ve a esperarme en ellos.

EL ANJELUS

Debajo de los álamos mi languidez reclina
 su ansia de divagar.
 Con su escuadrón de sombras la noche se avecina.
 Pasa una golondrina. Viene otra golondrina.

“Golondrinas! —exclamo— ¿Tendréis un mismo alar?”

Las copas de los álamos, del viento sacudidas,
 sufren fugaz temblor.
 Caen dos hojas. Semejan dos erráticas vidas.
 “¿Tendréis, dolientes hojas de igual dolor heridas,
 dos páramos distantes para un mismo dolor?”

¡Oh muerta inextinguible! Tú eres fulgor inerte
 i yo tiniebla huérfana de tu dulce fulgor.
 En dos desolaciones nos disyuntó la suerte:
 a tí te aisló en la estética soledad de la muerte
 i a mí me aisló en la errante soledad del dolor!

Te clamo i no me oyes; te busco y no te encuentro.
 Te clamo noche i día con insano pavor.
 Te clamo i no me oyes; te busco y no te encuentro.
 I estás, no obstante, dentro, con toda tu alma dentro
 de la desgarradura de mi propio clamor.

Desciende de la torre de un viejo campanario,
 por la escala sonora del viento, un triste son.
 Y como si tu nombre fuese —¡oh muerta!— un santuario,
 tu santo nombre evoco, la rodilla doblego
 i en un raudal de lágrimas místicamente anego
 mi trémula oración.

Silenció el campanario. Permanezco de hinojos.
 Y alzando hacia su torre mis implorantes ojos,
 “Campanario —he irrumpido
 con acento apagado—:
 ¿habrá, al fin, horadado
 el seno de la muerte mi doliente jemido?”
 La torre se ha inclinado.
 En lo alto del silencio vibró un largo tañido...

Supersticiosamente
 me hice un signo en la frente
 con fanática unción.

—¡Oh mísero creyente!—
 Después, con ciego ímpetu, cual un corcel sin brida,
 comenzó a galopar en su estrecha guarida,
 sin saber hacia dónde, mi injenuo corazón!

LA CANCIÓN DEL AVARO

Por galardón, Señor, me despojaste
 de la carga del oro que al avaro,
 por castigo impusiste.

Gracias por este raro,
por este paradójico contraste!
Gracias! Me exoneraste
del oro con que a él le empobreciste,
del yugo con que a él lo esclavizaste.
Gracias! Así le hiciste,
con el agobiamiento de esa carga,
la entraña estéril, la abundancia triste,
la casa grande i el hogar vacío,
la noche corta i la vigilia larga...
Gracias te doi por tu piedad, Dios mío!

LA ESCENA DEL CAFE MARTIN

Frente a mi aislada mesa, aquella noche
cenaban ella i él.

El era un anfitrión de porte austero
i ella una dulce, espiritual mujer.

La miré. Declamaron en secreto
mis pupilas un rítmico rondel.

Sus pestañas, oyéndolo, aletearon
ébrias de languidez;

i yo, absorto, con éxtasis pagano
mi alma de cenobita arrodillé
sin cesar repitiendo el ondulante
susurro de mi rítmico rondel.

Alcé luego mi copa; i sacudiéndola
con fujitiva insinuación, tracé
un jesto suspirante que decía:
“junta al mío tu vino de jerez
como si copular tú i yo quisiéramos
mi azul sonambulismo con tu sien,
mi erótica orfandad con tu regazo,
tus labios con mi sed!”

Ella exploró un celaje en la penumbra
i dejó en paz su copa de jerez,

el anfitrión junto ceja con ceja,
 miró en torno con tétrica altivez,
 echó media docena de doblones
 encima de la albura del mantel.
 Volvió a escrutar en torno.
 Se levantó. Se fué...

¡Cuán agoreramente aquella noche
 finó la cena! asida al brazo de él
 partió confiada la mujer hermosa.
 Partió confiada... y no la he vuelto a ver!

LEJANIA

Tu dulce nombre evoco
 suspiradoramente, noche i día;
 i a veces, evocándolo, he impregnado
 de nupcial alegría
 este anchuroso corazón, que es tuyo;
 i esta congoja sin igual, que es mía:
 la congoja sin término
 de nuestra inexorable lejanía.

Tu dulce nombre evoco
 tal como si tu dulce nombre fuera
 el de un jemelo mástil
 que sepulto estuviera
 bajo un inmensurable alud, en una
 ignorada ribera;
 i como si mi vida
 el otro desolado mástil fuera!

Tu dulce nombre evoco
 hechizado de azul melancolía.
 Mas, no es para que llegue
 a tí mi evocación, Señora mía;
 ni para que la aguda pena calmes
 de nuestra inexorable lejanía,

pues yo, sin el licor de mi dolor,
de asfixia espiritual sucumbiría.

Y por eso tu dulce nombre evoco,
suspiradoramente, noche y día.

NEVER MORE

Por las interminables avenidas,
en busca de pretéritos mesones,
veo plazas desiertas,
luces enmustiecidas,
graníticos balcones,
ventanas ojivales
i monásticas puertas
que, vistas a través de sus cristales,
finjen estar de par en par abiertas.

Camino a la ventura. Monologo
sobre un dolor de siglos que ahora es mío.

El silencio interrogo:
i grabando mi planta en el vacío
de la noche callada,
en torno de las cosas espacio
la inquisición febril de una mirada.

¿En cuál de estos cristales fué que un día
el pájaro siniestro
sacudió sin calmar su ala sombría,
enseñándole al lóbrego maestro
del canto y del dolor
un dolor infinito en la elejía
del monótono i lento **Never More?**,

Subitáneo celaje
pone a mi inquisición tétrico punto:
es la última hoja de un follaje.
El otoño la azota;
i simula, cayendo, el ala rota
de un agorero pájaro difunto.

Monologo mui quedo,
porque mi propia voz me infunde miedo!
Sobre un cristal vecino
un álamo hace un trazo
con la desnuda sombra de su brazo.
Quiero huir. Mas la anchura del camino
—nublada de otra proyección de trazos—
tras la congoja de mi planta mueve
el ademán de un escuadrón aleve
de esqueléticos brazos.
Quiero huir. Mas mi planta no se atreve.
I me detengo. Una espectral figura
nace del fondo de la noche oscura:
crece, avanza, se acerca, se aproxima
a la desolación de mi pavora;
i al transitar, su grave paso suena
cual si fuera el remedo de una rima
de honda i letal desesperanza llena.

¡Oh sombra! Eres la sombra del insano
poeta peregrino
que invadió la tiniebla de lo arcano,
con un jesto de horror,
al compás de su lento **Never More**.

¡Oh sombra! Te adivino:
eres la sombra de un dolor hermano.
Dame el laurel divino
que floreció en la gracia de tu mano,
sin darme la siniestra
copa de vino que escanció tu diestra.

Se va la noche. Imperativamente
su pupila entreabre en el oriente
el sol de un nuevo día;
i su lumbre me encuentra todavía
monologando en frente
de una casa vetusta que es la mía!

GASTON F. DELIGNE

(1861 - 1914)

Durante mucho tiempo ha sido considerado como el primer poeta nacional. Sus versos, pulcros, académicos, saturados de cultismos, tienen arrestos épicos. Ha realizado una labor de maestro, aunque, si de grande intención muy poco extensa, en cambio. No se advierte en ella la dulce inquietud amorosa, sino el severo juicio domeñando la voluntad. No pudo ser un lírico puro. La reciedumbre de su pensamiento, el peso de su cultura, hicieron de su verso cátedra de civismo donde el ensueño estaba reducido a una posibilidad de mejoramiento espiritual. Y se echa de menos en él un poco de ligereza, el temblor humano ante el asombro de la vida, o la vaguedad de la duda y de la esperanza, en lugar del frío análisis sistemático, de la sequedad de un pensamiento excesivamente cargado de conocimientos.

Obras poéticas: *Galaripsos* (1908)

Romances de la Hispaniola (1931) (Publicado por y con un prólogo de Domingo Moreno Jiménes).

ANGUSTIAS

Su mano de mujer está grabada
hasta en el lazo azul de la cortina;
no hay jarrones de Chi

pero es toda la estancia una monada.
Con un chico detalle,
gracia despliega y bienestar sin tasa,
a pesar de lo pobre de la casa,
a pesar de lo triste de la calle.

Cuando el ardiente hogar chispas difunde,
cuando la plancha su trabajo empieza,
para cercar de lumbre su cabeza,
en sólo un haz se aduna
el brillo de dos luces soberanas:
un fragmento de sol, en las ventanas;
un destello de aurora, en una cuna!

¡Que sima del ayer a lo presente!...
Allá, en retrospectivos horizontes,
la desgracia pasó sobre su frente,
cual una tempestad sobre los montes.

Era muy bella, ¡por extremo bella!;
y estuvo en su mirada
la candente centella
donde prendió su roja llamarada
la pira que más tarde la consume,
la que le hurtó, de tímida violeta
con el tierno matiz, todo el perfume.

Fué su triste caída,
lo mismo solitaria que completa;
y como en casos tales de amargura,
desde ella hasta Luzbel todo es lo mismo;
una vez desprendida de la altura,
cebó en ella sus garras el abismo.
Quedó al horror sumisa
con expresión que por tranquila, espanta;
apagada en los labios la sonrisa,
extinguida la nota en la garganta.
Flotó en la hirviente ola
con el raudo vaivén del torbellino,
y se encontró... sentada en el camino,
entristecida, macilenta, y sola!...

Pero así como planta que caida,
después que la desnuda
rama por rama la tormenta cruda;
a pesar de la fuerza que la azota,
de la raíz asida
queda, y más tiernos sus renuevos brota;
cuando estaba su oriente más distante,
y más desfallecida la materia;
brotó la salvación dulce y radiante
por donde entró señora la miseria.

Si es cierto que invisibles
pueblan los aires almas luminosas,
hubieron de acudir a aquel milagro,
como van a la luz las mariposas.

Así el suceso su mansión inunda
con tintes apacibles:
la gran madre fecunda,
naturaleza sabia y bienhechora,
miró piadosa su profunda pena,
palpó la enfermedad que la devora;
y en su amor infinito,
la puso frente a frente de una cuna;
a la vez que vocero del delito,
de calma y redención anunciadora!
!Quién dirá lo que siente
al verse de la cuna frente a frente!...
Su corazón de madre se deslíe,
y al hijo que es su gloria y su embeleso,
le premia con un beso, si es que ríe;
le acalla, si es que llora, con un beso.

Al calor que la enciende
¡cuántas cosas le dice,
que el diminuto infante no comprende,
tan tiernas a la par como sencillas!...
Es un desbordamiento de ternuras,
sin valladares, límites ni orillas!...

De pronto, en su alma sube
la hiel de sus pasadas desventuras;
y mientras surca y moja sus mejillas
llanto a la vez de dicha y desconsuelo,
cual si Dios la empujase desde el cielo,
¡cayó junto a la cuna de rodillas!

Y ante el espacio estrecho
que ocupa aquella cuna temblorosa,
como se abre el botón de un alba rosa,
la rosa del deber se abrió en su pecho!

¡Reída alborescencia
la que de Angustias el camino ensancha,
escrita en surcos de la urente plancha
y en serena quietud de la conciencia!
¿Hay algo oculto y serio
entre los pliegues de su afán constante?...

¿Anubla su semblante
la vagarosa bruma de un misterio?...
La audaz de la vecina
que, cual prójima toda, es muy ladina,
quita al misterio la tupida venda,
desparrama la cosa
con todo este chispear de vivas ascuas:
—“el chiquitín, un sol; cerca las Pascuas;
y le trae preocupada y afanosa
el trajecito aquel que vió en la tienda”.

Por éso, y así el Bóreas yazga inerte
o airado sople con violento empuje,
Angustias canta, el pequeñuelo duerme,
la plancha suena, la madera cruje.

DE LUTO

Tu oscuro traje en que la noche late,
fué maligna invención —por tal la tengo—
de una de esas blancuras de abolengo,
rabiosamente mate.

Una blancura astral de azules venas,
 como la tuya, inmaculada y suave;
 formada adrede con plumón de ave
 y con pulpa de nardos y azucenas.

De ese luto ¡cuán noble privilegio!:
 ¡cómo en halos gloriosos te aurifica!
 ¡qué elegancia a tus formas comunica,
 y qué porte más regio!...

Del traje negro, y de su negro broche,
 surgen las líneas de tu faz, marmóreas,
 como el sereno sol de media-noche
 en las desolaciones hiperbóreas.

Mi alma, a tu paso, atónita se inclina
 y en una muda imploración te adora.
 Y exclama el ditirambo: triunfadora!,
 y el corazón: divina!...

Pudiera ser de tu corpiño cierre,
 y pregonar tu imperio —no tu duelo—
 algo vibrante y fúlgido que encierre
 todos los hipnotismos del anhelo.

Algo para hechizar toda mirada;
 algo para obligar todo tributo;
 algo anormal en medio de tu luto,
 una rosa inflamada!

EN EL BOTADO

Cacique de una tribu de esmeralda,
 aquel palacio indígena, el bohío
 de la corta heredad a que respalda
 un monte, que á su vez respalda un río;
 cuando el idilio de un Adán silvestre
 y su costilla montaraz, le hiciera
 venturoso hospedaje,
 paraíso terrestre;
 lo más saliente y copetudo era
 del ameno paisaje.

Su flamante armazón de tabla oscura,
su gris penacho de lucientes yaguas,
hacían reverberar con nuevas aguas
la circunstante joya de verdura.

Aplanada en el techo,
se oxidaba la luz cual plata vieja;
o se colgaba a lomos y antepecho,
en rubia palidísima crineja.

No era sinó común que se trepase
un ruiseñor a su cumbrera holgada,
y en fugitivas notas ensayase
la trémula canción de la alborada.

O que bajo su alero, en que pendía
mazorcado maíz de granos de oro,
el gallo, al enervante mediodía
victorease sonoro!

Entonces, ese albergue en que bullía
la vida crepitante,
más que un detalle de la huerta, era
ó su tono, ó su arteria, ó su semblante.

Pero en una lluviosa primavera,
la débil cerca desligada y rota
empujó la pareja enamorada
a otra huerta remota;
y en medio a tanta flor recién abierta,
quedóse la heredad abandonada,
y la mansión desierta!

Advertido, no tanto del saqueo,
entre cuyo costal desaparece
de la ventana en pos la que fué puerta;
ni tanto del goloso merodeo,
de la turba infantil, donde perece
aun no puesto en sazón, el verde fruto;—
mas del monte advertido, porque invade
con apretadas filas de maleza
la botada heredad, el Tiempo hirsuto
a comprender empieza

que hay algo allí que estorba;
y aferra en la mansión su garra corva!
Fué primero una horrible puñalada,
y después una serie,
conque se abrió por la techumbre entrada
a la malsana y húmeda intemperie.

Si el sol que se filtraba por el techo,
solía escapar por los abiertos vanos,
no así las aguas del turbión deshecho;
cavaban y cavaban hondo lecho
a turbias miniaturas de pantanos.

Furiosa ventolera
por allí no pasara que no hiciera
de las yaguas decrepitas, añicos;
y tragedia mayor aconteciera,
si en júcaro el más negro y más bravío
no angulara el bohío.

Torcido, deslustrado,
por reptiles del cieno visitado;
el albergue que fuera de la huerta
lo más noble y sereno,
gozo, atracción y gala deleítosas,
ni es más que una verruga del terreno,
ni menos que un sarcasmo de las cosas!

Como al herido por la suerte aleve,
hasta la misma timidez se atreve!...

Un bejucal de plantas trepadoras,
que en torno a la vivienda
cerraban toda senda;
avanzando traidoras,
e indicando a la ruina, cuchicheaban:
“ni se defiende, ni hay quién la defienda!”

Y enlazando sus ramos
como para animarse, murmuraban:
“si tal pasa, y tal vemos, ¿qué esperamos?”...

Fué un aguinaldo lívido quien dijo:
“o es que trepais, o treparé de hijo!”

A lo que una "saudosa" pasionaria
expuso, comentando la aventura:
"por cierto que es bizarra coyuntura
para mirar el sol desde más alto!"

Fué la palabra fuiminante!, todas
clamaron en un punto
trémulas y erizadas, "al asalto!"...

¡Qué embrollado conjunto
de hojas, antenas, vástagos, sarmientos!...

Y cuán terrible asalto presenciaron
los troncos azorados y los vientos.

Cuál, por la tabla escueta
tal sube que parece que resbala;
cuál se columpia inquieta
de algún clavo saliente haciendo escala!

Cuál la mansión en torno circunvala,
vuelta enroscado caracol, y asciende
con estrechura tal y tan precisa,
que es cuestión insoluble e indecisa
si ahogarla o si medirla es lo que emprende.

Cuál, errando el camino,
con impaciente afán la puerta allana;
y luego adentro, recobrado el tino,
sus músculos asoma a la ventana.

No hay menudo resquicio
en que su flujo de invasión no apuren;
ni hueco ni intersticio
que sus hojas no tapien y no muren.

Ya el albergue sombrío
es un alcor en forma de bohío;
ya su contorno lúgubre se pierde
en la gama riquísima del verde;
ya brota en tanta planta que le enreda,
con matizada y colosal guirnalda,
satinados renuevos de esmeralda,
iris de tul, campánulas de seda!...

Transformación magnífica y divina!
cómo de tí se cuida generosa,
Naturaleza, el hada portentosa,
Naturaleza, el hada peregrina!...

Renovación piadosa
que en tan grande esplendor cubre una ruina!;
desde una inerte hechura
a la humana criatura,
con hilos invisibles cuán intensa
relación estableces!...

¿Quién dentro, en lo que siente o lo que piensa,
por el dolor severo fulminadas,
no se ha dejado a veces
alcázar, quinta o choza abandonadas?...

Quizás quien no!... Mas a la oculta mina
labrada por recónditos dolores,
alguna trepadora se avecina;
algo que sube a cobijar la ruina,
algo lozano que revienta en flores!...

MAIRENI

Llega, se salva! El inerte
follaje le da camino
contra el ruido de muerte,
que a su espalda, bronco y fuerte,
sale del bando asesino.

Es Maireni el antillano:
el de la valiente raza
del altivo quisqueyano;
el de la robusta mano,
el de la potente maza.

Viene de la infausta vega,
donde entre sangre, que ciega
vierte la inicua matanza,
desfallece la esperanza,
y la libertad se anega.

Viene de la ruín batalla
en que, a par del arcabuz
que en rancos truenos estalla,
opone al derecho valla
el cielo, desde la cruz!

Mudo el caracol guerrero;
las tropas indias, deshechas;
salvando el círculo fiero
que hacen las puntas estrechas
del advenedizo acero;

torna Mairení vencido
al silencio de sus sierras;
si el corazón dolorido,
el espíritu atrevido
fraguando futuras guerras.

Que ese monte, que le ofrece
abrigo en su fuga y duelo,
y el aura que lo remece,
y ese sol que resplandece,
aun son su tierra y su cielo!

Su tierra! Con qué fruición
la envuelve en honda mirada!
Desde el oscuro montón
que hace en la selva callada
el volcánico peñón,

hasta la lista indecisa
de la comba cordillera
que a lo lejos se divisa;
de los arbustos que pisa,
a la gallarda palmera.

No piensa, en tal panorama
el bravo cacique absorto,
que a la luz que el aire inflama,
es débil muro una rama
y una selva asilo corto.

Mientras allá en lo lejano
le convida la montaña,

él se detiene en el llano;
ya abierto al empuje insano
de los soldados de España.

Ya le alcanzan, con veloces
pasos, y en brusca algarada
de ásperos gritos feroces,
“ríndete” claman las voces,
mientras lo impone la espada!

Pero él les mira: comprende
que es vana toda porfía;
ve que la lumbre sombría
de sus ojos le pretende
para más lenta agonía;

y “es mío”, dice sonriente,
“mi destino todo entero!”
Y contra el peñón austero
rompiendo la altiva frente,
se abre al sepulcro sendero!

Caen las hojas secas, vuela
sobre el tronco ensangrentado
el polvo; y amortajado
así, bajo el sol se hiela.

Y allí queda abandonado,
hasta que una mano amiga,
en la noche tenebrosa,
a la tierra el cuerpo liga,
sin una piedra que diga:
“por ser libre, aquí reposa!”

Y allí yace, al murmurío
de las hojas; al tenaz
rumor de lejano río...
¡Deidades del bosque umbrío,
dejadle que duerma en paz!

OLOLOI

Yo, que observo con vista anodina,
cual si fuesen pasajes de China...

Tú, prudencia, que hablas muy quedo;
y te abstienes, zeburada de miedo:
tú, pereza, que el alma te dejas
en un plato de chatas lentejas:
tú, apatía, rendida en tu empeño
por el mal africano del sueño;
y ¡oh tú laxo no-importa! que aspiras
sin vigor; y mirando, no miras...

El, de un temple felino y zorruno,
halagüeño y feroz todo en uno;
por aquel y el de allá y otros modos,
se hizo dueño de todo y de todos.

Y redujo sus varias acciones,
a una sola esencial: violaciones!
Los preceptos del Código citas,
y las leyes sagradas no escritas;
la flor viva que el himen aureola,
y el hogar y su honor... ¿qué no viola....

Y pregoná su orgullo inaudito,
que es mirar sus delitos, delito:
y que de ellos murmurése y hable,
es delito más grande y notable;
y prepara y acota y advierte,
para tales delitos, la muerte.

Adulando a aquel ídolo falso,
¡qué de veces irguióse el cadalso!
Y a nutrir su hemofagia larvada,
¡cuántas veces sinuó la emboscada!

Ante el lago de sangre humeante,
como ante una esperanza constante,
exclamaba la eterna justicia:
ololoi! ololoi!: (sea propicia!).

Y la eterna Equidad, consternada
 ante el pliegue de alguna emboscada,
 tras el golpe clamaba y el ay:
 sea propicia!: ololoi! ololoi!...

Y clamando, clamaban nó en vano.
 Ya aquel pueblo detesta al tirano:
 y por más que indicándolo, actúe;
 y por más que su estrella fluctúe,
 augurando propincuos adioses,
 no lo vió. ¡Lo impidieron los dioses!

Y por mucho que en gamas variables,
 —no prudentes, mas nó refrenables
 —estallasen los odios en coro,
 —como estalla en tal templo sonoro
 un insólito enjambre de toses—
 nó lo oyó. ¡Lo impidieron los dioses!

Y pasó, que la sangre vertida
 con baldón de la ley y la vida,
 transponiendo el cadalso vetusto,
 se cuajó... se cuajó... se hizo un buato!

Y pasó, que la ruín puñalada,
 a traición o en la sombra vibrada,
 con su mismo diabólico trazo
 se alargó... se alargó... se hizo un brazo!

Cuyo extremo, terrífico lanza
 un gran gesto de muda venganza.

Y la ingente maldad vampirina
 de aquella alma zorruna y felina,
 de aquel hombre de sangre y pecado,
 vióse frente del tubo argentado
 de una maza que gira y que ruge.

¡Y ha caído el coloso al empuje
 de un minuto y dos onzas de plomo!

Los que odiáis la opresión, ved ahí cómo!...

Si después no han de ver sus paisanos,
 cual malaria de muertos pantanos,

otra peste brotar cual la suya;
aleluya! aleluya! aleluya!

Si soltada la Fuerza cautiva,
ha de hacer que resurja y reviva
lo estancado, lo hundido, lo inerte;
paz al muerto!: ¡loor a la muerte!

ARTURO B. PELLERANO CASTRO (BYRON)

(1865 - 1916)

Es el creador de las "Criollas", otro de los intentos de dominicanización de nuestra poesía. Su vena poética natural, aunque sin gran cultura, se traducía en improvisaciones, principalmente, perdidas con el eco de los aplausos que arrancaron a los contertulios del poeta. Llevó a sus versos el ambiente familiar dominicano y desenvolvía su pensamiento en una poesía sencilla y cadenciosa, en forma original, que luego otros poetas han tratado de seguir, pero sin alcanzar su novedad y su brillantez.

Obras poéticas: *La última cruzada* (1888)
Criollas (1907)
Criollas —De Casa— (1927).

A MERCEDES ALFAU

Toda la cera virgen de mis panales,
toda la blanca lana de mis ovejas,
he ofrecido a la Virgen, si hace el milagro,
de que me quieras!
Del cañital silvestre, que frente al río,
limita de mis campos la fértil vega,
hoy le traje a mi madre, como regalo,
los mejores racimos de la cosecha.
Y en una petaquita, que en los palmares
fabriqué de una yagua, flexible y tierna,

escogí de la carga, para tí ¡ingrata!
 las frutas más hermosas, blandas y frescas.
 Mi padre, que en asuntos de amores sabe
 muchas coplas del caso, muchas novelas,
 y a quien duelen los vientos de señorío
 que te das por la calle cuando me encuentras,
 al mirar mis cuidados, —rasgueando el tiple,
 (ay! tú tienes la culpa, que no eres buena!)
 cantó esta copla amarga que improvisara
 allá en sus mocedades a otra llanera.

**Las mujeres y las hojas
 del CAIMITAL se asemejan
 en que TOAS tienen dos caras
 con la color muy diversa.**

**No es cosa rara,
 que siempre la perfidia
 tuvo dos caras!**

No le gustó a mi madre la copla amarga,
 y alzando la tonada por la indirecta,
 a raíz de la injuria que llegó al alma
 contestóle a mi padre con esta endecha:

**EL CAIMITO es una fruta
 que a la mujer se asemeja,
 tiene miel en las entrañas
 pero amarga la corteza.**

**Madura o verde,
 deja hiel en los labios
 de quien la muerde.**

Aquí arreció del canto la cruel porfía;
 y aunque rota saltara más de una cuerda,
 irritado mi padre, con una sola,
 de seguida, y más alto, dió la respuesta.

**La fruta que está en sazón
 y no ha de ser duradera,
 bien se merece una JAQUIMA
 todo aquel que la cosecha.**

**Verde o madura,
que se pierda no importa
si es que no dura.**

Porque te quiero tanto que me parece
que las estrellas,
Dios las puso allá arriba para tus ojos,
al igual que de flores sembró la tierra;
porque te quiero tanto, fué que no pude
escuchar el remate de aquella réplica,
que el insulto del honra llevaba en alto
cada vez en cantares de más crudeza.
Y más triste que enantes volvíme al monte;
y al volver por los trillos, por donde mengua
el camino de flores que vá a tu casa,
desde el ancho declive de la meseta
vi venir tu persona que se traía
una gala y un porte de pura reina;
y al galope la jaca, pasé a tu lado,
y a pesar de lo angosto de la vereda,
ni siquiera te volviste para mirarme,
ni siquiera me dijiste "las tenga buenas!"
Cuando entré por los claros de la sabana,
y vi abierta a mis ojos toda la vega,
y de sangre de Cristo, los horizontes,
y encendidas las nubes, y azul la sierra,
y pensé en tus desaires y en tu falsía,
recordé de mi padre la copla aquella,
y parando el galope, la canté al punto
con toditas las voces de mi tristeza.

**Las mujeres y las hojas
del caimital se asemejan,
en que TOAS tienen dos caras
con la color muy diversa.**

**No es cosa rara,
que siempre la perfidia
tuvo dos caras!...**

A T I

Yo quisiera, mi vida, ser burro,
 ser burro de carga,
 y llevarte, en mi lomo, a la fuente,
 en busca del agua,
 con que riega tu madre el conuco,
 con que tú, mi trigueña, te bañas.

Yo quisiera, mi vida, ser burro,
 ser burro de carga,
 y llevar, al mercado, tus frutos,
 y traer, para tí, dentro el árgana,
 el vestido que ciña tu cuerpo,
 el pañuelo que cubra tu espalda,
 el rosario de cuentas de vidrio
 con Cristo de plata,
 que cual rojo collar de cerezas
 rodee tu garganta...

Yo quisiera, mi vida, ser burro,
 ser burro de carga...

.....
 Desde el día que en el cierro del monte
 cojida la falda,
 el arroyo al cruzar, me dijiste
 sonriendo: ¿me pasas?..
 y tus brazos ciñeron mi cuello,
 y al pasarte sentí muchas ganas,
 de que fuera muy ancho el arroyo,
 de que fueran muy hondas sus aguas...
 desde el día que te cuento, trigueña,
 yo quisiera ser burro de carga!...
 Y llevarte, en mi lomo, a la fuente,
 y contigo cruzar la cañada,
 y sentirme arrear por tí misma,
 cuando, a vuelta del pueblo, te traiga,
 el vestido que ciña tu cuerpo,

el pañuelo que cubra tu espalda,
el rosario de cuentas de vidrio,
con Cristo de plata,
que cual rojo collar de cerezas
rodee tu garganta...

.....
Yo quisiera, mi vida, ser burro,
ser burro de carga!

EN EL CEMENTERIO

Junto a una cruz, al expirar el día,
una pobre mujer, de angustias llena,
sus lágrimas vertía...

Dolió a mi corazón su amarga pena
y ante el sepulcro de la madre agena
lloré la muerte de la madre mía.

FABIO FIALLO

(1866 - 1942)

Ha sido calificado unánimemente por la crítica como nuestro poeta erótico por excelencia, pues toda su obra está llena de gentiles ditirambos a "la amada misteriosa" o a la "niña de su amor". Ninguno entre nosotros es tan feliz en el manejo del *lied* heineiano o de la rima becqueriana. Su poesía, plena de elegancia, es una gran mariposa de colores revolando a la pálida luz de la luna mientras la música de los surtidores y el canto de un ruiseñor llenan de misterio y de encantamiento el ambiente, induciendo el espíritu al deleite de amar.

Sus bellos versos, románticos y cadenciosos, regalan los oídos femeninos y enfiestan los corazones a los que la vida no les ha robado todavía la predisposición al ensueño y a la alegría de vivir. Es propulsora de sanidad, de contentamiento, de dulzura. Amar con los versos de Fabio Fiallo, o dolerse de amores con ellos, supone un mundo ideal, lejos de toda miseria humana. El poeta habla a las flores, se arroba con el canto de los pájaros, sigue el paso de la luna, escucha en la soledad de su ensueño la voz aromosa de la amada.

Tuvo un gran dominio de la galantería. Si bien una crítica severa puede imputar a su poesía el pecado de ser trivial, no cabe duda que la disposición armónica de las palabras y la humana emoción, por decirlo así, de sus imágenes, convierten la poesía de Fabio Fiallo en abrevadero de almas enamoradas y gana para ella el laurel máspreciado de la gloria: la popularidad.

Por ello, es el poeta dominicano que más se conoce en el exterior, más reproducido, más recitado, y quien con mayor frecuencia merece el honor de las traducciones a otras lenguas.

Desgraciadamente ha muerto sin dar a la luz su interesante volumen de poesías patrióticas, un aspecto casi desconocido de su estro brillante.

Obras poéticas: *Primavera sentimental* (1902)
Cantaba el ruiseñor (1910)
Canciones de la tarde (1920)
Canto a la bandera (1925)
La canción de una vida (1926)
Fabio Fiallo — En la colección: "Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas" (1931)
El balcón de Psiquis (1935)
Poemas de la niña que está en el cielo (1935 y segunda edición 1936)
Sus mejores versos (1938)
La canción de una vida (Segunda edición, corregida y aumentada — (1942)

Traducidas:

Zarte Geschiten (1912)
Fiori di una vita (1934)
Poems of the little girl in heaven(1937).

CON MI SONRISA PLACIDA

Con mi sonrisa plácida de siempre,
 cuya retama sólo yo probé,
 me iré por los caminos de la vida...
 Nadie mis huellas hallará después.

Doquiera vaya por el ancho mundo
 tristeza y soledad encontraré...
 Lejos de ellos, ¡cuán buenos los amigos!
 Y la amada, ¡qué dulce en su querer!

ESQUIVA

Nunca su mano se posó en mi mano,
nunca gocé su cándida sonrisa,
y el murmullo que debe ser su acento,
ni una vez refrescó mi oculta herida.

Cuando el azar la pone en mi sendero,
ella me esquiva, casta y temblorosa,
y yo finjo no verla, en mi cuidado
de no causarle la menor congoja.

Mas, cuando voy ya lejos en mi ruta,
siento detrás de mí volar sus ojos,
cual dos abejas que su dulce carga
vinieran a dejar sobre mis hombros.

FOR EVER

Cuando esta frágil copa de mi vida,
que de amarguras rebosó el destino,
en la revuelta bacanal del mundo
ruede en pedazcs, no lloréis, amigos.

Haced en un rincón del Cementerio,
sin cruz ni mármol, mi postrer asilo,
después, oh! mis alegres camaradas,
seguid vuestro camino.

GOLGOTA ROSA

Del cuello de la amada pende un Cristo,
joyel en oro de un buril genial,
y parece este Cristo en su agonía
dichoso de la vida al expirar.

Tienen sus dulces ojos moribundos
tal expresión de gce mundanal,
que a veces pienso si el genial artista
dióle a su Cristo el alma de don Juan.

Hay en la frente inclinación equívoca,
 curiosidad astuta en el mirar,
 y la intención del labio, si es de angustia,
 al mismo tiempo es contracción sensual.

Oh, pequeño Jesús Crucificado,
 déjame a mí morir en tu lugar,
 sobre la tentación de ese Calvario
 hecho en las dos colinas de un rosal.

Dame tu puesto, o teme que mi mano,
 con impulso de arranque pasional,
 la faz te vuelva contra el cielo y cambie
 la oblicua dirección de tu mirar.

MI INFANTINA

Es un caso de asombro
 este de mi Infantina:
 mientras más años pasan
 es más tierna y sencilla.

Es un caso inefable
 este de mi Infantina:
 cuanto más llanto vierte
 su mirada es más límpida.

Es un caso inaudito
 este de mi Infantina;
 por cada vil insulto
 devuelve una sonrisa.

Y es un caso mirífico
 este de mi Infantina:
 cada herida le pone
 al labio una cantiga...

—Dinos, pues, donde mora,
 ¡oh, bardo! tu Infantina.

—En una altiva torre
 en mi pecho erigida.

MISTERIO

Flota su imagen pensativa y casta
en mis versos de amor,
como flota en los pétalos de un lirio
perfume embriagador.

Pero en mis ritmos no busquéis el nombre
de la que causa mi perpetuo afán,
que nunca en los alambres de mi lira
su nombre vibrará.

Sólo al morir revelaré el misterio
que guarda el corazón.
Sólo al morir... cuando en mis labios sea
su dulce nombre mi postrer canción!

NOCHE BUENA

(Cantares de la ausencia)

El que lejos de su casa
ve pasar la Nochebuena,
ese sabe lo que es frío,
y sabe lo que es tristeza.

Estrellita que en el cielo
me pareces una lágrima,
cuéntame si estás mirando
lo que cenan en mi casa.

Dando tumbos dos borrachos
pasaron frente a mi puerta,
y esta vez sentí en el alma
envidia a la dicha ajena!

Falta a los unos el vino,
a los otros falta el pan,
infeliz de mí que sólo
me falta con quien cenar!

PIERROT

Hablábase de amor, que es tema siempre
 selecto en todo frívolo salón,
 y como yo callara, hermosa dama
 pidió mi parecer en alta voz:
 —“El amor?... Bah, señora!...” y dije entonces
 tan lindos chistes puestos en razón,
 con tanta gracia y tan sutil donaire
 supe burlarme del pequeño dios,
 que a poco ví la concurrencia entera
 aplaudir mi sarcástica opinión,
 y más de una preciosa boca roja
 me otorgó su mohín encantador...
 Ay! sólo tú, en tu oscura cárcel gélida,
 no reías, llorabas, corazón!

PLENILUNIO

Por la verde alameda, silenciosos,
 íbamos ella y yo:
 la luna tras los montes ascendía,
 en la fronda cantaba el ruiseñor.
 Y la dije... No sé lo que la dijo
 mi temblorosa voz...
 En el éter detúvose la luna,
 interrumpió su canto el ruiseñor,
 y la amada gentil, turbada y muda,
 al cielo interrogó.
 ¿Sabéis de esas preguntas misteriosas
 que una respuesta son?...
 Guarda, oh luna, el secreto de mi alma!
 Cállalo, ruiseñor!

UNA VOZ DIRA TU NOMBRE

Yo quisiera formar las nuevas letras
de una nueva palabra;
palabra sin sentido a quien la oyera,
si quien la oyera no eres tú, mi amada;
mas, tan dulce a tu oído, que en tu oído
fuera oración cristiana.

Y hacer de esa palabra un solo nombre,
único nombre de expresión tan rara,
que sólo tú pudieras entenderla,
y sólo tú lograras escucharla.

Y cuando con amigas, por el bosque,
una fresca mañana,
o en clara noche de jardín, oyeras
tenue voz que ese nombre pronunciara,
qué pronta y cándida emoción la tuya!
Tus jóvenes amigas, asustadas
al verte así, preguntarán: —Qué tienes?
Por qué te has puesto pálida?
Y tú, tranquila ya, contestarías
con suma sencillez: —No tengo nada.

ANDREJULIO AYBAR

(1872)

Poeta cerebral y culto ha sabido aliar con maestría el modernismo francés y lo clásico castellano. Sus versos, además de poéticos, están llenos de intención. Esto explica su epístola política al Presidente Bordas, de la que fué secuela la "Epístola a Juan Pablo Duarte", en prosa, libro que don Enrique Henríquez llamaba "el libro nacional por excelencia". A pesar de que su cultura, expuesta siempre con elegancia en sus versos, ha debido causar asombro, y hasta complacencia, no es un poeta influyente en la literatura dominicana y, sin duda injustamente, no se le estima como debiera. Es posible que la causa de ello esté en el mismo, pues su obra publicada es relativamente corta y no su mejor. Es poeta bilingüe y ha publicado un precioso tomo en francés, "*chez*" Albert Messein, el editor de los poetas franceses. A este respecto se le reprocha dureza en su versificación española, contrariamente a la soltura con que se expresa en francés. Alguna vez se le ha llamado "desentendido de la Patria", por su larga residencia en Francia. Sin embargo, en sus libros, la Patria y, sobre todo lo dominicano, es la expresión de su verdadero sentir y de su amor a lo nuestro.

Obras poéticas: *Epístola al Presidente Bordas* (1913)

Propos d'amour ou de dépit (1924)

Mis romances de ternuras y de sangre (1935).

CANTEMOS AL SEÑOR

Ah! los niños enclenques que pululan
por calles y por plazas. Ah! los viejos
que imploran caridad con tristes dejos,
que si lacerias tienen más simulan.

Ah! los leprosos, que en fealdad emulan,
cuyo hedor los anuncia desde lejos
Ah! los que males han —al vicio anejos—
que a fuer de corrompidos se inoculan.

Ah! tántos cuyo aspecto aflige y llaga,
yo un ser humano soy, un egoísta,
repúgnanme fealdad, miseria y plaga.

Yo adoro la belleza, soy artista,
y horror me infunde vuestra suerte aciaga,
quitaos, miserables, de mi vista!

DE PORDIOSERO

Venías cual la luna
al levantarse.
Ya mi alma te esperaba
para humillarse.
Y ya a la puerta
del templo alzaba un pobre
su henchida espuerta.

Prendióse en mis entrañas
un fuego intenso.
Mi corazón fué brasa
quemando incienso.
Mi fantasía
tocaba las campanas
de la alegría

A ese otro una moneda
donaste, oh amada.

Yo quise más, yo quise
 una mirada!
 Mas tú volviste
 la cara al otro lado,
 y ni me viste!

Después, aunque en mis ojos
 fué nube el llanto,
 quedé, de haberte visto,
 bajo un encanto!
 De más fervor
 enriquecido, oh! amada,
 y más amor!

EN DONDE BRILLAS

En busca voy del lirio.
 El blando césped, donde el pie lo huella,
 pozo es de olor. Y un cirio
 que alumbraba mi sendero es cada estrella.
 El lirio está en el valle,
 no lo he encontrado en donde lo buscaba,
 Cuando a su lado me halle
 tendré el contento que el amor recaba.
 Con ansia el valle exploro.
 El lirio es un lucero reflejado.
 Su corazón es de oro,
 su manto está de púrpura bordado.
 Es ideal bandera.
 La Luna castamente lo arrebola,
 y la sutil Quimera
 le llena de ilusiones la corola.
 —En dónde brillas, lirio?
 De tu viviente luz estoy sediento.
 Gobierna mi delirio
 con la olorosa mano de tu aliento!

Mi anhelo ardiente vacía!
Tus almos pechos dame por avío!
Dame tu miel de gracia
y escánciame tu ccpa de rocío!
Haz, lirio, que mi huerto
sea jardín. Sé estrella de mi viaje,
sé faro, y dame puerto,
que un corazón de amor es mi equipaje!

INTERESADA OFRENDA

A verla voy, de noche,
por el sendero en flor,
a verla, por la noche,
con mi jornal de amor.

Se ciernen las estrellas
hasta el celeste azul
que va cerniendo estrellas
con su cendal de tul.

La tierra se hace alfombra
porque no dé un traspié.
La tierra es siempre alfombra
si va el contento a pie.

La tibia yerba huele
a menta y serpol.
Y hasta la sombra huele,
como la tierra, a sol.

El corazón, —a saltos
primero hacia ella en ir—,
qué brincos da y qué saltos!
Ay, se me va a partir!

Y él es entero suyo,
y así lo he de entregar,
para que entero el suyo
me quiera entonces dar.

RECRECIMIENTO

Niño, y todo candor, todo ternura,
 al beber de la fuente de la vida,
 hallé, angustiada el alma y sorprendida,
 de mi vaso en el fondo la amargura.

Después la fuente ví de linfa impura,
 en bramador raudal ya convertida,
 salto a salto y caída tras caída,
 con, la dicha mezclar la desventura.

Pero hoy, si el mal de ayer un punto olvido,
 si en éxtasis, el alma, con empeño,
 a una ilusión de luz abre sus puertas.

Si en pos se lanza de un dorado ensueño,
 el dolor... mi dolor... —tú, maldecido,
 con hórridas punzadas, me despiertas!

SINFONIA EN MI

PRELUDIO

Adagio.

Cuánto soñé en la tierra amiga asaz lejana!
 —Oh Francia! France! la del dulce nombre!

Amor, o envidia, te tributa el hombre
 y bien mereces de la raza humana!

Yo iba, con mi dolor y mi desgana,
 a la floresta, al apagarse el día.

Cantaba el coro la polifonía
 de las reminiscencias.

Y una reminiscencia vana
 en un murmullo al labio me venía.
 La pesadez de los racimos de cadencias
 las ramas hasta el suelo iba encorvando.

Y se inclinaba así mi frente cuando
venía al labio, en un murmullo,
—reminiscencia vana,
perfume viejo, música lejana,
voz casi extinta—, el olvidado nombre
que fué mi orgullo!

I

Allegro.

Entrando mi alma en la floresta un día,
posóse en un ramaje de cadencias.
Cantaba el coro la polifonía
de las reminiscencias.

Llegó una corte de hadas con gran pompa.
Y el viento fué susurro, y fué estampido.
Y con su ingrato si bemol la trompa
me proclamó nacido.

Ya se encorbaba al peso de la fruta,
la rama que era, por abril, retoño.
Ya la hoja se iba a la ilusoria ruta,
engaño del otoño.

Las estridentes notas de las flautas
decían cosas de la edad primera,
y recorrían rápidas las pautas,
sin un compás de espera.

Pasó, desatinado, un ogro inmenso.
Brincaron sapos, cabalgó una bruja.
El cielo fué de púrpura, y, suspenso,
fué el sol en él burbuja.

Las hadas buenas diéronme, a porfía,
vigor, virtudes, dones de arte, ciencia.
Celaba el hada mala todavía
su enojo y malquerencia.

Tenía una hada rostro tan risueño
que de ella ví no más que su sonrisa.

Movió, al llegar, frescor más halagüeño
que el de la blanda brisa.

Sus senos eran frutas de albo jugo,
mi pan de a todas horas y mi vino.
Llevarme de la mano a ella le plugo
con entereza y tino.

Y fué la noche. Y me besó la luna.
Y el vasto cielo floreció en estrellas.
Que había yo de estar, desde la cuna,
enamorada de ellas!

Flotando mi alma encima de las cosas,
que un velo de distancia idealizaba,
mi mente hacía musicales glosas
de cuanto vislumbraba.

Y entonces fué el vivir cosa divina!
Encantos eran mimos, juegos, gustos.
Encantos, los rasguños de la espina.
Encantos, aun los sustos.

(En el vecino hogar, por la persiana,
los ojos ver lucir de una chiquilla,
como el rocío al sol de la mañana
entre las palmas brilla).

Naturaleza impúsome sus galas.
Y fueron días, noches, lunas, soles.
E iba subiendo el canto en las escalas
sin diésis ni bemoles.

II

Andante.

La viola dijo: —Existe una princesa
que cuenta ya cien años de dormida.
No la despiertes, príncipe, que es esa
la imagen de la vida.

Gimieron los violines otoñales,
 lloraron quejumbrosos violoncelos.
 Trinó el flautín, tronaron los timbales.
 Licuábanse los cielos.

Se ahogó esa tarde el sol. Pero la luna,
 como a través de un vaho suspendido,
 lo mismo que se viera en la laguna,
 después así ha lucido.

—La luna pone blancas las cerezas.
 El día da modorra, por lo largo.
 Y el sueño descoyunta las cabezas—
 gruñó el fagote, amargo.

Agita sus sonajas el pandero
 y el gozo le revienta por la cincha.
 El clarinete, flaco caballero,
 como un corcel relincha.

Alzando el tono, la trompeta veja.
 El contrabajo da un bestial rugido.
 Y del oboe, descarriada oveja,
 apágase el balido.

—El embotado gato al rey engaña!
 —La cenicienta deja sus fogones!
 —Nene Pulgar a bien vivir se amaña!—
 roncaron los trombones.

Y el órgano cantaba un himno a la onda,
 prodigio de lo estable en movimiento,
 que su furor convierte en blanca blonda
 y da sabor al viento

El triángulo repica: —El mar me cansa
 con sus eternas curvas! —Es su encono
 absurdamente cruel— aduce, mansa,
 la voz del saxofono.

El bombo, muy molesto: —El mar aturde!—
 El címbalo: —La luna es un platillo
 sin compañero. —Y siempre enredos urde!—
 replica el organillo.

—Las noches son los mantos de los días—
arpegia el harpa en notas como estrellas.
Y en las columnas de las armonías.

hay paces y hay querellas.

Columna consonante es suave garbo,
que el alma y el sentido nos reposa,
fuste sin venas, liso, esbelto y albo.

Tal vez color de rosa.

Pero hay columnas en que, a un tiempo airadas,
se atacan furiosísimas serpientes,
y con violencia luchan, anudadas
y dientes contra dientes.

El hada infausta en su rincón refa.
Y fueron días, noches, lunas, soles.
Y por la escala un canto ya subía
con diéxis y bemoles.

(Llevar la niña del hogar vecino
en mi pensar secreto, era costumbre.
“Love is a custum”. Mas aun no era sino
como tapada lumbre).

III

Scherzo.

Así como se sueña yo vivía,
con la natura en paz, y fuerte y casto.
Mi espíritu a sí propio se veía
disperso, informe, vasto!

Mas cierta noche, que alargó el desvelo,
sentí el tropel de Pan, que al hombre aterra,
que dá al amor el comenzar del celo
y el modo de la guerra.

Es una tropa de divinidades.
Faunos y ninfas son, y, tirso en mano,
locas bacantes, cuyas ebriedades
refrena Pan en vano.

Qué anhelo deleitable, cruel quebranto,
me transmudó la mente!

Volvíme un hombre. Me apuntaba el bozo.
Amé el concepto que a la luz se empina,
la idea fuerte, el juicio sin rebozo
y la palabra fina.

Mis ojos eran fuegos de llamada.
Hinchíome el pecho aliento de centauro.
Viniéronme ansias de blandir espada
y de ceñirme lauro.

Amé la flor, el nido, la paloma.
Amé la noche, el día que amanece,
y, sobre el mar o encima de la loma
el astro que fenece.

Amé la tarde, cuando en su paleta
proyecta el sol matices como gritos
y montes viste de oro y de violeta,
conforme a eternos ritos.

Amé la invitación de los senderos,
el polvo de agua que edifica un arco
sobre la estrella de los derroteros
que vá a surcar mi barco.

Amé lo que pasó, la hembra, la nube,
los astros de oro en sus nocturnas rondas,
las alas cuando el vuelo baja o sube,
las veias y las ondas.

Y mi alma dijo el canto de su fuente,
nacida de la noche subterránea,
que se hizo arroyo, y se volvió torrente,
y al mar corrió espontánea.

Amé el amor. Amé lo femenino.
En bella, en exquisita, en elegante.
Amé el Amor y le ofrendé mi vino
Mas desprecié la Amante!

En la floresta crúzanse las voces.
La rueda de la danza gira y muele.
Sileno ronca. Su asno tira coces.

La yerba hollada huele.

Desmelenadas corren, tirso en mano,
de yedra coronadas, las bacantes.
Y espanto ponen de la selva al llano
con voces y desplantes.

Se ve a la ninfa como si bailara
ceñida en la voluta de su linfa.
Y baila aun, cuando la ninfa pára,
el seno de la ninfa.

La viste el resplandor de su blancura.
Y flámula es su crencha, que en el aire,
si con espinas no se la asegura,
agítase al desgaire.

La brisa lleva aromas de violetas.
Y entre el ramaje muévense los ecos
de los refranes y las cantaletas,
como sonoros flecos.

—Ama el Azar, ventura del camino,
que acaso quita, acaso dá al andante!
—Ama el Azar!

Ama el Amor!

Y el vino!

—Y ríe de la Amante!

—Inventa el hombre a su Adorada.

—Y luego

encuéntrala distinta de su idea—.
(La Amada entonces es tan sólo un juego
que el Amador se crea?).

Así como se sueña yo vivía.
Mi espíritu a sí propio no se hallaba,
no obstante de seguir la hermosa vía
que mi vivir soñaba.

El bosque ha enmudecido. Duerme el viento.
La fuente ahora es la única cantante,
la calma ahora invita al sentimiento
a que se suelte y cante.

En el vecino hogar, por la persiana,
los ojos ver lucir de una chiquilla,
como el rocío, al sol de la mañana,
entre las palmas brilla.

Llevar la niña del hogar vecino
en mi pensar secreto! Era costumbre?
Amor acaso? Pues si aun no era sino
como tapada lumbre!

Que una mirada que en el pecho anida,
que vá creciendo, espíritu y figura,
pueda, ay de mí! llenar toda la vida
de pena y amargura!

Pudieras hoy reír, Hada, muy recio!
Tú lo sabías, hembra solapada,
siempre a la Amante que sufrió el desprecio
la vengará la Amada!

Aquella que no sabe, que no siente,
aquella que o es estúpida o no es bella,
aquella que perjura y se desmiente,
aquella, pues, aquella!

Ya no es la fuente la única cantante.
Ahora con la fuente canta el viento,
que recogido estuvo un breve instante,
y canta el sentimiento!

Bañáronse alma y tierra en sus rocíos.
Y el estupor, —reliquia de quebrantos—,
la sombra y el silencio, tres vacíos,
llenáronse de cantos.

VIGIL DIAZ

(1880)

Es el poeta de las inquietudes. Pomposo. Sensual. Polifacético. Altisonante. Lírico hasta lo ultrafantasista. Apasionado. Verbalista. Sus poemas son un torrente donde se mezclan todas las más sabias eufonías de las siringas apolíneas, de las flautas pánicas, de los caramillos anacreónticos, con los ruidos y la euforia de los *boulevards* parisienses y de las umbrosas selvas tropicales. Hace grandes orquestaciones y quema los más vistosos fuegos artificiales para celebrar su fiesta de amor con la vida y exhibir los secretos que les va sorprendiendo a las pequeñas y a las grandes cosas, a la mujer y a la jungla, al macho cabrío y a la aurora. Hace poesía hermética. Inventa formas verbales. Crea el *vedhri-nismo*, estilo poético modernista, anterior al *ultraísmo* de España, y que fué el predecesor del *postumismo* de Domingo Moreno Jiménez y, en cierto modo, su rumbo orientador, aunque el *postumismo* no naciera de él.

Su gran talento se ha prodigado hasta el punto de restarle intensidad a su obra, demasiado difusa y confusa, por lo que la labor de creación se entorpece con la frondosidad. Agota los recursos de los vocablos. A ratos, se diría que lo obsede el sonido y el color, y nada más, sin importarle otra cosa que el sentido plástico del verbo, y pinta con palabras.

Su pífano de oro anunció la diana de la evolución de la poesía dominicana.

Obras poéticas: *Góndolas* (1912)

Galeras de Pafos (1927)

TIMPANO DE LA MONTAÑA

 Mi querida,
que es una negra retinta,
dulce y armoniosa como el cuello de una cítara de ébano,
con pulpa de coco en la sonrisa
y esencia de mandrágora en los dobleces,
me aguardó en la talanquera
para decirme:
“el cabrón ha muerto”.

 En un lecho de piedras,
junto a los corrales,
pulido por su cuerpo velludo y rijoso,
está tendido el padre
y señor
del aprisco.

 La luna de anoche amortajó su cadáver,
y el sol de esta mañana,
calentó las esponjas de sus barbas patriarcales.

 En los libros de amor de Publio Ovidio Nasón
aprendió el arte de amar,
y conquistó mil borregas
con la siringa de Pan.

 Para que no coman de su lúbrica carroña famélicos canes,
le haremos exequias griegas en la sabana.

VISION LUNAR

Señora luna yo te he visto:
 sobre las cumbres altivas;
 sobre las cataratas bravías;
 sobre los ríos musicales y errabundos;
 sobre el mar veleidoso y pérfido;
 sobre las lagunas extáticas;
 sobre las envergaduras de las naves perdidas;

Señora luna yo te he visto:

sobre los caminos polvorientos y sabios;
sobre las ruinas solitarias;
sobre el plumaje de los cisnes dormidos;
sobre la pampa inmensa;
sobre las tristezas de las necrópolis;
sobre los campamentos bárbaros;
sobre el marfil de los cadáveres;
sobre los charcos de sangre;
sobre las carroñas de las bestias:
sobre los jardines solitarios;
sobre el espejo de las fuentes olvidadas;
sobre el dolor de los hospitales;
sobre el arabesco de los frailes;
sobre los pámpanos de las fiestas;

Señora luna, yo tengo un anhelo exótico y profundo:
quiero verte dormida, sobre las gemas de sus
ojos y sobre las pálidas ojivas de sus manos
góticas.

RAFAEL DAMIRON

(1882)

Es el criollista por excelencia, pero en su verso, es vario, aunque conforme a las reglas clásicas. Tiene una abundante producción poética que no ha recogido en libro. En cambio, la novela, el ensayo, la política, el teatro y el periodismo son sus frecuentados y el acervo nacional se enorgullece con las brillantes y numerosas producciones de su talento polifacético y combativo. ¡Lástima que su privilegiada pluma no se detenga más en los campos armoniosos de la poesía!

Obras poéticas: *Ninguna publicada.*

A RAFAEL DAMIRON hijo

El aura matinal desaliñaba
tus cabellos castaños,
sobre tu mano, tu mejilla blanca
y tus ojos en mí, fijos y huraños.

En mi labio, secretos de la vida
que de siglos me hieren,
remedaban en torvas sinfonías
las promesas que mueren,
mientras alguien, que es lámpara divina
cuya luz celestial es tu sonrisa,
mi sendero alumbraba
con su luz imprecisa.

Dijérase que tú, que apenas puedes
conocer el perfume de las flores,
iluminado por mi pena quieres
conocer mis dolores.

Hijo mío, la vida de los pájaros
es una vida llena de inocencia,
corre a jugar debajo de los árboles
y no sepas jamás de la inclemencia
del mundo, que su tósigo siniestro
mata toda esperanza,
y mal harás con despreciar tus juegos
de niño, donde ríe la alabanza
de las cosas, para escuchar contrito
la queja de este pálido tormento,
que es en mi ser un silencioso filtro
por donde se me va todo el aliento.

Quédate allí, cabe la alegre danza
de los ramos floridos.

Huye de las tristezas de las almas
que padecen, y juega con los nidos.

CAMPESINA

Dende que ese indino me se fué con otra
ni p'sca yo siento de querer por naiden,
con lo que lo quise me basta y me sobra
pa que ningún otro se atreva a mirarme.

Manque las mujeres semo como semos,
caña pa el ingenio no soy que me cargan;
soy de las que digo, que a lo hecho pecho,
pa que naiden goce mirando mis lágrimas.

¿Qué se fué con otra? ¿Qué ya no me quiere?
que su gusto sea lo que Dios disponga,
yo no diba a hincarme pa que me desprecie
ni por una caja de doscientas onzas.

Mesmamente asina, como me ha dejao,
sin que yo lo ñame, lo veré en mi puerta,
y como a los hombres se le mete el Diablo,
que no pasó nada, yo me adré de cuenta.

CRIOLLA

Debajo de los palmares
tengo plantado un bohío
que entre olorosos pomares
y renuevos de azahares
copia el espejo del río.

Bajo su oscura techumbre
tengo mi hamaca colgada,
sin una luz que me alumbre
pues nadie enciende la lumbre
que tu dejaste apagada.

Cuando la tarde declina
después de dura faena
se adueña de mí la pena
que tu recuerdo envenena
con tu ingratitud mezquina.

Tengo en mi pecho clavada
como un puñal traicionero
la voz de aquella tonada
con que dejaste burlada
la fe de mi amor primero.

Cuando me quieras, te quiero
cuando me olvides, te olvido
como el pájaro señero
lo mismo puedo en tu alero
que en la selva hacer mi nido

Debajo de los palmares
tengo plantado un bohío
que entre olorosos pomares
y renuevos de azahares
copia el espejo del río.

PRO FILIS

He extendido los brazos y una rosa
de eternidad, el porvenir me advierte;
he burlado por fin la sijilosa
y taimada perfidia de la Muerte.

Ya no tengo horizontes: he creado
he sentido ante mí, que el viejo muro
del tiempo engañador se ha derrumbado,
ya soy savia inmortal en lo futuro.

Duerma su sueño del que no despierte
lo que no puede conformar mi suerte...

Bien puedo darme a caminar a prisa
por mi senda imprecisa,
que un lazarillo impúber y paciente
un hijo,

tengo para salvar la inconsistente
tregua de mi afanoso regocijo.

Hoy me siento más fuerte
que el amor, y la muerte,
oh dulce vida, de mis treinta años
que en nueva flor de carne se transforma
y que rige entre glóbulos huraños
el génesis perfecto de la forma.

Ahora ven, fecunda simpatía,
madre armoniosa de las conjunciones
que iniciaste cien mil renovaciones,
graba un sello de fatal ironía
en la filosofía
de las estériles generaciones...

Y que sonrisas de aleluyas riegue
la carne que mi carne hizo de amores,
cuando la hoz demoledora siegue
el jardín de mis mundos interiores...

VALENTIN GIRO

(1883)

Valentín Giró fué, con *Virgínea*, el clarín modernista que más revuelos causó en nuestro mundillo intelectual. Buen poeta, amante de la literatura francesa, construye con arrogancia y ternura a la vez, con discreto empeño retador y ungido de posiblemente místicas resonancias. Ha escrito uno de los poemas de mayor aliento del acervo nacional, por la intención psicológica y por la extensión. Es desigual. Maneja con seguridad el plectro y sus versos saben ofrecer a un tiempo la armonía interior y una correcta arquitectura.

Obras poéticas: *Ecos mundanos*

Clemente

Oda a Lindbergh

Jacinto Dionisio Flores (poema simbólico) —
(1935)

Sinfonía heroica (1941).

A L M A

La hermosa, arrebatada, lo envolvió en sus ardores
sus brazos lo anudaron sobre su seno astral.
Y entre besos, mordiscos, suspiros y estertores,
—toda la ardiente gama de los rojos amores—
pasó la noche entera, satánico y sensual.

La aurora en la montaña divina sonreía
cuando el mancebo dijo: "Suéltame, siento hastío"
Después... domaba un potro, tumbaba un monte, abría
para su siembra, riegos; luego, se zambullía,
como un pez, en el río...

ENSUEÑO

Escucha, encantadora fujitiva
que interpretar mi corazón no quieres:
tu palidez mortal me tiene enfermo
y presiento, al mirarte, que te mueres...

Es tan débil tu cuerpo delicado,
tu vida está de levedad tan llena
que un hálito veloz puede quebrarte
como un pétalo frágil de azucena.

Surgir parece a tu redor la niebla
como para envolverte en un misterio,
y en tu camino palpitando dejas
un lejano rumor de cementerio.

Finas esquilas en tu voz sollozan,
blancor de leche en tu pupila vaga,
y tu reír parece hilo de luna
que en la espuma del mar vibra y se apaga.

Frágil, blanca de niebla, y errabunda
como del aura leda suspendida,
pareces una virgen temblorosa
del hondo seno de la tumba huída.

Frágil; blanca de niebla, y errabunda
y cuanto más sutil y visionaria
pasas por mi fantástico camino
más pura es tu belleza funeraria,

Y más te quiero, fujitiva niña
que temes al contacto de mi mano
porque vamos, yo ardor, hacia la vida
y tú, vapor de ensueño, hacia el arcano!

VIRGINEA

Se murió Natalia. Virgen que tenía
en los ojos muchos sueños y delirios,
y en los tristes labios todos los martirios
de la cruel anemia que la consumía.

En el blanco lecho su cara fulgía
como nívea estrella sobre un mar de lirios,
mientras en la alcoba los trémulos cirios
llovían miradas de melancolía...

Al Vésper, en andas, en hombros de amigos
iba lentamente para el Camposanto.

.....
Después, cuando todos a casa volvían
mudos, pensativos..., como rubios trigos
vieron que en el cielo, radiosas de encanto,
todas las estrellas refan... refan...

FEDERICO BERMUDEZ

(1884 - 1921)

Un intenso lirismo melancólico llena de vaguedad y de tristeza su poesía. Ama las puestas de sol y vierte en sus versos la languidez cariciosa de los atardeceres. Una música lenta, una infinita lejanía, una escéptica dulzura le roen el corazón. Adora en el silencio. En medio de los gritos solares, del desgarramiento de los campos de caña de azúcar, de la miseria del hombre de trabajo, él alza la hostia de su ánima enamorada y revencia la belleza morbosa de lo suave y de lo triste.

Los buceadores de nuestra literatura lo han olvidado o fingen ignorarlo. (Una poesía idealista, sin motivo aparente, que nace en ella misma y de ella sólo se alimenta, no es plato para seducir los paladares de Gargantúas zoilescos). Lo cual ha sido causa de un relativo oscurecimiento de este poeta y de otros, semejantes a él en la intensidad lírica, y, en cambio, ha coadyuvado al fomento desgraciado de un género de poesía donde hay muchas cosas, menos poesía.

Federico Bermúdez era, sobre todo, el alma sencilla, apasionada de los humildes. Su verso, fino, elegante, discreto, denuncia la pobreza para condolerse con ella y, si nó un grito rebelde, lanza un aye y otro aye y otro aye en defensa de los miseriosos.

Esta condición no es una "actitud" en su poesía. Así como tampoco determina una moda de su espíritu poético. Más bien es la versión candorosa de su piedad humana cuando el hálito divi-

no de la poesía lo desarraigaba del barro terrenal para sumirlo en abismáticas emociones siderales. Es un compadecimiento de su calidad hombre con su dón de poeta.

Obras poéticas: *Oro Virgen* (1910)
Los Humildes (1916)
Las Liras del Silencio (1923).

A T R I O

El misterio es el alma de la virgen Poesía,
 en el lago es silencio y en la estrella temblor;
 dad al verso el lenguaje de los largos silencios,
 como en lago y estrella que el misterio nimbó.

Dejad siempre velado bajo el ala del verso,
 para ciertos espíritus, lo más blanco y mejor;
 tal así como bajo de una tímida niebla
 el matiz impreciso de una incógnita flor.

Lo que dice el absurdo inarmónico idioma
 de los labios que hablan, es salvaje dicción;
 en la lengua divina de la Maga Poesía,
 el silencio idealiza la palabra mejor;

Así tal, bajo el césped, como en tórpido limbo,
 la fragante violácea de su encanto de flor;
 tal así, tras el velo de la bruma flotante
 da una estrella lejana su indeciso fulgor...!

CAMPANAS DE LA TARDE

La tarde.

Gris de perla.

Los árboles en una
 meditación ambigua, de ensoñación o duelo;
 pupila de la tarde romántica: la luna,
 colmado el gris plomizo del solitario cielo!

Por momentos sus alas: inmóviles al vuelo,
 recce la penumbra que finje ser la ojera
 de la pupila blanca, sonámbula y viajera
 que calma el gris plumizo del solitario cielo!

El angelus.

Esquilas...

Lamentos funerarios
 que vuelan de los bronces de viejos campanarios
 con un compás doliente de apesarado vuelo!

Yo sueño bajo el cro de estas horas tranquilas,
 y en embriaguez de amores recojen mis pupilas
 tu imagen en la errante del solitario cielo!

OH! TARDES ADORABLES...!

Oh! tardes adorables de aquel lejano estío!
 oh! siesta de mis sueños sobre su pecho en flor,
 venid rasgando brumas y sombras de mi olvido
 a orar cabe el sepulcro de aquel perdido amor...!

Orad en el divino lenguaje del silencio
 por todos los ensueños de aquella casta edad,
 doliente margarita que aquellos blancos dedos
 acaso no recuerdan que deshojaron, ya...!

Oh! tardes adorables de aquel lejano estío...
 Volar de blancos besos en alas del idilio,
 arrullos de las almas bajo el sereno azul...

quiméricas visiones de mi universo efímero,
 traed a los oscuros rincones de mi olvido,
 blancas reminiscencias de aromas y de luz!

PARECES UNA TARDE

Pareces una tarde que va a morir, Señora!
 tan honda es de tus ojos la intensa languidez
 y el velo de profunda tristeza evocadora
 que cae sobre la cera de tu anemiada tez!

Al fondo de tus ojos, por tu pupila mustia
se asoma tu alma triste con nimbo de pesar,
y vaga en tu mirada con la infinita angustia
de un pájaro cautivo con ansias de volar!

Pareces una tarde que va a morir... Señora!
y si bajo la intensa tristeza evocadora
que cae sobre la cera de tu ideal perfil,
te abismas en tus sueños de pálida Madona,
parece que tu alma de virgen te abandona,
y finges una estatua de pálido marfil...!

SIMBOLO

Aquel viejo enigmático y sereno,
de triste palideces marfilinas
y miradas de dulce Nazareno,
echóse a descansar bajo las ruinas...!

Y en el vasto silencio vespertino,
tras un largo suspiro y un bostezo,
cerráronse del sueño al hondo beso
sus ojos de cansado peregrino...!

Cuando la tarde huyó triste y doliente
con la noche se entró por el oriente
la luna, y al verter sus argentadas
claridades silentes en las ruinas,
bañó con sus miradas argentinas,
¡dos míseras grandezas olvidadas!

SERENAMENTE GRIS

La lluvia, tornadiza como una polvareda,
más flota que descende, serenamente gris...
el viento, adormilado, sobre la tarde queda
y sobre los ramales la nébula sutil...

Cabalgan por el ether tristezas invernales,
y en la tranquila estancia, serenamente gris,

mientras la vaga niebla se asoma a los umbrales
te duermes en mi pecho como una flor de lis!

Tu joven pecho cándido me brinda sus latidos
y tus fragantes labios, dulces y sonreídos
me invitan para el beso romántico sutil,
y mientras que yo beso tus labios virginales,
envuelta en sus dolientes crespones invernales
muriendo va la tarde, serenamente gris...!

OSVALDO BAZIL

(1884)

Elogiado por Rubén Darío, se pudo creer que fuera el llamado a representar por sí sólo, toda la poesía dominicana. Su labor posterior no acusa el índice de altura que su iniciación poética anunciara. Tiene en su haber una de las más hermosas poesías líricas nacionales: "Pequeño nocturno" y es el compilador del, hasta ahora, más extenso conjunto antológico de nuestros poetas.

Obras poéticas: *Rosales en flor* (1901)
Arcos votivos (1907)
Parnaso dominicano (1912)
Parnaso antillano (1913)
Campanas de la tarde (1922)
La cruz transparente (1939)

EL ALBA DE LOS MENDIGOS

El paisaje es de oro bajo el claro del día,
¡qué tempranito es dentro del parque amigo!
La magia de las alas riman su melodía...
¡Y en un rincón del parque sueña un viejo mendigo!

Los sonoros cristales del matinal poema
vibran ardientemente sobre el azul miraje,
la floresta se hechiza de poesía suprema
y la gracia del Alba nupcializa el follaje.

La visión del mendigo me impresiona al instante:
en un rincón del parque, bajo la luz incierta,
se ha quedado dormido el viejo suplicante
sobre un banco de piedra como una rama muerta!

¡Miserable fantasma! ¡Héroe sin pan ni gloria
de una cruel epopeya que vives cada día!
¡Tus carnes deplorables están ebrias de escoria,
y en medio de esta fiesta eres una ironía!

Estás entre las flores —¡qué ridícula hazaña!—
Si eres como una mancha que la tierra envidiosa
hace surgir del seno de su lóbrega entraña
para herir la dulzura de la aurora radiosa!

Pero el Alba es tan buena que sobre el mal describe
su milagro de nácares, y es su lumbre de oro
la primera limosna que el mendigo recibe
sobre su faz hirsuta y su humillante lloro!

¡Oh, triste suplicante de temblorosas piernas,
debajo de tu lecho, tu perro fiel vigila
tus harapos mugrientos. Y ante las alas tiernas
de la alondras fija su tórvida pupila!

¡Viejo mendigo, el Alba ora sobre tu cabeza:
baña de amor tu rostro, y compasiva, enjuga,
la silenciosa lágrima que eternamente reza
en tus desolaciones de claudicante oruga!

¡Qué tranquilo tu sueño! ¡Qué feliz te imagino
tirado así en el banco como un esquiote roto
que el mar echó en la costa... y ensombrece el camino
de los que pasan trémulos, de su final ignoto!

Abre mi pensamiento, sobre el feroz destino,
su vuelo interrogante. Pienso, como abismado,
si no seremos todos en distinto camino,
pordioseros por algo que no hemos encontrado....

Y siento que recibo del Alba la primera
limosna de su lumbre y que me enjuga el llanto:
también el Alba sabe que arrastro mi Quimera
como una pordiosera, bajo el ala de un canto!

Y arrepentido, imploro, por la paz de aquel viejo tan triste y miserable! . . . Y el horror que me inspira su sombría silueta me hace daño y me alejo de aquella sombra tétrica que en el banco respira!

Pero ya el Alba pasa. Y el siniestro mendigo deja el banco de piedra. La ciudad se despierta. La vasta llamarada del sol es un castigo que el infeliz comprende. Se oye un abrir de puerta.

La epopeya doliente de aquel día, su duelo proyecta sobre el paso del héroe sin abrigo, y hermanadas, contemplo, rodando por el suelo, la sombra fiel del perro y la sombra del mendigo!

PEQUEÑO NOCTURNO

Ella, la que yo hubiera amado tanto, la que hechizó de músicas mi alma, la que más blando susurrar de égloga derramó en el azul de mis mañanas, me dice con ternura que la olvide, que la olvide sin odios y sin lágrimas.

Ella, la que me ha dado más ensueños y más noches amargas, se aleja dulcemente, como una vela blanca.

Yo, que llevo enterrados tantos sueños que cuento tantas tumbas en el alma, no sé por qué sollozo y por qué tiemblo al cavar una más en mis entrañas.

VICTOR GARRIDO

(1886)

Ha querido permanecer fiel a la tradición de la gran poesía, incontaminado de *ismos*. Un pensamiento elegante conduce discretamente su verso por los senderos de la galantería. Buen conocedor de reglas, cultiva el ritmo clásico, aunque su verso está tocado de la deliciosa agilidad moderna. Correcto en la forma, profundo en la idea, novedoso en la imagen, sabe cincelar esa atrayente y peligrosa ánfora que es el soneto.

No ha publicado libros.

ARIA DE OTOÑO

Un rubicundo amanecer de estío
me engalana de rosas la tristeza
cuando se juntan tu mirar y el mío,
y llenas con idílica promesa
la soledad de mi rincón vacío.

Te quisiera apartar de mi camino
por toda la ilusión que me despiertas,
cuando en tus pesadumbres adivino
que son hermanas nuestras cosas muertas.

Quisiera huir del sueño que te nombra
por todo el mundo que de mí te aleja;
pero hay algo interior que no me deja

y que me acerca a tí como tu sombra.

Siento que es tarde para alzar mi tienda
en el recinto en paz de tus aduares
y que me enluta la espinosa senda
un desmayo de soles tutelares.

Mas el hondo dolor de no tenerte
y la congoja de tu amor distante,
no valen la ventura de quererte
en la orfandad de mi existencia errante.

Te busco a mi pesar como la escala
que ha de subir mi corazón al cielo;
tu amor me da la vibración del ala
y el impulso recóndito del vuelo.

Eres la imagen de un ensueño puro
que solloza perdido en una estrella;
eres la voz, partida de querella,
que se levanta del misterio oscuro,
y me llama con una melodía
que es toda vaguedad de lejanía.

Eres la niebla que besó a la aurora
la cabellera de verdor del prado,
lo que he visto y soñado
en la mágica hora
en que la luz de la razón fulgura
entre sombras de olvido y de locura...

Por todo lo que has puesto de retoño
en mi pálido otoño;
por todo lo que tiene de martirio
la blancura de lirio
que me separa de tu ruta de oro;
por todo este silencio en que te adoro
sin violencia ni lloro,
te bendice mi pena,
que es tan dulce y tan buena
desde que el alma se me va muriendo
por tí soñando y por tu amor viviendo.

EL CAMINO EN LA MONTAÑA

El camino se interna en la montaña
al través del silencio y la espesura,
como una sierpe elástica y oscura
que pretendiese devorar su entraña.

El hocco matorral y la maraña,
el torrente que baja hasta la hondura,
el risco alevo y la escarpada altura,
en vano intentan detener su hazaña.

Y cuando el sol, como un titán vencido,
entre el naufragio que en poniente arde,
se desploma en el bátraco celeste,
en la salvaje soledad perdido,
se recuesta el camino con la tarde
sobre la cima del picacho agreste.

ELEGIA BLANCA...

Estoy triste, Señor, porque se muere
la amada de mi vida;
la que nunca me enoja ni me hiere,
la que puso en mi alma que la quiere
la blancura de un ala bendecida.

Me la llevas... después que me la diste
como una rosa blanca...

Si en mi jardín de ensueños la pusiste
toda alma, toda dulce, toda triste,
por qué, Señor, Tu mano me la arranca?

Para tu gloria tienes, cuanto aspira
el santo anhelo tuyo...

yo no tengo más luz que si me mira,
más gloria divinal que si suspira
ni más tierna ventura que su arrullo.

No la llesves, Señor, para tu lado!
No me quites mi aurora!...
Permite que mi ser por ella amado.

viva en la gracia de su amor bañado
 cual si fuera en tu gracia redentora.
 Yo era malo, Señor; ahora soy bueno...
 Ella me dió su albura...
 Dejé para volar cuanto de ciego
 había en mi ser... y estoy de azul tan lleno
 como lo está la fuente de frescura.
 Era la vida para mí un sudario
 que en hielos me envolvía...
 En mi rudo camino solitario
 cada paso en la sombra era un calvario...
 y ella juntó su mano con la mía...
 Y cuando todo para mí se anima
 y es la vida una gloria,
 quieres tronchar la perfumada rima
 que me enseñó a vivir sobre la cima,
 y trocar mis alburas en escoria!
 Ten piedad de su boca que es un lirio,
 de sus ojos azules,
 de sus manos nevadas como un cirio,
 y del cruel y recóndito martirio
 que me darás al desgarrar sus tules.
 Señor... la quiero porque me hizo bueno,
 porque me dió pureza...
 y está mi corazón de ella tan lleno...
 y es su amor para mí como un sereno
 resplandor de bondad y de belleza...
 Si deshojas, Señor, entre mis brazos
 la amada bendecida,
 me darás el negror de los ocasos,
 y dudaré de tí que en tus regazos
 tienes la luz del bien y de la vida...

HOGAREÑA

Qué hermosa esta quietud apetecida!
 el hogar apacible donde impera,

el blasón de tu magra cabellera
y el rondel de tu boca florecida.

Cuando mi alma por la lucha herida
vuelve a esta paz gloriosa, se dijera
que un frescor inmortal de primavera
vigoriza la savia de mi vida.

Amor! . . . Divino amor! . . . En tu regazo,
la santidad de tu fecundo abrazo
le da a mi corazón bienes prolijos.

Y vencedor me siento de la suerte,
del porvenir oscuro y de la muerte,
al mirarme en la sangre de mis hijos.

LA VOZ DEL SILENCIO

La tarde en oro pálido moría
sobre la pompa audaz de los ramajes,
que en la dulzura vespéral del día
desbordaban sus hálitos salvajes.

Sobre la flor de púrpura que ardía
en el albor nupcial de tus encajes,
flotaba la nostálgica poesía
del blando anochecer de los paisajes.

Nuestro silencio, de inquietud opreso,
floreció ante el azul de las distancias,
embriaguez del idílico embeleso.

Y entre un hervor divino de fragancias,
con la angustiada música de un beso
epilogamos nuestras hondas ansias.

P A X

(En las ruinas de San Francisco)

Un silencio profundo en tus arcadas
llena de paz histórica el convento.
Afuera arrastra su plumaje el viento
sobre las callejuelas desoladas.

Penetro en el recinto. Mis pisadas
prolongan su rumor como un lamento
y en lo infinito de mi alma siento
el peso de las bóvedas calladas.

Doblo en el polvo la abatida frente
para alzar mi recóndita plegaria
en la calma beatífica y doliente;

Y contempla mi mente visionaria,
que la sombra de Ojeda, lentamente,
se incorpora en la nave solitaria.

R. EMILIO JIMENEZ

(1886)

Además de sus condiciones de poeta, Ramón Emilio Jiménez ha sido un devoto de la enseñanza y para contribuir a ella, tiene publicadas numerosas poesías didascálicas, a las cuales algunos compositores nacionales les han puesto música y son cantadas en las escuelas del país. Toda su obra está encaminada en el sentido de ofrecer algo al lector, para su beneficio moral, intelectual o espiritual. Es un poeta que traduce los sentimientos de la vida criolla, realizándolos con su amor a lo bueno, a lo bello y a lo útil. Es, también, un escritor fecundo. Ha publicado muchas estampas de la vida criolla y ensayos filológicos.

Obras poéticas: *Espumas en la roca* (1917)
La Patria en la canción (1933).

BODA DE RUISEÑORES

Era un trío admirable de dulces ruiseñores
disputándose, a trinos, de una hembra el amor,
que, junto al grupo alado,
picoteando alegre la encendida corteza de una fruta
en sazón
por cuya abierta herida, la sangre de la pulpa
manchaba el suelo de arrebol,
provocaba la lucha de los picos abiertos
para su dulce boda con el mejor cantor.

Teatro de la escena: la fronda virgen, húmeda
por el rocío, apenas, de la noche anterior,
y comenzó la fiebre del lírico torneo
como a la media hora de haber salido el sol.

El primero dió al aire la joya de su flauta
que el bosque acompañó
con la variada música del viento y del arroyo
que fluye adulator.

El segundo, internándose esmeraldas adentro,
penetró en lo más íntimo de la fronda, y cantó
como para que el hueco del follaje sirviérale
de amplio resonador.

Faltaba el más osado de aquellos trovadores:
voló a la rama más enhiesta, el pico
sobre ella limpió
de toda huella inútil de festín mañanero,
y se entregó al divino fluir de la canción.

En la panida música se adivinaron quejas,
rumor de alas, sueños, inquietud,
la ilusión de tres perlas en un nido
y el final de aquel nido en el azul.

La hembra, enamorada,
dejó el fruto sangrando como un arrebol,
ganó la débil rama que el canto estremecía,
y culminó la escena con un triunfo de amor...

Después, los dos vencidos, miraban alejarse,
soñando con el nido, bajo el oro del sol,
cuatro alas tendidas en fuga victoriosa
sobre los aplausos del viento adulator.

EL ENCUENTRO DEL PERRO

Venía un perro por la vereda;
yo iba solo, de él temí;
miré una piedra que en ella había
y en un impulso la recogí.

Pero el instinto que por mi vida
vela impaciente como un guardián,
miró hacía un lado pasar serena
la sombra triste del pobre can.

Hubiera sido villano gesto
que haciendo burla del animal,
le castigara con una piedra
por el capricho de hacer el mal.

Nobleza —dije— pide nobleza,
le castigara con una piedra
y abandonando la piedra audaz,
seguí, la mano llena de polvo
y la conciencia llena de paz.

EL PODER SONORO

Iba por el monte gozando verduras
al favor divino de la soledad,
cuando en lo más recio de las espesuras
ví un hombre con aire de ferocidad.

Hosco, sucio, armado, me inspiró recelo;
pero contrastando con mi turbación,
de su obscura boca se alzaba hasta el cielo
un silbido alegre como una canción.

Y ya no hubo miedo, porque el mal no fía
al poder sonoro su fatalidad,
cuando el labio se abre para la armonía,
el alma está abierta para la bondad.

MIS DOS MADRES MUERTAS

Dos madres tuve un día y no tengo ninguna:
la que me dió su sangre y me llevó en su seno,
y la que completando la obra que hizo una,
recogió mi pobreza del fondo de una cuna
desde la edad de un año, y me enseñó a ser bueno.

También tiene dos madres la simiente cautiva:
 la planta genitora que en su verdor la encierra,
 y la gran madre tierra,
 que la toma en sus brazos como hija adoptiva,
 le ofrece el hueco de una cuna
 escondida a los ojos del pajarillo hambriento,
 y luego, espiga tierna, la mece a sol y luna
 en la hamaca del viento.

Y cuando árbol también, la bella espiga asombra
 con la melena al viento florida y cancionera,
 a la madre adoptiva le paga con su sombra
 y honra la madre propia en cada primavera.

Tal ha sido mi suerte:
 una me ha dado el ser,
 y me enseñó la otra la virtud de ser fuerte,
 la misma de la planta que sabe florecer
 sin temor a las hachas que fabrican su muerte.

Al darme una su sangre miróse en dos partida
 y una de esas mitades fué mi vida;
 la madre es siempre una constante abnegación;
 al tenderme la otra sus brazos redentores,
 como carga llevada sobre rieles de amores,
 mi cuerpo, entre caricias, llevó a su corazón.

Yo era débil criatura,
 enferma y pobre era
 la madre verdadera,
 y Dios, compadecido de tanta desventura,
 me dió una nueva madre, que en ritmo de ternura
 fué igual a la primera.

Rosal que de un terreno empobrecido
 pasa a la maravilla de un cantero
 al amor de otro barro que termina
 la obra del barro en que vivió primero,
 así yo de la vida en la faena,
 barca que tuvo un nuevo timonero,
 pájaro que del nido tutelar
 pasó al jergón de la pollada ajena

y el ave nueva le enseñó a cantar;
sus propios goces y su propia pena.

Si el ofrecer la vida para dar nueva vida
en el calvario de la maternidad
es sacrificio heroico que mantiene encendida
la llama redentora de la fecundidad,
¿qué nombre ha de tener
la que no siendo madre por la naturaleza
se eleva a la más alta virtud de la belleza
y es madre por deber?

¿qué nombre tiene en la moral escrita
esta ofrenda infinita
de dar el alma a la criatura ajena
la que no es madre suya,
pareciendo decirle, ya que Dios me hizo buena,
si te falta tu madre yo seré madre tuya?

Murió la madre propia
y la que me enseñara lo que por ella sé,
aquella de quien soy como una débil copia
y la que supo ungirme con bálsamo de fe;
pero llevo en el pecho la dulce sensación
de que a las dos amé,
y con las dos fui bueno, partiendo el corazón,
y a las dos enterré...

EMILIO A. MOREL

(1897)

Sigue la tradición poética de Enrique Henríquez, aunque sus puntos de contacto son simplemente ideales: en lo que respecta a la amplitud sonora del verso y a su contenido épico-civilista. Ha hecho periodismo y ha publicado libros políticos-sociales.

Obras poéticas: *Lucérnulas* (1911)
Puñado de simientes (1915)
Pequeños poemas (1937)
Armas dominicanas (1939)

AQUEL LUCERO BLANCO

I

Aquel blanco lucero,
al cerrarse los párpados del día,
era siempre el primero
que los ojos abría.

I semejaba un pájaro cautivo
en el azul, imaginando vuelos
i convirtiendo su mirada en vivo
juego de claridad sobre los cielos.

I siempre que el lucero aparecía
en su invariable senda,

una envidiosa rana le decía
desde el lúteo rincón de su vivienda:

—¿Por qué te asomas a mis soledades
furtivamente? Díme lo que quieres
al deslizar tus tibias claridades
en la quietud de mis anohecidos.

¿No sabes que la sombra es toda mía,
lo mismo que el azul es todo tuyo,
i que a veces me hasta
hasta el fulgor errátil de un cocuyo?

Haciendo florecer en mi laguna
frágil rosal de perla,
viene a verme la luna
sin que yo me moleste para verla.
I sin embargo, tú, que nunca prendes
una ilusión de luz en rosa alguna,
me pides alabanzas, ¡i pretendes
tener la aristocracia de la luna!

Así el reptil hablaba
cuando el blanco lucero aparecía;
i, después de croar, se acurrucaba
en su lúteo rincón, i se dormía...

Era la media noche
cuando el aristocrático lucero
fingía descender, en un derroche
de luces blancas, sobre el mundo entero.

I despertó el reptil. Con hosco ceño
fijó los ojos turbios en el hondo
caudal del agua, i vió el perfil risueño
de su rival moviéndose en el fondo.

¡Cuán irónica fué su carcajada
cuando creyó tenerlo prisionero,
i figuróse ver, mustia i ahogada,
la argentina belleza del lucero!
—Ya ves, astro infeliz! Estabas ciego
de pueril vanidad. Tanto ufanarte

de unas galas efímeras: y luego
caer entre mis aguas para ahogarte!

.....

I ajeno a ese lenguaje rencoroso,
desde una altura cenital el astro
bañaba el lomo gris del envidioso
con un blancor sereno de alabastro...

SAN FRANCISCO DE ASÍS ENTRE LOS PAJAROS

I

San Francisco de Asís erraba un día
por remotos parajes, preguntando
a cuanto ser veía
si lo acosaba el hambre, si quería
pan del pan que su mano iba dejando
a la miseria cruda i sin abrigo:
pan de resignación i pan de trigo.

San Francisco de Asís buscaba un día
vidas atormentadas
por el dolor, cuando en el seno agreste
i hojoso de la Umbría
encontró la piedad de sus miradas
a un rui señor que estaba en la agonía.
—Hermano Rui señor... —exclamó el Santo,
con los brazos en cruz, —hermano mío,
dime si tu quebranto
lo concibió la voluntad del cielo,
o si fué la del suelo
para secar las fuentes de tu canto.

El rui señor no contestó. La suave
bondad del Santo se inclinó hacia el ave
para decirle: —Hermano,
ven a mi soledad hasta que vuelva
la salud a tus carnes;

allí no encontrarás florida selva
ni paraje florido,
sino el crudo rigor de los veranos:
mas, para darte la ilusión de un nido
fresco y amable, te daré mis manos.

I San Francisco se llevó consigo
al ruiseñor enfermo. I fué tan dulce
el amoroso abrigo,
i tan hijo del cielo
el infinito celo
que el ave halló en el corazón del Santo,
que a poco tiempo levantaron, juntos,
una oración el uno: el otro, un canto.

II

Enfermo i solo... Lejos de la gente,
que ignoraba su mal, pensaba el Santo
en que ya la Implacable
rondaba ansiosamente
la tosca celda en que la limpia fuente
de su misericordia inagotable
cantaba el bien, tan armoniosamente.

I dijo al ruiseñor: —Mi buen hermano,
muy pronto a mí me faltará el aliento,
i a tí la débil mano
que te busca el sustento;
vuélvete, pues, al bosque i que te ayude
la mansa diestra del hermano Viento.

I así dijo a los otros
pájaros: —Vuestro nido
os espera, volved a vuestro prado;
y si encontráis que ha sido destrozado
vuestro hogar venturoso, como he sido
yo para con vosotros, sed vosotros
con el que hubiere roto vuestro nido.

¿No sabéis que se encuentra
la hermana Muerte en el umbral, queriendo
que mi conformidad le diga: entra?

I gimió el desconsuelo
del ruseñor:— ¡Oh, déjame a tu lado
para verte cruzar, transfigurado,
los caminos del cielo!

La turba alada dijo entonces: —¡Falta
que nos enseñes la virtud más alta,
la de morir sonriendo!

I cuando hablaron todos de tal suerte,
San Francisco de Asís sonrió, diciendo:
—Entrad, hermana Muerte...

C A N A A N

I

I tú, ¿nada le dices? ¿No le ofreces la mano?
¿No fué siempre contigo lo mismo que un hermano?
Todas tus compañeras están gimiendo... Mira
cómo la más pequeña se conmueve y suspira
de sólo imaginarse que en tan largo sendero
será negra, muy negra la noche del viajero.
Anda! Corre a sus brazos! Besa su boca triste.
El se formó a tu lado. Tú a su lado creciste.
¿Tiemblas, te ruborizas? ¿Qué pensamiento insano
despertarán tus besos? ¿No es él como tu hermano?

II

I aquella indiferente
niña inclinó la frente
melancólicamente,
i se volvió de espaldas al grupo, que seguía
en lamentosa plática, porque ese mismo día

el mancebo más joven, más bello i más fornido,
 marchaba hacia un lejano país desconocido
 halagado por una
 quimérica esperanza de conseguir fortuna.

III

I todas las miradas
 volviéronse azoradas
 a la niña insensible i taciturna,
 hermética lo mismo que la urna
 de los castos anhelos de su vida temprana;
 mientras el cuerpo flébil de una anciana,
 que era como una cumbre
 moral erguida en medio de aquella muchedumbre,
 temblaba de vergüenza, i hasta de pesadumbre,
 al ver cómo el mancebo buscaba ansiosamente
 el rostro de la pálida doncella indiferente.

IV

I luego, cuando hablaron
 de los que se ausentaron
 i todo lo olvidaron,
 sus labios suspirantes dieron fácil salida
 a las afectuosas frases de despedida:
 —Ya tú sabes, buen mozo,
 que traigas, cuando vuelvas, un porvenir i un bozo.
 —Procura que en las grandes urbes, tu juventud,
 al ganar un tesoro, no pierda la salud.
 —Guarda esta rosa blanca
 en prueba de la franca
 amistad que nos liga,
 para que, a tu regreso, esa rosa me diga
 si durante tu ausencia mi recuerdo ha dormido
 sobre tu corazón, como un ave en su nido...

V

Acercóse la anciana,
le habló de los milagros que hace la fe cristiana;
arrancóse del busto
una medalla antigua, la ató al cuello robusto
del mancebo, i le dijo:

—¡Qué Dios te ayude, hijo!

I llamando a la pálida doncella indiferente
agregó, entre sollozos, conmovedoramente:

—I tú... ¿nada le dices? ¿No le ofreces la mano?
¿No fué siempre contigo lo mismo que un hermano?

VI

Partió al fin el mancebo...

El camino fingía

bajo la postrimera claridad de aquel día
una larga serpiente que, perezosamente,
iba desenroscando sus anillos... Las hojas
temblaban, semejando móviles manchas rojas,
bajo la deslumbrante púrpura del ocaso.
En la primera curva del camino, su paso
detuvo el soñador, i por vez última
dijo adiós al conjunto
abigarrado i triste de aquella buena gente,
cuyas manos seguían animando el ambiente
con una pintoresca profusión de pañuelos
que semejaban pájaros al iniciar sus vuelos.

VII

La realidad fué cruel
para el mancebo que corrió tras el
fantasma de una dicha que turbó sus sentidos
i lo empujó a febriles centros desconocidos.

Sus músculos, que estaban hechos a derribar
árboles centenarios del nativo lugar,
sus músculos apenas
sabían otras faenas...

VIII

I él echaba de menos
los parajes serenos
donde los hombres buenos
de su tranquila aldea se congregaban bajo
la sombra de los árboles, al volver del trabajo,
para escuchar del labio trémulo de una vieja,
a la que amaban todos, la sencilla conseja.

Allá sus brazos eran útiles a la vida;
hecha canto i promesa, alegre i sonreída,
la verde faz del campo, mañana tras mañana
amanecía mirándolo al pié de su ventana;
i él se lanzaba al campo, a reanudar la siembra,
como tras la amorosa caricia de una hembra.

¿En qué sitio, olvidado,
estaría el arado
que formó tanta hileras
de surcos por doquiera?

¿En qué oscura hondonada,
indócil i dispersa, se hallaría la boyada
que aquel mismo mancebo conducía,
—cuando se desmayaba la claridad del día,—
al arroyo distante, murmurador i manso,
para entregarla luego a la paz i al descanso?

IX

¡Tal vez amarillean en el maizal las hojas,
i el grano de oro espera, dentro de las panojas,
que vaya a recogerlo la campesina mano,
la misma que una planta sacó de cada grano!

¡Tal vez piden cuidado los antiguos corrales
 que sufrieron las iras de tántos vendavales!
 ¡Tal vez la yerba asciende
 hasta la cruz ya vieja; la vieja cruz que extiende
 sus miembros implorantes sobre la tumba yerta
 do está su padre muerto junto a su madre muerta!

I abandonarlo todo
 de ese imprevisto modo;
 casa, bueyes, arado, tierra pródiga i buena;
 dejar sus pocos bienes en una mano ajena
 para, como un sonámbulo, correr siempre tras una
 quimérica esperanza de conseguir fortuna!...

X

¿Quién avivó en su pecho tal ansia de riqueza?
 El fruto que a sus brazos ofrecía la corteza
 bienhechora del suelo,
 ¿no bastaba a su anhelo
 de bienestar?...

Pero ocurrió que un día
 oyó las fabulosas narraciones
 con que un anciano rico estremecía
 los pensamientos i los corazones
 de unos adolescentes. El narrador decía:

—Aunque muy niño entonces,
 yo era fuerte, muy fuerte, como el bronce;
 i por eso, en aquellos países tan lejanos,
 hice pronta fortuna, sólo con estas manos!
 —¡Marchad a aquellas tierras, jóvenes que anheláis
 vivir como yo vivo! Decidme, ¿qué esperáis
 aquí, en el más profundo,
 menesteroso i torpe rincón que hay en el mundo?
 —Aquella es tierra bíblica, tierra de promisión,
 en la que, —¡cosa rara!— nace el fruto en sazón.
 Si abris un surco, el surco se convierte en arteria
 de donde salta el oro venciendo a la miseria.

—Allí cada montaña
 arroja en la corriente que brota de su entraña
 cálida i honda, chispas de rútilos metales,
 cuyos desprendimientos, flotando en los raudales
 de los bullentes ríos, llegan a la ribera
 como en pos de una mano diligente que quiera
 horadar la montaña
 i tomar los tesoros ocultos en su entraña!
 —Allí no cae la nieve. Allí no hay noches frías,
 ni existen los abismos de las categorías!

.....
 I el mancebo, más tarde, volvió la espalda a todo
 de inesperado modo:
 casa, bueyes, arado, tierra pródiga i buena;
 i abandonó sus bienes a la codicia ajena
 para, como un sonámbulo, correr siempre tras una
 quimérica esperanza de conseguir fortuna!

X I

Se hundieron en la sima del tiempo muchos años
 vividos por el joven en lucha con extraños
 medios, i con tenaces impulsos de suicidio;
 pero la suerte un día
 quiso galardonarlo tras la recia porfía:
 i al disipar la sombra que anublaba sus sienas,
 le colmó con largueza de tentadores bienes.

X I I

El mundo lo sustrajo
 al silencio, al trabajo,
 al deber, i lo atrajo
 irresistiblemente con sus mil tentaciones.
 En los placeres frívolos, alma de los salones,
 se encabritaron todos sus instintos;
 i ávidamente, quiso saborear los distintos

manjares de una vida
por él desconocida.

Como en medio de un vértigo, vagó por entre hileras
de alcobas de mujeres fáciles i ligeras;
premió pródigamente
el beso con que el vicio arrebató a su frente
el brillo exuberante de la salud; i un día,
después de haber llegado al fin de aquella vía
por do llevaba a cuestras su enfermedad moral,
la enfermedad del cuerpo lo llevó a un hospital.

XIII

¡ Te perdono! —le dijo
aquella vez la muerte
con la voz de la madre que se apiada del hijo.
I en medio de las torvas borrascas de la suerte,
el rostro del doncel se sonrió, como hacía
luengos años que no se sonreía.

I era que en las remotas
playas de su recuerdo, como raudas gaviotas
que rizan con su vuelo las espumas del mar,
se alzaban las visiones del nativo solar
en torno de una imagen que había como salido
de la ciudad sin alma del Olvido...

XIV

I partió una mañana
tras su tierra lejana;
i, anticipadamente, desde su corazón
hasta sus labios mustios, ascendió la emoción
al pensar en el dulce contacto de la mano
que lo esperaba; en el verdor lozano
de aquel bosque armonioso, vivo i primaveral,
en el que cada pájaro dejaba un madrigal;
en su casa, en sus bueyes i en sus viejos corrales,

pobres i pocos bienes acerca de los cuales
era indiscreto hablar
cuando se hallaba lejos del nativo lugar.

X V

¡Otra vez en su tierra!... Nadie se lo decía,
sino la selva, el río; la tarde que moría;
el camino cuajado de murmullos; las hojas
que temblaban, fingiendo móviles manchas rojas!
¡Nadie se lo decía!...
sino aquellos senderos por donde la alegría
i el amor caminaban, cogidos de las manos
como buenos hermanos!

I aquella gente amiga... ¿dónde estaba?
¿i dónde las doncellas?... ¿Ninguna lo esperaba
para darle una amable bienvenida
donde enantes le dieran tan triste despedida?
I buscó en sus recuerdos, apasionadamente,
el rostro de la pálida doncella indiferente...

X V I

Luego vió un par de bueyes tirando de un arado,
i aceleró la marcha; i al comprobar, turbado,
que eran sus propios bueyes, que era su propio arado,
dijo al absorto guía
en el ingenuo tono de su franca alegría:
—¡Dios bendiga las manos
que han hecho de mis bueyes los más fuertes y sanos!
—Los bueyes que os asombran con sus potentes bríos,
vuestros fueron, quizá: mas hoy, señor, son míos!

Casi desconcertado
penetró en el poblado,
i a poco fué enterado
de cómo la codicia saltó como un chacal

sobre sus bienes, cuando circuló la fatal
noticia de su muerte en un viejo hospital.

Después, una ventana
abrióse con sigilo; i una boca de grana
lo maltrató con una despiadada ironía:
pero él nada escuchaba ni nada comprendía,
¡como que sólo estaba
escuchando la intensa música que flotaba,
arrulladoramente, sobre su corazón,
diluyendo el aroma de una vieja ilusión!...

XVII

De todos desdeñado
i de todo olvidado,
fué en busca de la anciana, i paladeó en sus tiernos
abrazos la dulzura de unos brazos maternos.

—¡Hijo mío, estás triste,
muy triste i muy enfermo!... Díme ¿cómo pudiste
vivir, siendo tan niño,
lejos de tus amores i de nuestro cariño?

Pero él nada escuchaba ni nada comprendía,
¡cómo que sólo estaba
escuchando la intensa música que flotaba,
arrulladoramente, sobre su corazón,
diluyendo el aroma de una vieja ilusión!...

I entonces, desde el fondo
de su ansiedad más grande, de su anhelo más hondo,
como ave que quisiera volar tras una estrella,
abrió su par de alas esta pregunta: **¡I Ella?...**

Las lágrimas le dieron una respuesta breve:
i una mano rugosa, blanca como la nieve,
confundió sus temblores con el temblor del llanto
i le mostró a los lejos el triste camposanto...

APOLINAR PERDOMO

(1889 - 1918)

Es el poeta natural por excelencia. Ditirámico y sonoro. Su facilidad poética hubiera encontrado el cauce de la gran poesía con un bagaje intelectual apropiado. Desgraciadamente, al poeta le sobraba inspiración y talento pero le faltaba instrucción y estilo. Cantó a la mujer y al amor, ni con la arrogancia de Enrique Henríquez ni con la ternura de Fabio Fiallo, sino a su viril manera ingenua, mortal enamorado de una forma precedera, mas exquisita, que duerme y ríe y canta, que solloza y suspira y enajena el corazón y alborota los sentidos.

Obras poéticas: *Cantos de Apolo* (1923).

AMO Y ODIOS A LA VEZ TU ALBO SOMBRERO

Amo y odio a la vez tu albo sombrero!
Tu carita, una rosa en miniatura,
gozosa en él se está, como una perla
en un gigante caracol de plumas!

Bajo su alón gallardo, el luminoso
encanto de tus ojos se insinúa
como un rayo de sol que, huyendo al día,
se escondiera temblando entre la espuma.

Amo y odio a la vez tu albo sombrero!
Odio su aspiración graciosa y culta

de besarte en la espalda, porque ignores
 que tiene la obsesión de tus alburas;
 la galante y jentil hipocresía
 con que aprisiona tu cabeza oscura,
 y con que, en regia ondulación, esquiva
 el beso casto de tu frente púdica;
 la obstinación, cruelísima y discreta,
 de hacerse rara flor de tu escultura,
 y frente al limpio espejo, de adularte
 más que mi verso pálido te adula!

Amo y odio a la vez tu albo sombrero!
 Amo el sueño de amor que en él oculta
 la vaguedad de luz de tu sonrisa,
 que apenas si tu boca disimula;

todo el sereno afán con que hace marco
 a tu sonriente faz, y con que triunfa:
 bajo el sol, de la lumbre que caldea,
 y de la indiscreción, bajo la luna;

amo, en fin, tu sombrero, porque a veces
 en egoísmo heroico, te sepulta
 la dulce faz entre su alón gallardo,
 y en ella se complace y se perfuma;

porque en él, orgulloso de tal gracia,
 tu carita, una rosa en miniatura,
 gozosa está, como animada perla
 en un gigante caracol de plumas!

CANCION DE AMOR

Tu ventana está abierta... Estás dormida?...
 Quién pudiera saber adónde el vuelo
 habrá alzado tu alma bendecida!...
 ¿Se ha fugado un momento de la vida
 para estar con los ánjeles del cielo?...
 ¿O escoltada por blancos serafines,
 intanjible, sutil, plena de olores,

correteará, traviesa, en los jardines
con el alma fragante de las flores?...

Tu ventana está abierta. Te importuna
con sus caricias la nocturna brisa,
mientras un rayo de la casta luna
juega a besos de luz con tu sonrisa.

Sueñas?... Oh, sí! tú sueñas y sonrías!...
¿Reproduce tu sueño algún instante
de amor? ¿la hora del te amo vacilante
que hizo un temblor extraño de rubíes
sobre tu boca breve e incitante?

O aquel idilio, cuando yo de hinojos
contemplaba tu faz, y se tendía
desde mis ojos a tus tiernos ojos
como un puente ideal, por do venía,
de tus caricias entre el vago arrullo,
tu alma divina a perfumar la mía
e iba mi amor a despertar el tuyo?...

Tu ventana está abierta! Están ansiosas
las flores que cuidaste en tu ventana
por mirarte otra vez: para tus rosas
tú eres más que la luz de la mañana!

Una tarde, desde esas que ahora miro
rejas divinas en tranquila calma,
todo tu amor, deshecho en un suspiro,
cayó desde tu boca hasta mi alma.
Y es de entonces que encienden los rubores
la albura de tu rostro de querube,
cuando a tus rejas, floreciendo amores,
la enredadera de mi verso sube.

Ahora, en silencio, solo, las cortinas
de tu albo lecho el pensamiento ronda,
y contemplo, tras ansias peregrinas,
la artística actitud con que reclinas
tu perfumada cabecita blonda;
la mano sobre el pecho, blanca y bella,
movida levemente, que parece

el reflejo intangible de una estrella
 que un mar de espumas acaricia y mece;
 el brazo ebúrneo, blanco como un cirio,
 que está fuera del lecho, y es lo mismo
 que un tallo enorme que sostiene un lirio
 desmayándose al borde de un abismo;
 y sobre el oro de tu cabellera
 tu blanca faz, y en ella tu sonrisa,
 como un ala rosada que durmiera
 sobre tu boca, el sueño de tu risa...
 No despiertes, mi amor!... Te vé mi ensueño
 tan ideal, tan bella así dormida,
 que no sé si quisiera que tu sueño
 durara para mí toda la vida!
 Mas nó! que están en la ventana abierta
 tus flores, y por verte están ansiosas:
 nó para mí, que te mirara aún muerta,
 pues vives en mi sér: ¡por Dios! despierta
 para la vida de tus pobres rosas!...

GENESIS

Yo no sé cuando fué! Tan sólo el alma
 al través de sus sombras te recuerda
 cual luminoso ensueño; como un astro
 prendido de mi vida en las tinieblas!

Yo no sé cuando fué! De mi memoria,
 donde es eterna aurora tu presencia,
 surge a veces, con tintes de crepúsculos,
 el recuerdo feliz de la hora aquella
 en que a la luz de tus divinos ojos
 cantó mi lira por la vez primera!

Eras muy niña aun. Pura, inocente,
 —conocedora de la vida apenas—
 dijérase de tí que eras capullo
 de rosa virjinal en primavera:

una rosa en botón a cuyo cáliz
no llegaron en ronda las abejas
del dolor y el placer, a hurtar las dulces
mieles fragantes que el amor acendra!...

Yo no sé cuando fué! Tan sólo el alma
al través de sus sombras te recuerda...

¡Al influjo triunfal de tus miradas
surjió en mi vida íntima el Poeta!

Cuántos versos de amor! cuánta poesía
dijo mi joven lira a tu belleza,
y cuántos madrigales armoniosos
bebió en el rictus de tu boca fresca!

Prendido de tu voz, el ritmo alado
que cantaba mi amor en dulce endecha,
era un ave de luz que se adormía
de tu palabra en la canción secreta,
ansiosa de la luz y la armonía
que el regio encanto de tu voz despliega!

A tus plantas postrado, fuí vasallo
de tu imperial belleza,
y te aclamé, orgulloso de sentirme
bajo tu dulce tiranía, mi Reina!

Rondador de tu vida, muchas veces
me sorprendió la aurora ante tus rejas,
esperando que el sol de la mañana
saliera para mí, cuando salieras!

Unas veces en sueños, te miraba!...
¡Oh, cuán dulce es la vida, si se sueña
con la mujer que despertó en el alma
las pasiones primeras:

cual si en un nido despertara, alegre,
en aurora de fiestas,
una bandada de aves, ya nacida
la última pluma de sus alas tiernas!

Unas veces, en sueños, te miraba!
Tu imagen vaporosa, dulce y bella,

por el sonriente azul de mis ensueños
pasaba, fina y trémula,
dejando entre las brumas de mi alma
el rastro luminoso de su estela;
tal, como al desprenderse del espacio
un sol de lumbre intensa,
rasgara el traje oscuro en que se envuelve
la del espacio azul, bóveda inmensa!

Otras veces, despierto, te soñaba!...
Ante mis ojos, tu figura esbelta
despertaba el anhelo de otros mundos
ajenos al rigor de la materia!
Y he sentido nostalgias de otros cielos
que no se pueden ver desde la tierra;
parajes que soñó la fantasía
para la unión eterna
de tu espíritu virgen con mi espíritu...
¡de mi infinito amor ansia suprema!...

Aquél romanticismo sugestivo
que daba suavidad a tu belleza,
y exquisita ternura a tus miradas,
y a tus modales atracción poética,
en lo profundo de mi ser formaron
una ambición suprema:
vivir bajo tus plantas, como esclavo
que da su redención a la impotencia,
gozoso del castigo con que el látigo
de su implacable reina
rasga su dura piel, menos tirano
que esta dura impiedad: ¡tu indiferencia!...

Yo no sé cuando fué; mas desde entonces,
¡oh diosa de mi fe, mi virgen reina!
al influjo triunfal de tus miradas
surjió en mi vida íntima el Poeta!

ENRIQUE AGUIAR

(1890)

Si hubiera de buscarse el verdadero sentido de la poesía de Enrique Aguiar, no cabe duda que se la hallaría un preciso fondo místico, derivado a admiraciones divinas, patrióticas y galantes. Es, como Enrique Henríquez, Emilio A. Morel y Andrejulio Aybar, cultivador del poema llamado "civil" y como Valentín Giró, es de los pocos poetas nacionales que escribe un libro y no se limita a formar volumen con versos ocasionales. Ha publicado, además, novela.

Obras poéticas: *Desfile de penumbras* (1913 y 2ª ed. 1927)
Exaltación a la América Española (1921)
Jardines de Psiquis (1926)
Gritos de la sangre (1927)

A SAN FRANCISCO DE ASIS

Señor de las humildes indulgencias,
Oh, divino Señor,
Tu piedad evangélica perfuma
Lo mismo que una flor.
Asocias a la fiera con el hombre,
Y luchas con afán
Al ver las vanidades en tropeles
Vestidas de oropeles
¡Cómo van!

Perdonas a tu hermano lo que tiene
De mezquino y pueril,
Y conviertes en óleo el virulento
Veneno del reptil.

Ostentas como canon de tu vida
Un nimbo celestial,
Y le ofreces a Dios como a los pájaros
Tu mínimo rosal.

Yo, que no puedo ser como tú eres
En mi vida infeliz,
Le sonrío al placer y a la desgracia,
Al vino alegre y al dolor suicida...
Es otra forma de apreciar la vida,
¡Oh, Francisco de Asís!

ASNO, PACIENTE ASNO

Asno, paciente asno, las nieblas del Olvido
Revelan en tus ojos la dulzura del bien,
La dulzura que tienes por haber conducido
Tu carga de virtudes para Jerusalén.

Sobre la mansedumbre de tu lomo mugriento
Por tierras de Bethania peregrinó Jesús,
Tú ibas con dos alas, ligero como el viento,
Con mucha luz delante, siempre con mucha luz.

Manso como Babieca, noble como Pegaso;
Dijérase que todas las épocas te ven
Andar con la paciencia de tu bíblico paso
Buscando en el misterio la Estrella de Belén.

La cruz de Jesucrito surgió de los vestiglos;
¡Y hoy miras los vestiglos rodar ante la Cruz
Con la misma mirada con que hace veinte siglos
Miraste los humildes pañales de Jesús!

CANTO A LA FE

I

Eres madre del éxito, la santa
Propulsión de la vida;
El corpúsculo crece y se agiganta
Bajo el palio invisible de tu égida.

Tu soplas en los grandes corazones
Las nobles ambiciones,
Das calor a la idea entelerida
Y exuberar la savia portentosa
Del germen que reposa
En nuestra pobre humanidad vencida.

Das a la ciencia la verdad profunda
Que Newton interpreta;
Preñas la tierra, de sudor se inunda
Y del taller levántase fecunda
La epopeya viril de la piqueta.

Alumbras el camino
Del visionario que la tierra cruza;
Eres una y protea,
Y fiel a tu destino
Movimiento en los astros y en la Musa
Una sublime y sacrosanta idea.

Te vió la Inquisición ahogar la fiera
Del fanatismo torpe, la quimera
De irritadas legiones.

Cuando dueño y señor del pensamiento,
El genio colosal del **movimiento**
De la Tierra, medita ante la hoguera;
Y en medio de la torva muchedumbre
Que exaltan las pasiones,
Busca una frase que su fe deslumbre
Que el numen vigorice...
Y en febriles y santas emociones,
Conmoviendo la paz de las naciones
E pur si muove ante la pira dice!

Oh, genio que agiganta
 El laudo universal, a tu conjuro
 Se fructifica con amor la planta
 De tu fe sacrosanta
 Para las religiones del futuro.

II

Fe que salvas, sublime redentora,
 Oh, fuerza propulsora,
 En tus sagrados manes
 Se realizan y colman los afanes
 De quien abriendo los oscuros puertos
 De piélagos ignotos y profundos
 Descubre el movimiento de los mundos
 Para todos los mundos descubiertos.

Palpitan en la paz de las creaciones
 Las dulces bendiciones
 Que das al pensamiento;
 Prendes en el dolor todo el aliento
 Celestial de tu esencia,
 Y ese dolor, divinamente raro,
 Es la savia del génesis preclaro
 Que vive aletargada en la conciencia.

Sueño, tal es tu radiación primera,
 Ilusión errabunda
 Que con amor espera
 El hálito genial que si fecunda
 Sobre el Estado Universal impera,
 Como imperó con Goethe y con el Dante,
 Y con César el fuerte
 Que muchas veces desafió a la Muerte
 Cada vez más altivo y arrogante!

Sueña Colón y el soñador se lanza
 Al piélagos inclemente,
 Y lleva como norte la esperanza

De encontrar en la oscura lontananza
 Un camino, o hallar un Continente.
 Y por tí, esos fuertes navegantes
 Que van trás tus errantes
 Crepúsculos de Gloria,
 Soportan el Alcázar de la Historia
 Como si fueran d'ella los Atlantes.

I I I

Oh, Maga omnipotente, en tu divino
 Manto de nubes floreció el Destino,
 Y al beso natural de la mañana
 Dios hizo con amor y con desvelo
 Que a la caricia de tu luz arcana
 Gravitaran los astros en el cielo;
 Y luego siente por la vez primera
 Un soplo universal de primavera
 Que entretiene su espíritu disperso,
 Cuando a la luz de tu corona santa
 La cornamusa de la Fama canta
 La sonata sin par del Universo!

CIUDAD HERALDICA

Vetustos monasterios de la Ciudad Primada,
 Tus pretéritas normas tienden hacia el futuro,
 Y muestras tu leyenda como petrificada
 En las mudas parásitas del carcomido muro.
 A pesar del silencio sepulcral de tu olvido
 Que aleja los recuerdos de tus mejores días,
 Hospedas en espíritu todo lo que ha vivido
 En la quietud perenne de tus naves sombrías.
 Cuántas veces, a solas, el autóctono anciano
 Auscultando tu estrella interrogó al arcano,

Y, envuelto en sus presagios, miró como un vestiglo
Caer sobre tus muros la pátina del siglo

En tus ennegrecidos y fuertes paredones
Se agrava la solemne majestad del Convento,
En las almenas flotan tus muertas tradiciones
Con toda la tristeza de un vasto añoramiento.

¡Oh ruinas coloniales! ¡oh recuerdo perdido
En el barro glacial del filtro del olvido!
Templo de San Francisco, inmóviles escaños
Que sufren bajo el peso de cuatrocientos años,
Arquitrabes corintios y gárgolas de piedra,
Quizás en qué rincón florecido de yedras
Atesoran las líneas de tus trazos perfectos
Rugosos pergaminos o extraños palimpsestos.

II

Ciudad de los Colones, noble Ciudad Primada,
Núcleo de la Conquista, tu diáfana alborada
Resplandece en la crónica de esos tiempos mayores
En donde se relata maravillosamente
El esfuerzo argonauta que llevó al Continente
La codicia errabunda de los Conquistadores.

Semejan las paredes negras del Monasterio
Bajo el cielo nocturno la creación de un misterio;
Más allá de sus tapias hay algo presentido,
Algo que está cubierto de silencio y de olvido:
Un Cristo de Fayenza sobre un devocionario
Que alumbra tenuemente la luz de un lampadario,
Humedades de claustro, dulzuras religiosas
Que sabemos que moran en la paz del Convento
Cuando hiere las noches oscuras y lluviosas
La lámpara votiva del Santo Sacramento.

Despliegan en el vago silencio de las cosas
Los pájaros nocturnos sus alas membranosas,
Y se escucha el rumor de aquel tiempo lejano
Que prolonga el enigma medroso de tu arcano.

Heroica y primitiva Ciudad de los Colones,
Fuerte como Numancia, triste como Granada
Que tienes como símbolo actual de tus blasones
La Cruz del Evangelio y la cruz de la espada.

Vieja Ciudad Heráldica. Hierosolimitana
Cuna del Nuevo Mundo, Jerusalén divina
Donde tomó su impulso la hueste castellana
Que condujo en un tiempo la religión cristiana
Al centro de una oscura edad precolombina.

Yo evoco tu perfume, yo evoco tu lujuria
Y la ignorancia isleña de tu noble centuria;
Tu Alcázar señorial que está junto del río,
El cuarto de la luna en el jardín umbrío
Donde aguardara, esquiva, palpitante y huraña,
A don Juan de Grijalva, la Virreina de España.

III

A veces, en las noches calladas y sombrías
Que avivan los recuerdos de tus mejores días,
Abortan el silencio las notas que desata
La música doliente de alguna serenata;
Sollozos de violines en la calleja oscura
Que escucha una doncella de pálida blancura,
Estrép tos de cascós, un ginete embozado,
Un gesto silencioso y un beso enamorado.

Todo pone en el alma el eco de un lamento,
La penumbra lejana de un vasto añoramiento:
El parque abandonado que la gramínea alfombra,
Los álamos gigantes, y sobre las almenas
Luciérnagas fantásticas que cruzan en la sombra
Cual ánimas errantes que estuvieran en penas.

¡Oh, Ciudad Colonial, viene tu remembranza
Triste como el sepulcro de una muerta esperanza!
Evoco las consejas de cuando yo era niño:
(Niño con alma ingénua, más pura que el armiño)
El cura sin cabeza cuya memoria arredra...

La voz anunciadora del canto del sereno
 Y una luz vacilante que en un nicho de piedra
 Alumbra dulcemente la faz del Nazareno.

Entre la pesadumbre de un templo centenario
 Levanta sus achaques el viejo campanario;
 Por la ventana, apenas, cansada, trasparente
 Su blanca luz de nácar, la luna macilenta...
 Todo está triste, todo parece que está inerme,
 Que bajo de un letargo de morfina se duerme:
 El Angelus que asoma sus pálidos fulgores,
 Efluvios matinales, vientos madrugadores,
 Parásitas que cuelgan de la mampostería
 Del templo carcomido...

Suena el Ave María,
 Y bajo los influjos de tu mágica estrella
 Tus piedras, vencedoras del olvido y la muerte,
 Presentan a los siglos la inmóvil epopeya
 Del alma de una raza conquistadora y fuerte.

IV

Ciudad de los Virreyes y de las Embajadas,
 Cubierta de penumbras, y de vago misterio
 Donde se desperezan tus noches fatigadas
 Al canto de la copla o al rezo del psalterio.

Actual y primitiva; tu heroica remembranza
 Se pierde en el arcano donde mi voz no alcanza,
 Y evocando tus gestas vuela mi fantasía
 Envuelta en los perfumes de tu melancolía!

LA EXCUSA

En otra, oh, muerta, tu recuerdo amo;
 Como yo te sentía
 Hurafía a la intención de mi reclamo,
 Así la siento a ella, muerta mía!

Es otra y eres tú: rosa y estrella,
El perfume y la luz a un tiempo mismo;
Turbada por extraño pesimismo
Asoma a mi vivir su alma doncella
Como asoma una estrella en el abismo.

Yo la he visto reír, y su sonrisa
Velada sombra de dolor esconde;
Su amor como tu amor evangeliza;
Su voz es una Misa
Que yo he escuchado sin saber en donde.

Es otra y eres tú... Para quererte
Surjes en ella de la tumba fría,
¡Así podré llamarte y podré verte
A pesar de la muerte: vida mía!

J. FURCY PICHARDO

(1891)

Con un verso pleno de sonoridades, altivo, expresa la admiración viril por el Amor, la Mujer y la Patria, que un grupo numeroso de cantores, entre nosotros, tiene como temas esenciales de la Poesía. J. Furcy Pichardo rinde parias a esta trilogía, entremezclando el paisaje nacional con giros grandilocuentes donde las palabras cultas son un refuerzo del ritmo y muestran su pasión por la originalidad. Tiene la virtud de un canto saturado de frescor y de gracia donde las ideas filosóficas se desenvuelven con la elegancia.

No ha publicado libros.

CANTO AL AMOR

(Fragmento)

Oh Amor! sólo en tí creo!
Sólo en tí, sólo en tí, tú eres la idea
máxima y el Universo es la palabra
solemne que te expresa!
Creo en tí nada más porque tú eres,
en resumen, lo único que queda,
como un imperativo y categórico

precepto de la Gesta,
allí donde las Nínives se hundieron
entre el arrugamiento de la Tierra;
y donde se durmieron las Iliones
para no despertar sino en leyendas;
y dondequiera que su pié una raza
detuvo o deslizó, y dejó siquiera
de la luz proyectada por su genio
la fosfórica marca de unas huellas.
Creo en tí nada más porque a lo largo
del aciago desfile de las eras
y del cambio sin paro de la Vida,
la lógica profunda que tú enseñas
es la sola doctrina que no cambian,
el solo catecismo que no alteran
ni el arribo sin fin de las teorías
ni el conflicto feroz de los sistemas.
Tú eres el infinito en que se juntan
cariciosas las líneas paralelas.
Tú eres todo a la vez. Todo tu gracia
lo embellece y lo acendra,
desde la muerta euritmia de la estatua
hasta el alma sonora del poema,
El árbol que consume
los quilos de la Tierra,
sombra amorosa le derrama encima;
y es como una anhelosa boca abierta
cada copa de flor de sus ramajes;
y ósculo errante es el perfume de ellas;
y cuando entre las ramas florecidas
las nidadas albean,
cada árbol cargado con un nido
nó un árbol sino un gran atril semeja,
cargado con la música más noble,
cargado con la música más tierna
que pueda concebir el genio de esos
músicos milagrosos de la selva

que exaltan con el vuelo y con el trino
la rapsodia nupcial de su existencia.
Oh Amor! hasta la tumba,
esa boca siniestra
que no se cansa de engullir la Vida,
por tí se hace risueña,
porque tú eres hasta eso,
hasta el vello sedoso de la hierba
que sus labios de monstruo dulcifica
con un suave mohín de primavera!
Tú eres todo a la vez; un símil tuyo
cada abstracción y cada forma encierra...
Tú eres lo que mi amada entre mis brazos:
emoción que al trenzarse se destrenza!
Tú eres lo que mis hijos en mis hombros:
carga que purifica más que pesa!
Tú eres lo que mi madre:
una fe que alentándose se alienta!
Tú eres lo que en el mástil
el glorioso flamear de la bandera,
esa que al par que amamos como a madre,
amamos como a hija y como a reina
cuando es la Libertad la que la enasta
y el honor el que flota libre en ella.
En fin, en fin, que a qué a decir lo que eres
el inspirado ánimo se arriesga.
Oh tú a quién todo definir parece
y nada, nada a precisar acierta!
Oh tú por quien un día
será feliz la Humanidad entera!...
Será feliz cuando a aprender alcance
que tú que eres la verdad suprema,
también, también y en absoluto eres
de la felicidad la única regla!

HORA DE ESTUDIO

La bienamada se quedó dormida
sobre el sofá, mientras yo en paz leía...
Poeta: no teorices más la vida;
la bienamada es la mejor teoría.

Sonrí. Por un hueco del corpiño,
que anubla un gajo de la trenza oscura,
se asoma un seno que parece un niño
conjurado para una travesura.
Tal vez para hacer burla al pensamiento,
que tras tanta ilusión de haber volado,
se queda en el umbral del aposento,
donde el lecho, cubierto de edredones,
se le antoja un altar ya preparado
para las más excelsas creaciones.

M U J E R

Oh señora del mundo! devoción de la vida!
La teoría del ritmo se le debe a tu pié.
La quimera del cielo por tu gracia es creída.
Hizo el hombre los templos, mas tú hiciste la fé.
Paradigma tú eres de armonía sensoria,
de la línea con alma, del amor hecho miel.
Cuando el hombre es el genio, tú resumes la gloria;
y esta emula en divino lo infinito de aquél.
Si hace el hombre una torre, tú le dás una enseña.
El es el caballero; pero tú eres la dueña;
y la enseña y tú forman lo mejor de su lar.
Que él tan sólo se explica que para algo ha nacido,
cuando tú le calientas el ensueño del nido,
o cuando él por la enseña mata y se hace matar!

R. PEREZ ALFONSECA

(1892)

Rubén Darío lo ensalzaba en el 1910, proclamándolo el Benjamín de la poesía hispanoamericana, desde "La Nación", de Buenos Aires. Su verso es culto, sonoro, casi siempre de arte mayor y evolucionó de un parnasianismo con ribetes románticos a la segura expresión de una forma clásico-moderna donde lo personal del poeta se desenvuelve como en su propia casa. Sabe encontrar con justeza los vocablos necesarios y precisos para desarrollar su pensamiento, cargado de intención, aromoso y fresco de limpia poesía. Parece que, en cierto modo, devino el cultivador moderno de la tradición poética representada por Gastón F. Deligne, Enrique Henríquez y Andrejulio Aybar. Ha publicado, además, tres libros de ensayos.

Obras poéticas: *Mármoles y lirios* (1909)

Oda de un yo (1913)

Finis Patria (1914)

Palabras de mi madre y otros poemas (1925)

Los diez mil de Trujillo (1936)

A LOS NIÑOS

Niños que en el balcón o el patio de la casa,
En el parque o la playa, a la tarde serena,
Jugais, ¡deteneis al poeta que pasa
A escuchar vuestra risa, que es la única buena...

I, cual para vosotros, creéis que para todos
 Va pasando la vida como un juego inocente,
 En el que van uniéndose cada vez más los codos,
 I es el retozo lo único que hace sudar la frente...
 Os dormís al influjo de la materna risa,
 I del cuento del hada que os hiciera la abuela,
 Hasta que las campanas que repican a misa
 Os despierta i os dicen: ¡muchachos, a la escuela!...
 I al punto os figurais que también despertamos
 Después de haber soñado con la virgen María,
 I creéis, al mirar que pensamos, pensamos,
 Que es porque no sabemos la lección de ese día...
 O, si a veces nos veis llorar, pensais que es como
 Vosotros, porque el perro travieso se nos muere.
 Que se nos ha partido un soldado de plomo,
 O que papá, enfadado, dice que no nos quiere.
 I sabeis lo que, cuando murió vuestro amiguito,
 En verano, la abuela os dijo con voz trunca:
 Que se fué para el cielo, un jardín muy bonito,
 Donde siempre se juega i no hay escuela nunca...
 Por eso, caros niños, con vuestros tiernos labios
 Pedid a los tres reyes de musicales nombres,
 I sobre todo a Dios, como inocentes sabios,
 Que os dejen siendo niños,
 Pues los hombres, los hombres

ODA DE UN YO

A través del camino sin fin vibra la oda
 del Verano; la Tierra es un inmensa oda
 de silencio que piensa, y de rumor que habla.
 Sobre una piedra blanca del gran camino, le habla
 a un joven un anciano: el uno es un poeta
 ya pleno, el otro, un germen preclaro de poeta.
 Las rosas sonreían al viejo como labios
 inocentes, y al joven besaban como labios

pecadores; los montes invitaban al uno
 al reposo, y al otro a la ascensión; el uno
 miraba siempre a Dios al mirar en sí mismo,
 el otro, le ignoraba pues fuera de sí mismo
 lo iba buscando; el viejo, sin buscarle, le hallaba,
 en tanto el joven le buscaba y no le hallaba.
 —¿Qué hay que hacer, maestro, para que yo conozca a Dios?
 —Conociéndote a tí conocerás a Dios.
 Los brazos del anciano, mientras hablaba, fingían
 un círculo espontáneo de confianza, y fingían
 en tanto, los del joven, un círculo de duda.
 —Para mí, dijo el joven, la Vida es una duda.
 —Para mí, dijo el viejo, es una afirmación;
 No se vive de duda, sino de afirmación;
 el que vive en la duda vive en una agonía.
 ¿Cómo haces de tu vida, poeta, una agonía?
 No es muerte sino vida lo que se advierte en todo:
 dí “yo existo” y verás que por tí existe todo.
 —Ah! la vida es muy breve y el arte es infinito.
 —De tu vivir, Poeta, surge el arte infinito.
 Te quejas de la Vida porque la encuentras breve...
 Es el vivir humano, no la Vida, lo breve.
 La rosa que ha vivido un instante, nos deja
 un recuerdo que vive durante nuestra vida:
 tal la obra pura de arte que todo artista deja
 es inmortal, pues vive mientras vive la Vida.
 —¿Cómo hacer para ser original, cual lo eres?
 —Ser como eres, y solamente como eres.
 Natural en los hombres es el ser diferentes,
 (las hojas de un mismo árbol son todas diferentes)
 y lo contranatura es querer ser iguales:
 tan sólo en apariencia son los hombres iguales.
 Y eso es la diferencia: originalidad:
 ¿por qué negar, entonces, la originalidad?
 No imites: no eres simio; origina: eres hombre;
 el Poeta no es nunca el hombre, sino un hombre.
 —Oigo decir que nada hay nuevo bajo el sol.

—Mas, tampoco no hay nada de viejo bajo el sol.
 El Arte no renace ni decae: se transforma.
 Y es en línea ondulosa que el Arte se transforma:
 se dice que renace cuando la línea sube,
 que decae, cuando baja; pero la línea sube
 aún cuando baja: motes: subir, bajar:
 es un modo, no más, de subir el bajar.
 Somos nosotros quienes cambiamos, y no el Mundo;
 nada se inventa, todo se descubre en el Mundo.

—Mas, de todos los ritmos, el mejor es el tuyo.

—El mejor, para tí, tiene que ser el tuyo;
 de todos los poemas, es mejor mi poema,
 para mí; para tí, debe ser tu poema.
 ¿Por qué me crees más rico, sí, como yo eres rico?
 Deja sólo al que es pobre demandar al que es rico,
 el que es pobre, es decir: aquel que su riqueza
 ignora, deslumbrado por la agena riqueza.
 Créete que de lo que se hace, lo tuyo es lo mejor,
 pero tratando siempre de hacer siempre mejor.
 No me llames maestro, tu maestro es tu instinto,
 el mentor que jamás se engaña es el instinto,
 por ser lo que es más de uno, y lo que está más cerca
 del Misterio, y, por eso de la Verdad, más cerca.

Sé a manera de un dios que a sí mismo se adora
 porque no hay nadie digno de adorarlo, y adora
 de esa manera a Dios: el culto de los héroes
 sólo pueden rituarlo aquellos que son héroes.
 Procura no perder la confianza en tu genio,
 sobrepasar, no a los demás, sino a tu genio.
 Sé el primero que adopte las últimas verdades
 y el último que olvide las antiguas verdades.
 Nunca insultes ni imites a las obras ilustres
 si quieres que tus obras también sean ilustres.
 Que tu psiquis no sea depósito de libros
 sino una pira donde ardan todos los libros,
 a fin de que así leas aquel que es el más sabio
 el libro de tí mismo, que es el único sabio.

Ten la sinceridad fatal del Universo,
y sé la concreción total del Universo,
y serás como un monte, sereno a todo viento,
no como en las tormentas un molino de viento.
—Dicen que porque soy joven, falsa es mi queja,
porque la juventud es sonrisa y no queja.
—Si el hombre nace vivo, se anuncia con un grito:
la primera palabra del hombre, es pues, un grito.
Por tal, no te preocupes de aquellos que te escuchan,
como el pájaro canta sin saber que lo escuchan.
Y créete que si al Todo lo vaciaran en versos,
esos versos saldrían iguales a tus versos.
Cada obra de arte es tan sólo una hipótesis
de la Belleza, dice un poeta: haz tu hipótesis
y cree que de entre todas la tuya es la más cierta,
pues siempre la más bella ha de ser la más cierta.

El valor de las cosas jamás está en las cosas
sino en tus ojos: valen tus ojos, no las cosas.
Haz sentir a los hombres esas cosas ocultas
que cada uno y todos los hombres muy ocultas
en sí llevan: revélaselas, muéstraselas por medio
de alegorías y símbolos, así como por medio
de cuneiformidades —como plasma el Poeta—
se hace leer el ciego. Por eso se es poeta.
Con un verso se alumbra la sombra del Destino,
se hace que exclame: “¡te amo!” la esfinge del Destino...
Que nadie se interese como tú mismo, nada,
tú que puedes, cual Dios, hacer todo de nada.
No creas que es el cielo misterioso condensado,
sino el reflejo de tu mirar, condensado.

—Díme cómo he de ser para ser feliz. —Bueno;
sólo que ningún hombre puede ser todo bueno,
pues que siendo la síntesis de la Naturaleza,
a un tiempo es bueno y malo cual la Naturaleza.
Sí, desgraciadamente, no nos es dado serlo,
por lo menos podemos, debemos, querer serlo.
Y, de ese modo, cuanto más nos aproximamos

del Bien, tal de la Dicha más nos aproximamos.
 La Vida es triste, triste, triste; la Tristeza
 está en todo: es un árbol proteico la Tristeza,
 que se nutre con todos los jugos de la Tierra,
 y cuyas ramas graves cubren toda la Tierra.
 Y, por eso, alabado el poeta que puede
 cantar: "amad la vida, hermanos, porque es buena,
 pues la naturaleza es, por ser madre, buena;
 y no desesperéis si el presente no es bello,
 que el porvenir, ¡oh! hermanos, es muy vuestro y muy
 bello...".

Ojalá que tu canto sea un canto de esperanza,
 que el hombre tiene sed de agua de esperanza,
 pero nota que digo: "ojalá", mas, no, "debes"
 pues que es tu canto el único, poeta, el que tú debes
 cantar, tu canto, sea de esperanza o de duelo:
 bellamente cantado consuela, a vez, un duelo...
 Si llegó la Esperada y se ausentó, tú puedes,
 a pesar de la ausencia, mantenerla a tu lado
 con sólo recordarla; si aún no ha llegado, puedes,
 con tan sólo esperarla, sentir que está a tu lado...
 Que cuando entre tus manos mires que la fragante
 rosa que recogiste al azar del sendero
 se te mustie, no llores, confiado en que el sendero
 te ofrecerá, más lejos, otra flor más fragante.

Que todo aquel que llegue a la paz de tu casa,
 se acomode, lo mismo que si fuera en su casa,
 y pienses que, así como un albergue le has dado
 la ocasión de que tú fueras bueno, él te ha dado.
 Que cuando algún amigo te traicione, tan sólo
 te haga sufrir, no el hecho de que te deje solo,
 sino de que tu amigo tal, se haya corrompido:
 eso te probará que no estás corrompido.
 Que cuando alguna mano lamentable te hiera
 haga porque tu mano, sabiamente, no hiera
 por venganza: sé justo, la venganza es curarle
 al que te hirió, su mano que te pide el curarle,

pues si una mano hiere es porque ella está herida,
por eso la venganza es curarle la herida.

De esa misma manera asesina el hambriento
y se castiga el crimen dando pan el hambriento.
Procura que te admiren o te odien o te amen,
pero que no te tengan piedad; mas porque te amen,
haz porque no te falte jamás algo que amar:
lo que importa no es ser amado, sino amar.
Mas porque se realicen todos tus ideales
haz porque no te falten jamás los ideales...
Oh, tú que huyes del lodo por tenerte puro
sumérgete en el lodo y sabrás si eres puro
si ves que tu pureza como una impenetrable
armadura, del todo te hace impenetrable.

Date sin preocuparte de si te lo agradecen,
y date aún cuando sepas que no te lo agradecen,
y serás bueno como el árbol del camino
que, sin saber, da todas sus hojas al camino...

Que el que corte tus rosas no te cause algún daño
sino el que las espine le causen algún daño
a las manos enferma de envidia que las corten:
lo propio de las rosas bellas es que las corten...
Que cuando esté inclinada tu testa no parezca
la de aquél que se abate; que, al contrario, parezca,
la del toro, que sólo la inclina para luego
acometer; inclínala para imponerla luego...

Y que al morir, no tengas en tu actitud, el gesto
de odio de los débiles, sino el sublime gesto
de recordar, Poeta, que en el lecho grandioso
de la Tierra, has tenido un momento grandioso
a la Belleza, virgen y magnífica, y que
de aquella unión sagrada surgirá el hijo que
será tu interminable prolongación, y sientas
la oda renaciente de tu obra, y que sientas
bajo tus pies la Tierra, sobre tu frente el Cielo,
como una flor, la Tierra y un lauro azul, el Cielo.

Sí, que al morir, el Mundo te parezca de fiesta,
como para tus bodas con la Victoria, fiesta
universal y única. Y, así, pasa venciendo,
pues que sobre la Tierra se ha de pasar venciendo.
Vive así como en marcha perenne hacia una cima,
y al morir, te hallarás encima de la cima...

DOMINGO MORENO JIMENES

(1894)

Comenzó publicando versos más o menos clásicos en los cuales se advertía una preocupación modernista y, sobre todo, un decidido empeño de libertarse de las normas establecidas, por lo que su poesía era de transición. Inmediatamente proclamó una manera de hacer y un pensamiento separatistas, alejado de la rima, desquiciado el ritmo, usando en su verso todas las palabras y expresando las ideas tal como se producían en la mente, sin análisis, sin fórmula, sin juicio, simple comunicación de sus impresiones. Así tratado, el verso adquiriría una ductilidad mayor, semejante a la prosa, y la poesía era resultancia inmediata de lo circunambiente o producto directo del ensueño. Una calidad poética superior sobrepasaría las dificultades, evitando caer en prosaísmos. D. Moreno Jiménez, al crear este género, no se propuso, deliberadamente acabar con las reglas de la versificación, sino que su manera de traducir las emociones en poesía, necesitaba una completa libertad de expresión, una poética que respondiese en absoluto a sus urgencias espirituales. Esta forma fué denominada *Postumismo*. Sobre la designación se discutía que lo póstumo no era presente y, por tal, podría interpretarse *postumismo*: un medio para llegar a un fin ulterior. En realidad la esencia del nombre era lo de menos. *Postumismo* o cualquier otro *ismo*, tuvo seguidores, se convirtió aparentemente en una escuela y D. Moreno Jiménez fué llamado el Sumo Pontífice, con sede en la Colina Sacra (las alturas de la Capital, en el barrio de Villa Francisca) y un órgano de difusión, la revista "El Día Estético". D. Moreno

Jiménes, gran poeta, sorteó los peligros de su propia escuela y a pesar de ellos, continúa siendo gran poeta.

Es desigual, multiforme, descuidado. Para estudiar su poesía nos obliga a leer innumerables folletos, que es su habitual forma de publicación, con poemas a medio hacer, con poemas llenos de fallas, con poemas donde un solo verso —maravilloso— encierra toda la poesía. Casi siempre sus poemas van de la creación a la imprenta. No corrige. No pule. No rehace. Su canto brota espontáneamente y él lo ofrece así, con naturalidad, *naturalmente*.

Ningún poeta nuestro ha tratado tantas cuestiones, ha iluminado tantas emociones, ha producido tal cantidad de poesía. En su confusa obra poética, la Patria, sin nacionalismos estúpidos, está íntegra, nacional, autóctona. Nuestra flora, nuestro paisaje, nuestro pueblo, nuestras inquietudes, son la esencia y el medio, la forma y la entraña de la honda poesía rebelde de D. Moreno Jiménes.

Porque no habla de amor con palabras de seda, porque no escoge sus vocablos, porque la dura vida diaria es el manadero para su fluencia, la poesía de D. Moreno Jiménes ha sido incomprendida, despreciada, burlada. Su difícil facilidad parece ponerla al alcance de los cualesquiera. Su atropellamiento de ideas, su incongruencia aparente, da lugar para que muchos imitadores supongan que este modo de hacer poesía consiste en agrupar chocarrerías y vulgaridades con arte de sorprender a los incautos y para ocultar ignorancias, y no pueden advertir cómo los modos materiales empleados con alto sentido poético, permiten al poeta expresar, en todos los instantes de la vida, la peculiaridad poética de lo basto y de lo noble, del minúsculo grano de arena y de la inconmensurable estrella lejana.

Pero, mal estimado, combatido, el *postumismo de D. Moreno Jiménes* marca el principio de la nacionalidad en la poesía dominicana. Es a partir de él cuando los poetas *sienten* verdaderamen-

te la Patria. La Patria más allá de las formas exteriores, en el hondón y en la sangre.

- Obras poéticas: *Promesa* (1916).
Vuelos y duelos (1916)
Psalmos (1921)
Del anodismo al postumismo (1924 y 2ª ed. 1938)
Mi vieja se muere (1925 y 2ª ed. 1939)
El diario de la aldea (1925 y 2ª ed. 1940)
Decrecer (1927)
Elixires (1929)
Los surcos opuestos (1931)
Sésamo (1931)
Días sin lumbre (1931)
Movimiento postumista inter-planetario (1932)
Palabras sin tiempo (1932)
Moderno apocalipsis (1934)
El poema de la hija reintegrada (1934 y 2ª ed. 1938)
El caminante sin camino (1935)
Embiste de razas (1936)
Una nueva cosmogonía americana (1936)
América-mundo (1937)
Sentir es la norma (1939)
Fogatas sobre el signo (1940)
Índice de una vida (1941)
Advenimiento (1941)
La religión de América (1941)
Canto al Atlántico (1941)
El poemario de la cumbre y el mar (1942)
4 (qué se yo) Estambres! (1942)
Evangelio americano (1942)
Antología Mínima (1943).

A MI HIJA

Cuando muera . . .
 ¿Qué puedo yo darte que no sea yo mismo?
 Sombra de sombra,
 aliento de aliento,
 amago de perfume . . .
 ¡Tal vez nada!
 Toda la existencia de la Tierra es una inmensa niebla
 y el afán del Hombre contra el Mundo, la Nada de la Nada.
 (Dios está palpable en el Hombre, cuando se siente triste).

CONFIDENCIAS

Desde que naciste
 ya nos había separado el Destino.
 Hijo, resígnate
 a tener un padre extranjero en el mundo.
 Los años pasan
 y aprender el ritmo del día él no aprende.
 El egocentrismo lo hiere
 y él permanece ante la estatua del Sanchopancismo,
 desnudo!
 Su mirada se vuelca
 no para "el dos y dos son cuatro"
 sino para la estratosfera que existe en la raíz de todo
 (hombre.
 Su pupila tiene un radio espiritual superior a su rostro,
 y es justo que sufras,
 hambre, tortura y desnudez aun después de la muerte.
 Qué sería de tí y de los demás hombres
 si así no fuera!

DESASIMIENTO

Era blanca
y me perseguía;
era pálida
y me perseguía.
era casi diáfana
y me perseguía.
Mujer,
¿no sabes que ya yo he olvidado la vida?
Mujer,
¿no sabes que ya yo he trocado mi corazón por un cayado?
Mujer,
¿ignoras que hasta la lumbre de mi sentir se ha
(desvanecido?)

EL POEMA DE LA HIJA REINTEGRADA

AGONIA

I

Hija, ya no sé decirte si la muerte es buena
o si la vida es amarga;
sólo te aconsejo que despiertes, adulta de
(comprensión más que tu Padre!

II

Hija, ya no habrá oriente ni poniente para tu porvenir:
una sábana blanca serán tus días,
una sábana blanca será tu pasado
y tu recuerdo una estrella que frente a frente
(me iluminará el porvenir!

I I I

No sé por qué tu agotamiento
me trae una recóndita dicha anegada en lágrimas
que me hace auscultar el corazón de la tarde.

I V

Tu infancia y tu silencio me parecen hermanos

V

Hija, hazme tomar la resolución de los otros:
vuelve mi proa añicos
y mi voluntad una piragua;
que nada sea mío desde hoy, que no quiera
(poseer nada mañana;
desnudo de bienes y desnudo de virtudes hazme;
sin egoísmo de lealtades y sin egoísmo de pureza;
hazme entero el milagro de darme todo a los elementos
como si fuera en sustanciación un sér increado! . . .

V I

Tu vida fué microscópica, pero grande;
el segundo de tu inexistir, eterno!

V I I

Hija, cuántas nubes,
cuántos pájaros,
cuántos horizontes insospechados me abre
(en el amanecer tu ruta!

V I I I

Hija mí , para tí la mañana no será clara ni fresca;
verás envuelta el alba en la noche,

X I I I

Por tí quise cambiar y que la fortuna me sonriera;
y por tí no cambié
y la fortuna no me sonreirá nunca!

X I V

Hija, cada vez que examino tu vida
me doy cuenta que tú eres como mi vida:
una sombra entre dos crepúsculos!

X V

Iba a decir entre dos agotadoras auroras
y ya ves, reincidí, sin querer, entre dos crepúsculos!

X V I

Por qué tan pura, tan casta y tan leve, te
(debas parecer al crepúsculo?)

X V I I

Olvidaba que toda adjetivación es cruel y ruda:
Dios dió desnudo a los hombres el verbo,
y del lenguaje, sólo debe quedar desnudo el verbo!

X V I I I

Toda filigrana de síntesis es una profanación,
¿verdad hija mía?
Ya te puedo buscar sin parcializaciones,
(sin atributo contingente:
serás en mi incompleto nombrar, sencillamente,
(el vaho de las cosas!

X I X

No te puedo asir con una palabra,
 y no debe extrañarte, recónditamente,
 porque tú estás para mí más alta que la región
 (de las palabras!

X X

Y vuelvo a caer en las comparaciones.
 Oh, hija, cuán subordinado estoy a la vida!

X X I

Miserable del hombre que osa creer que
 (después de la sombra la vida es vida!

X X I I

De imperfecciones se forman nuestras excelencias
 y es toda la existencia del hombre un brazo tendido
 (hacia el turbio por qué de los enigmas!

X X I I I

—Tiene el pulso demasiado débil,
 pero ese letargo no es la muerte—.
 Su médico era mi propia almohada de cabecera
 y yo quedé perplejo ante su callado
 (sufrimiento y la miseria de la vida!

X X I V

Si fuera bizco de pensamiento
 y tuviera la boca siempre llena de mentidas palabras;
 hija, iba a blasfemar por tu dolor . . . pero, perdona!

X X V

Compran caro el suelo donde colocan a los muertos
 y ellos son más dueños de la tierra que los
 (hombres que comercian con ellos!

X X V I

Al través de los milenios, los hombres son
 (puñados de tierra
 que se deforman a su antojo!

X X V I I

Hija, ya han venido a avisarme que tus pies están fríos.
 Hija, resígnate a que lo blanco no sea blanco
 (y a que lo negro no sea negro.

X X V I I I

Hija, cuán brilla el sol sobre el tamiz de los guayabos,
 cómo se agiganta la nada sobre la soledad
 de tu aposento,
 cómo nace y renace la esperanza por entre
 (los ámbitos de la vida!

X X I X

Tibien la leche terciada con agua
 para si mi chiquitina despierta.
 Cuídemela hasta que se vuelva esperma como
 (capullo inmortal el cuidado.
 Ella es carne de mi vida, flor de mi
 (pensamiento, cemento de mi alma.

X X X

(Eres, amada mía,
 como la flor del higüero joven,

como el azogue del crepúsculo,
como la diafanidad de la naturaleza toda!)

X X X I

—No seas padre, sé Hombre,
sencillamente.
Gira tu vista a tu derredor
y que tu amor a una abstracta “Humanidad”
no te haga olvidar jamás de que eres Hombre!

LOS ULTIMOS CANJILONES DE LA
PRIMAVERA...

I

—Buen viejo, de dónde brota el canto?
—Los cantos borbotan de la sangre.

II

—Madriguera,
y el amor?
—De sí.

III

Mar,
cuál es la melodía de las campanas en el crepúsculo?

IV

Dolor, cuál es tu friso, a dónde tiende el hálito de
(tu propulsación?)

V

Infinito, tú sólo me bastas hoy para estar triste.

MAESTRA

Maestra: recuerda el amanecer con su vaca lechera,
 su humo de sol,
 su organillo de pájaro...
 Háblanos del plátano que rezaba a la sombra
 y del guineo que amarillaba junto al oreganito.
 Del maizal que nos confirma que en América
 no es exótico ni lo rubio ni lo negro.
 Maestra, no te muestres tan distraída ante tus parroquianos
 (hombres!...

Piensa que ser mujer,
 y mujer con **m** minúscula,
 es de todas las cosas lo que en verdad te importa.
 Trocar los sexos, ¿y con qué objeto,
 siendo, como eres, en realidad, de un sentir prolijo y tierno?
 Así: minuciosa, sensible y sumisa
 te soñó mi egoísmo,
 y te anhelan mis hijos que están en gestación desde la
 (infancia!

SIESTA

El cielo estrellado de hojas.
 El aire de seda en la sombra.

UNA VOZ EN EL ALBA

I

Te soñé como la estatua del fuego
 y al despertar vi que eras toda risa.

II

Qué bien hiciste en no amarme!
 Así mi ruta

se hubiera perdido en el corazón de la montaña
y no ahora que mi ruta
viene a abreviar en el corazón de los hombres!

U R A N I A

Sobre austera noche de su duelo fulgura
su divino semblante melancólico y grave.
En sus sueños parece que se remonta un ave
hacia el azul, que eternos porvenires augura.
Una cascada inmóvil. Una estrella tan pura
como el alma de Estela que se aduerme en la suave
aura lunar, semejan su cabellera oscura
y su ondulante nuca hierática, que es clave
de la dulce armonía que entera la circunda
como una irradiación celestial. Cuando hunda
mis quiméricas manos entre esas ondas mansas:
tendrán vuelo de cóndor mis núbiles canciones
paz de sagrado asilo mis locas ilusiones,
fe de sordo creyente mis tristes esperanzas.

VERSOS DE AMOR Y DE MISTERIO

En todas las horas de la ausencia mis manos
te tomaron la nuca,
te oprimieron los senos;
palparon el más desnudo tacto de tu boca
nafragaron en la lejanía de tus ojos...
Tan mía como fuiste;
y sin embargo,
por la ausencia,
inexplicablemente,
junto a la soledad,
cuán poco mía!
Me dormía con tus piernas oprimidas

junto a los brazaletes de mis manos;
sentía el dulce rumor de tus cabellos
y hasta el eco de tu mirar lejano.

Después, al despertar me bebía el alba,
y veía una cana en mi cabeza,
la última,
gemir de dolor entre tus dedos!

VIRGILIO DIAZ ORDOÑEZ

LIGIO VIZARDI

(1895)

Elegante y discreto, su verso tiene la inquietud de las eufonías orquestales. Gusta de las metáforas brillantes y las emplea hasta para ser tierno. Medularmente parnasiano, se presenta, a ratos, pleno de modernidad, mas, débil a los reclamos de la galantería, su verso deviene preciosista, como si al poeta le placiera jugar con las palabras, barajándolas en un calidoscopio espiritual, para exhibir, deleitosamente, los hallazgos de su ánima inquisidora.

Obras poéticas: *Los nocturnos del olvido* (1925)
La sombra iluminada (1929)
Figuras de barro (1930).

A MI BASTON

Tras de mis huellas —que borró el destino—
tú escribiste los suspensivos puntos
en la empolvada faz de aquel camino
que ya jamás recorreremos juntos.

De aquel camino amado
que para mí tenía
un encanto atrayente y obstinado
que al pié de su balcón me conducía...

Tú, silencioso amigo,
gozaste de mi cálida emoción
cuando en las noches claras la oíste hablar conmigo
en la penumbra azul de su balcón.

En tu cordial y noble empuñadura,
como errante paloma del Ensueño,
posó el cansancio de su mano pura
la novia casta de perfil risueño.

Y luego, en otras playas, tú, fecundo
hermano silencioso, fuiste buril amable,
y tu ferrado extremo, inquieto y vagabundo,
grabó en la arena el Nombre Inolvidable...

Compañero de mi alma aventurera:
te amo como un hermano
y si yo te perdiera
se sentiría huérfana mi mano!

Tu amistad, mansa y fuerte,
puede que me acompañe hasta en la muerte:
si tu madera pálida y clemente
no alcanza para hacer un ataúd,
al ménos, oh! bastón, es suficiente
para hacer una cruz...

COMO UNA CICATRIZ

Se extinguía la misa en el sedante
y profundo silencio de la ermita.

Junto al santo pilar de agua bendita
yo contuve mi paso vacilante
y en la fugacidad de un breve instante
que en mi dolor fué página infinita,
por mis dedos, mi pobre alma contrita
bebió del agua que besó tu guante.

Desde entonces mi corazón desierto
te ha llorado como si hubieses muerto;
mi alma huye aún de aquel tormento,
mas donde quiera que a mirar se atreve

tu recuerdo perfila su relieve
como una cicatriz del pensamiento...

EL ACTO

Se hallaron sin querer. Ella venía
con un cántaro pleno en la cadera
y una rosa en la oscura cabellera.
El, el de siempre, el Hombre, padecía
una dulce y sensual melancolía
al mirarla perderse en la pradera
con el agua y la rosa tempranera.
Amor? Instinto? No lo sé... Y un día,
de los nevados muslos ardorosos
nació un ofrecimiento. Temblorosos,
en el momento efímero y nupcial
fueron sus cuerpos rígidos, jadeantes,
dos vivos eslabones forcejeantes
de una vieja cadena inmemorial...

EL ROSARIO DE PLATA

En una de esas lúgubres gavetas
que esconden un pasado hecho ceniza,
donde un perfume exangüe de violetas
largamente agoniza
y el recuerdo es sonata
nostálgica, inserena,
guardo —como una pena—
un rosario de plata.

Es pequeño, liviano.
Sus cuentas fueron todas recorridas
por los frágiles dedos de unas manos
hace tiempo perdidas,
y doble santidad su brillo enciende:
una oración de novia lo bendijo

y de su extremo pende
el callado dolor de un crucifijo.

Es liviano, pequeño,
este rosario de melancolías,
de olvidos y de ensueño...
Produce entre los dedos un rumor
de ahogadas notas y cadencia vaga
y en él brilla ese agónico fulgor
de las pupilas que la muerte apaga.
Tiembla de amor mi tímido quebranto
cuando mi mano, de pavor abierta,
presagia en su metal dos veces santo
el frío de las manos de una muerta!

Pesa, como un dolor, sobre mi vida;
toca mi labio de un sabor amargo
cuando a besarlo mi fervor se atreve;
inmensa angustia mi inquietud delata;
su presencia me agobia... y, sin embargo,
es pequeño y es leve
el rosario de plata...

INTIMISMO

Vieja camisa rota;
ya no hay quien te remiende.

Al mirarte de mi memoria brota
un recuerdo que poco a poco enciende
un fanal misterioso
en tu oscuro pasado y en el mío.

Yo te compré en un día muy lluvioso,
húmedo, desolado, hosco y frío.

Al cruzar una esquina
te ví arrinconada en la vitrina
de una tienda de lujo. El sitio de notoria preferencia
lo ocupaban camisas de la seda más fina,
hechas de rico género importado de China,
—camisas para gentes que visten con decencia—.

Tú eras de algodón;
eras el llamativo disparate,
el comercial modelo para comparación;
tú eras el baldón de aquel escaparate
Y mi intención fué recta;
la habitual escasez de mi difícil plata
te eligió predilecta:
eras la más barata.

¡Qué extraña paradoja! Las finas y las buenas
he oído que se compran a veces por docenas.
Las que son como tú, no hay duda alguna,
son de esas que se compran una a una.

No lo recuerdo bien, pero es seguro
que la primera vez te usé en un día de fiesta;
quizás una mañana, en un domingo puro,
y, después de aquel día, toda tu historia es ésta;
de mis hombros cansados
al húmedo tormento de afanosos lavados,
y luego, sin apenas
gozar de algún descanso en el armario,
volver a las faenas
de mis cansados hombros y del servicio diario.

Más tarde se inició la imprecisa comedia
de tu envejecimiento. Te desteñiste tanto
que fingías, en rápida tragedia,
palidecer de espanto.

Después te amenazó la injuria de un remiendo
y, en callada amargura,
junto con tu primer desgarradura
lloraste hilachas de dolor. ¡Comprendo!

Y entonces fué cuando afanosamente
unas manos que tanto conociste
hicieron sobre tí, pobre convalesciente,
cien zurcidos que ahora son un recuerdo triste.

Manos santas aquéllas que a los dos nos cuidaron;
que en silencio profundo, diáfano, pensativo,

apegaron a tí el botón fugitivo
y, en mi alma, ¡cuánta herida dolorosa curaron!
Camisa: y quién dijera que habrías de durar
más que la mano aquella que te solía cuidar!
En tus zurcidos vive aún la huella
de esas manos de paz, blancas y puras.
Pobre camisa mía; ven, comprende:
¡para ser tan barata, cuánto duras!
Tú bien sabes porqué mi llanto brota:
ya no hay quien te remiende,
vieja camisa rota . . .

PRESAGIO

La marcha funeral de helado viento
cruza, como un dolor, la tarde fría
y un miedo que no es miedo todavía
alumbra como un cirio el pensamiento.

Rofda por un cruel pensamiento
el alma tañe su melancolía
y en una sombra densa de agonía,
exprime ¡viejo afán! mi sufrimiento.

Alma: triste bandera de derrota,
pobre remo partido, ala rota,
quisiste en tu ilusión más noble y fuerte
soñar sobre el harapo de la vida
lo que soñar debiste entumecida
sobre el seno materno de la muerte . . .

MANUEL LLANES

(1899)

De los epígonos de D. Moreno Jiménez es el que mejores calidades poéticas posee. Una hipersensibilidad regida por un infinito mundo interior, hacen de este poeta un solitario que rumia sueños para él sólo, junto a la pasión ambiente, lejos de toda realidad. Produce con lentitud. Su obra poética es siempre un futuro y el la anuncia, plácidamente, con una extraña convicción de inmortalidad. Por eso, no solamente no ha publicado libros, sino que ni siquiera se preocupa de hacerlos de otra manera que imaginativamente.

ORACION A LA MADRE IDA

Ayer, hoy, mañana, y siempre aquí; muerto
de hambre sin hambre, he abierto las alas en un grito...
Tu espíritu es un perfume de mi nostalgia que queda,
hasta en la noche.
En el triste aposento
mis pasos cautelosos
eran como el enigma de la muerte.
Ronca fuerte la demencia de la aurora
con la dulzura que fallece
en el viento y en las hojas del otoño.
Un hálito me apagó en la mañana
tu lámpara risueña;
y entre la casa,

somos los tres hermanos
como púberes almas inocentes
que acordinan la neurosis
de los grillos;
(la casa de los muertos
es como un patíbulo a la seis...)
Mi piedad dormita
como los stradivarius
en la serenata de los arcángeles,
y concuerda con mi tristeza
un viento frío.
Sonríe la noche en mis labios
entre un coro de campanas,
pero de campanas dolientes
en medio de la noche
estruendosa.
Tú cruzas por mi memoria,
silenciosamente,
como una púdica azucena virgen
entre mi voluptuosidad ya triste.
¡Oh la noche en la carne de los lirios!
¡Oh la noche que para mí se pudre!
¡Oh la noche con el rumor de mayo huérfano
y el aire frío del mar!
En una noche de la ciudad lóbrega,
con un beso salobre que avasalla,
la muerta ciudad me da su calma
y a mis piés, sus largas calles en silencio...

RUTAS NOCTURNAS

Duermen. Oid insectos: sabéis algo del misterio
en la blasfemia azul de la oración que fenece...?
Cuando tocan las tímidas esquilas del recuerdo,
a veces lloro sin saber porqué lloro los muertos.
Y se volvieron alegres, mucho más alegres las campanas...
Soñaba perderme en la ruta de los mecheros,

y mi corazón torpe, estaba ébrio de demencias nocturnas
imaginando dolores en los rincones de mis penas.
En el caos de las almas las campanas negras duermen...
Mientras se excita mi espíritu irritado
la piedad sube conmigo a la indolencia del alba,
y la brisa lleva un presentimiento de egoísmo a la flor...!
Entre el secreto del campanario, el olvido de la noche.
Ancló desde esa hora el pesar de pensar las cosas;
vagos fueron mis sueños sin ninguna visión.
El destino de la cuerda tendida sobre un abismo,
un equilibrio de mis ritmos. Tiembla como la primera
(estrella...)

RAFAEL AMERICO HENRIQUEZ

(1899)

Perteneció a los postumistas. Posee una gran sensibilidad poética y sus poemas pertenecen al género de poesía intuitiva que define, con ligerísimos trazos, las más íntimas emociones, evocando la música de infinito del ensueño y su irrealidad cautivadora. Por eso, a ratos puede parecer oscuro, impreciso, lejano. Agrupaba a su redor, en un cenáculo denominado "La Cueva", la más heterogénea compañía de intelectuales, quienes, del arrimo de su nombre partieron disparados en todas direcciones y sin que la querencia espiritual que los unía sea sello de sus actuaciones, por cuanto el grupo no fué escuela, sino alto en el camino para distintos viajes.

No ha publicado libros.

CANCION DE CUNA

¡Oh destino fiero!...
¡Oh canción humosa
de sepulturero!...
Con filo de estrellas,
cavando su fosa,
rompieron la tierra
de toda la sierra.
Voces de campana,

dedos de rocío
abren la ventana.
El hueco titila
en la paz de acero
de un blanco sendero;
y se enreda el cielo
en la frente yerta
de la niña muerta.
Velan a su vera dolientes colores:
el verde oloroso que lanzan las flores,
el rosa andariego que viaja en los vientos
el vago violeta de los pensamientos
el gris y el bermejo de la cordillera,
y el verdín sonoro de la primavera,
El sol vespertino sirvió de mortaja.
De vaho montañoso le hicieron la caja;
bujías de aurora vestirán de luz
dos alas de alondra que serán la cruz.
Paisaje nocturno,
duro, taciturno.
Ringlas de silencio
huellan la campiña
que espejó la niña.
Y es canción de cuna
el canto amarillo
que canta la luna...

DIEZ DONCELLAS

Por sendas de soledades
Y cielos de paz desnuda
Las manos de diez doncellas
Tejen que tejen la luna.
Que ya pronto será noche,
Y más que cesta con fruta,
Y tanto como mozuela

Perfumará la llanura,
Y para puerto lejano
El silencio será ruta...
¡Agobio de sangre quieta!
¡Espera de luz profunda!
Sin huellas de mar y monte
Van fabricando la luna,
La fabrican diez doncellas,
Que ha de llevar vagabunda
Por paisajes interiores
¡Ausencia de cosa tuya!

EL HURTO

La luna cabalgaba
En ramas de pino.
Espigas morenas,
Moreno el silencio,
I más que morenas
Las aguas del río.
Tus manos hurtaron
La lumbre del surco:
Un hurto de nácar
Con manchas hendidas
De tierra bermeja,
Son luces tus dedos,
Diez luces que trepan
Buscando la luna...
Se quiebran las sombras,
I el pino recrece
Con luna cimera.
Temiéndose un robo
Los vientos apriscan
Ovejas dormidas
En cielo nocturno

LA JORNADA

Desnuda, despereza, sus carnes requemadas
De moza campesina... Y de cegar rendijas
En las horas nocturnas, húmedas, estrujadas
Rebrillan telas rojas, las de su vestimenta.
Con pecado se viste: grácil, lúbrica, lenta,
Aprisca pechos duros, cual ayer a las hijas
De la cabra difunta. Y sale, y salpicando
Gotas de la tinaja irrumpe en los bancales.
Ladridos. Luz. Fugando
Las estrellas son vuelos
De canciones rurales.
En moza van mudando los verdes de la era;
El paisaje enarbola dos manos por bandera:
Porque son sembradoras de paz en el cortijo,
Y porque desde el llano hasta los ventorreros,
Aprontan sombra firme —la misma del cobijo—
Si fatiga la brega o hay sol en los senderos.
Cuando la luz rebota y cruje la espesura,
Y los pinos se enfiestan con fanfarria de fragua,
La moza sueña: abreva, deja olor de frescura
En los dorsos de piedras y en los brincos del **agua**
La tarde cuaja santa en paz de campanadas.
Ocurrencias jocundas avientan las semillas,
Propias en gente moza. Unas manos sencillas
Hogareñas, sin joyas, de rezar adobadas,
Recogen lo sembrado. Y mintiendo, los ojos,
Ya ciertos de la prenda, hacen por dar enojos...
Dispersos los balidos, bajan de la montaña,
Y a bueyes desuncidos, un perro les regaña.
Finita la jornada de sol y de labranza
Crecen sobre los surcos las escenas de holganza.
Y un jayán del cortijo y la moza pastora
Caminan a la zaga de luces perseguidas
Y alcahueta, la luna, se torna albergadora
De morenas vergüenzas y de audacias fallidas.

VA CANTANDO

Amarillos
sus pezones.
Amarillas
las estrellas en las charcas del sendero.
Va descalza, va desnuda, va sin miedo
cuesta arriba.
Son sus huellas,
huellas vagas de una luna ya difunta.
Canta un gallo. Cantan ciento.
Amanece.
Verde y rojo
en el viento
y en el filo de la sombra:
colorido montañero.
Algún día
sus pezones y sus ojos y sus manos
serán joyas de silencio,
serán tierra, serán nada.
Monte arriba,
con los ojos en las luces de la aurora,
va sin miedo, va descalza, va desnuda,
va cantando.

PARENTESIS FEMENINO

ALTAGRACIA SAVIÑON

(- 1943)

Talento femenino privilegiado, hubiera podido, por su exquisita sensibilidad poética, ocupar muy alto puesto en el parnaso dominicano. Por desgracia, su mente sufrió oscurecimientos fatales que la impidieron realizar la gran obra lírica a que estaba llamada. Sin embargo, su deliciosa composición "Mi vaso verde", le gana sitio de honor en la literatura nacional.

No publicó libros.

MI VASO VERDE

Mi vaso glauco, pálido y amado,
donde guardo mis flores predilectas,
tiene el color de las marinas algas,
tiene el color de la esperanza muerta...
Las flores tristes, las dolientes flores
en el agua del vaso se refrescan,
y bañan sus corolas pensativas
en una blanca idealidad de perlas.
Y luego se van lejos... se marchitan
abandonadas, pálidas, enfermas,
muy lejos del cariño de ese vaso
que es del color de la esperanza muerta.

Y cuando sola, pensativa, herida
por la eterna nostalgia
siento un perfume triste, moribundo,
que llega hasta mi alma...
pienso en mis pobres flores, las marchitas,
las enfermas, dolientes y olvidadas,
que antes de marchitarse se despiden
tristísimas y trágicas
de ese vaso de pálidos reflejos
que es del color de las marinas algas!...

LIVIA VELOZ

Livia Veloz es intérprete de la dulce poesía del hogar, de las emociones calmas y suaves. Representa un fuerte núcleo de mujeres que silenciosamente vierten sus sentimientos en versos sencillos donde se canta al amado ausente, al hijo por venir, al Dios Todopoderoso, a la Patria amada y a la esperanza.

Obras poéticas: *Preludios sentimentales* (1929)
Acordes (1936).

CAPRICHIO

Porque a veces me duele la vida
y su carga me turba,
yo quisiera arrojarla,
como a lirio marchito,
en un claro de luna.

En un rayo de luna
que corriera vehemente
abrazado a la linfa
que sus dudas resuelve, serena,
en las ondas del mar, intranquilas.

Y mirar que se va, lentamente,
navegando sin rumbo,
a merced de las aguas;
y al soñarla muy lejos del mundo,
agitar mi pañuelo y alargar la distancia.

Y al volver en mí, triste,
preguntarme extrañada:
¿Por qué a veces me duele la vida?
¿Por qué quiero arrojarla
en las aguas rientes que pasan
arrastrando fulgores de luna,
cual si fuera una insólita carga?

M A D R E

Mi oración es pobre;
mi palabra apenas
puede remontarse
hasta allá... tan lejos...

Desde que partiste
—hace largo tiempo—
has vagado mucho
por los cielos viejos;
y siento una pena
muy honda y muy nueva,
cuando pienso, a veces,
que ya estás cansada
de ir por el espacio
como soplo eterno.

La mañana clara
me trae tus recuerdos
en la luz que nace
tibia, como un ruego;
y un temblor de gloria
mis angustias puebla,
con sus esperanzas
y presentimientos.

Si mi fiel plegaria,
madre, no te encuentra,
porque en la distancia,
tímida, se enrede,
acércate un poco

en la nube blanca
que a bajar empieza;
empina tu sombra
y oirás el concierto
de mi pena honda
con tu amor que llega.

Y si estás cansada
de vagar tan lejos,
ven hasta la tierra;
transforma mi vida
en inmenso cielo,
al pasar por élla,
misteriosamente, . . .
como soplo eterno.

SUMISION

Tener que soportar esta tristeza
con fuerza sobrehumana,
sin saber el por qué de su presencia
ni por qué causa extraña
me sorprende e impávida se adueña
sacudiéndola toda, de mi alma!

Tener que presentar el hombro listo
para llevar la carga,
sin encontrar, piadoso, en el camino
quien recoja mis lágrimas,
es algo que en silencio me convida
a meditar muy hondo
y hacer rutas muy largas!

AMADA NIVAR DE PITTALUGA

Canta en su poesía la pureza de hogar antañón castellano, que es una de las mejores condiciones del alma dominicana, de donde se deriva una exquisita personalidad que resiste el vendabal *ibarboursista*, y se conserva íntima, apacible, maternal.

Obras poéticas: *Palma real* (1938).

EL HIJO

Resplandor de llama,
esencia de mirra, de lirio y retama.
Extracto costoso
en besos y lágrimas del amor hermoso.
Amado Alfarero:
Prepara la arcilla rosada primero,
y luego a la tarde
soplarás el vaso que al perfume guarde.
Cántara de loza
al Dios donaremos que en donar se goza.
El guardará en ella
la esencia brillante de un alma de estrella.
Aquí en mi cintura
cuélgame la cántara de la ofrenda pura.
Un hijo, oh! Amado:
de mirra, de lirio, de vidrio rosado.

ENGAÑO

Llegué cargada a la Tarde
 con dos costales de lágrimas.
 Entré llorando en el río
 para lavarme la cara.
 Agua de la tarde era
 y de sal era mi carga.
 Salí cantando del río,
 más liviana, más liviana.
 La Tarde se llevó al mar
 caudales de agua salada.

Con esponjas me cargaron
 al salir por la mañana;
 iba al igual que la esponja
 la cabeza de liviana.
 Llegué cantando a la Noche
 de la corriente taimada.
 Caí cantando en el vado,
 conmigo cayó mi carga;
 salí llorando del río,
 en hora de Madrugada.

Las esponjas van ahora
 más pesadas... Más pesadas...

ROJA TINAJA GENEROSA

Roja tinaja que al extremo
 del solitario corredor
 eres cual una fresca boca
 bajo del claro surtidor.

Roja tinaja voluptuosa
 como una virgen campesina
 junto a la fuente de la piedra
 tras la selvática cortina.

Musgo de fresco terciopelo
 y finas plumas del helecho,

hilo de perlas cantarinas
que desgranaban en tu pecho.

II

Bajo el derruido tinajero
—remedo de un confesionario—
las confidencias escuchabas
como un buen cura solitario.

A los dos novios protegías
tu fiel alianza les juraste,
y tu agua clara —tu alma pura—
como un consejo, les brindaste.

Cuando eludiendo las pupilas
que maternales vigilaban
con el pretexto de beberla
junto a tu linfa, se besaban...

III

Roja tinaja generosa
igual que un joven corazón
fresca tu agua y cristalina
sabrosa a río y a terrón!

Allá en la noche silenciosa
la dulce niña suspiraba,
mientras su clara perlería
la vieja piedra desgranaba.

Y en blando eco cariñoso
repercutía su canción
cabe tu pecho fresco y hondo
y en el amante corazón.

IV

Roja tinaja abandonada
—por la flamante innovación

de las costumbres ancestrales—
al viejo patio, en un rincón.

Con negra tierra el jardinero
llenó tu pecho generoso;
y en tí el penacho de una palma
su esbelta forma alzó graciosa.

Roja tinaja: el agua fresca
no más tu pecho colmará;
ni ya tu gracia campesina
junto a la fuente lucirá!

No más tu voz dulce y profunda
dirá su cándida canción...

Tan sólo tierra y una palma
como en mi triste corazón!

TENGO UNA BELLA TRISTEZA

En el fondo de mi vaso,
hez de las uvas amarga,
en el fondo de mi copa
reflejos de miel dorada...
en el fondo de mi vida
manantiales de mis lágrimas...
Tengo una bella tristeza
bajo la luna de plata.

Una tristeza engañosa,
que si dulce, que si amarga,
en el fondo está del vaso
para no lograr probarla
y contemplarla al través
de la talla sonrosada.

La tristeza de los ópalos,
de las perlas, de las albas,
de los versos... de las telas
tenues de oscuras arañas...
de crisálidas que tejen
entre ramas ignoradas

melancólica la seda
 del capullo de mi alma
 en el silencio saudoso
 de la noche milenaria...

YO BENDIGO TUS MANOS

Yo bendigo tus manos que en tarde rumorosa
 tejieron con delicia mi corona de esposa,
 que bordaron, pacientes —blonda, seda y cristal—,
 la cauda primorosa de mi saya nupcial.

Yo bendigo tus manos, que, enferma y sin **cariño**
 enjugaron mi frente y acunaron mi niño.
 Que en noche tenebrosa de llanto y de dolor
 me dieron su caricia con tímido temblor.

Yo bendigo tus manos cuando bordan o sanan,
 cuando en notas su bálsamo junto al teclado **manan**.
 A tu lado escuchando el melodioso canto,
 conocí que hay dulzura y placer en el llanto...

Y que en caja cerrada (ataúd, pecho, piano)
 hay milagros que surgen al calor de tu mano.

Cuando tedio y ausencia ponen frío y distancia
 en tu voz cariciosa, en tu tibia fragancia,
 quiero soñar tu rostro, bondadoso y señero,
 mas no logro acertar el tuyo, el verdadero...

Sonriendo, gozoso, por mi dicha risueño?
 Extasiado ante el piano en romántico empeño
 de hacerlo sollozar? En lágrimas mojado
 como en triste velada lo miraba a mi lado?
 Sólo tus manos son unas siempre! Plasmada
 en ellas vive tu alma, serena y perfumada.
 Un diamante (una lágrima) y tu sangre (un rubí)
 veo temblar en tu dedo bajo la luz amiga,
 cuando a la noche pienso, para pensar en tí,
 en tus benditas manos rendidas de fatiga.

DELIA WEBER (*)

Su habitual estilo literario es impresionista, un impresionismo realizado con sentido sensual pictórico, en cierto modo semejante al idealismo filosófico de Tagore y a la irrealidad destinista de Maurice Maeterlinck. El amor, en sus poemas, es a un tiempo sentimiento y duda, inquietud y misterio, deseo y desfallecimiento. Además del poema en prosa escribe poemas dramáticos y cuentos. Su lirismo linda con lo fantástico. Es la mujer que canta y lleva a su canción las palpitaciones de sus ensueños. Delia Weber es nuestra más prominente cultivadora del poema en prosa.

Obras poéticas: *Encuentro* (1939)
Ascuas Vivas (1939).

(*) Actualmente Delia Weber de Cartea Bonmati.

ENCUENTRO

Iba por el campo pisando las espigas,
Mis pies eran ligeros y mi cuerpo como una
sombra. Me reñiste por no saber lo que ha-
cía. Oí al viento sollozar; pero no compren-
dí...

De lo alto del campo venía el río can-
tando como un coro de niños... Quise sentir
el frío del agua y posé mis pies gozosos,
dando la alegría de mi corazón. Me reñiste

por no saber lo que hacía. Se nublaba el cielo pero no comprendí...

Distraída, jugaba en el olvido de todo. Me llamaste desde lejos... Corrí a tu encuentro... Cuando llegué estabas pálido, viste la espalda y, yéndote, me señalabas atrás. Yo me senté a llorar; pero no comprendí...

Un día me fuí espigando flores, inocentemente, por el campo... Y las regaba por donde habías pasado tú... Mi cuerpo ligero velaba sobre tus huellas, escondido; pero no viniste...

Después (como si la claridad hubiese dicho lo que era...) cogí agua, flores y espigas, y fuí a tí, que me esperabas, y las regué sobre tu cuerpo... Sonriendo me diste el conocimiento: aquel campo era mío.

Y besé tu agua, tus espigas y tus flores...

LAS HERMANAS

(A la hora de un crepúsculo ardiente)

Hermana Primera

Mi cesta lleva un milagro...

Hermana Segunda

Yo busco las flores del valle más delicioso...

Hermana Tercera

Y yo el oro de las playas donde muere el sol...

Cuarta Hermana

Mi deseo es como las perlas del océano,
incomparablemente suave...

Hermana Primera

Aprisa, hermanas, aprisa...

Hermana Segunda

Las nubes del cielo se aprietan sonrosadas,
como secretos en el alma...

Hermana Tercera
 Juntemos las cabezas, hermanas, que en
 el cielo estamos dibujadas...
 Hermana Segunda
 ¡Parece un campo de rosas, y de besos,
 y de alas!
 Hermana Primera
 Cerrad las cestas, hermanas...
 Hermana Tercera
 Estemos unidas, apretadas...
 Hermana Primera
 Caminemos aprisa, hermanas...
 Cuarta Hermana
 El sol baña de oro los espacios...
 Hermana Segunda
 ¡Se dilata una danza de fulgores en tor-
 no al esplendente carro del sol!
 Hermana Tercera
 ¡El cielo se incendia!
 Cuarta Hermana
 ¡Y es como el imperio de todo derroche!
 Hermana Primera
 Cantemos un himno que parezca le-
 jano...
 Hermana Tercera
 Y juntemos las bocas, y sea uno el
 canto...
 Hermana Primera
 Aprisa, hermanas, aprisa. Mi cesta lle-
 va un milagro...
 Hermana Tercera
 (A la Primera Hermana)
 Se apaga tu voz en el canto!
 Hermana Primera
 (A la Tercera Hermana)
 ¡Tu risa es la oración errante de la nu-
 bes rojas del cielo!

Hermana Segunda

Es como la lluvia que esta mañana regó
el prado.

Cuarta Hermana

Y como el vuelo de la carrera que dimos
juntas, de las manos...

Hermana Segunda

Como lloran los niños cuando están
soñando...

Hermana Primera

(Dirigiéndose a la Segunda y a la Cuarta Hermana)

Decílo bajito, no sea que adivine...

(Se juntan la Primera, la Segunda y la Cuarta Hermana)

Tiene en su risa la luz del que espera... (Sus mi-
radas sonrien sobre la Tercera Hermana) ¡Aprisa,
hermanas, aprisa!

N A D A

—Ese hombre que pasa llevó un día mi
alma...

Corre, mira si en los ojos tiene la señal;
si su espalda está aún encorvada, si lleva
en la boca todavía la luz, y sus manos es-
tán extendidas...

—Veo el camino solo. Va a salir la luna
entre nubes oscuras.

—Pero ¿alguien pasa?

—Un hombre que no lleva nada.

REENCARNACION

Yo he estado contigo, sí, he estado con-
tigo. No vas a recordarlo, pero una vez,
fuimos una vida entera, tú y yo...

Hiriéndome la mirada de dulzura, tus ojos
hacen oriente de mi senda, y me llenan de

amor sin descanso. (Una vez, yo he visto tus ojos...)

No abras tu alma recelosa como flor al viento; sé todo lo que tienes que decirme. Te he escuchado en una sombra remota, por un vago camino... Allá, al extremo de toda idea... (Un día has abierto tu alma...)

Sin que hayas dicho el sentido de tus palabras, surge en mi corazón una alegría que revive, porque una vez aclaraste su sentido en mi corazón...

No sé quién eres: el recuerdo es oscuro y despierta temeroso del silencio nuestro...

En una bella mañana, cuando el sol se dilata esplendente, como una pupila tremenda del círculo eterno, me seguiste por una palabra mía. Y temblaron mis labios, y se quedaron mudos, porque (aunque lo hayas olvidado con esta vida) una vez te dije una palabra...

VOZ ERRANTE

...Ay de tí si probaste una vez la miel de mi vino... Ya no olvidarás...

Si te clavaron las espinas de mis rosales, ay de tí... Ya no curarás...

Si te rozó, leve, la orla de mi vestido, no fingirás indiferente gozo.

Aunque te vayas lejos... Aunque no vuelvas más... Te agitará el corazón, te subirá la sangre loca, y, en un trastorno de tu vida, tornarás al punto en que bebiste mi vino o te clavaron mis espinas...

CONCHA BENITEZ DE VALERA

Su dulce personalidad le permite elevar una voz honda y clara en el concierto "sáfico" de América. A su emoción hogareña la convierte en sugerimiento de amor universal, para regalo de todos quienes lean sus hermosas poesías, pero sin alardes, discretamente, femeninamente.

No ha publicado libros.

I N T R U S A

Me he ocultado,
y me sigue allí la intrusa
luna llena de ancha cara.
Fujitiva se ha filtrado
a través de la tupida
ramazón del viejo árbol
y me besa los cabellos
resplandeciendo en mi cara.
Sombra mía:
¡reposada sombra mía
de mis párpados cerrados!
Luz interna:
sigue la intrusa interior!
Hasta allí
sigue la intrusa luminosa,
por mi congoja afanosa,

me deslumbra, resplandece
muy adentro,
donde inquieto se guarece
el pensamiento.

MI CARGA

Esta carga Señor
de amor y juventud
de pasiones y anhelos...
Esta carga Señor
de emociones, sonrisas,
lágrimas y caricias
y hondas quejas,
es el bagaje
que sostengo impávida
por todos los caminos,
por las encrucijadas,
entre auroras y ocasos,
entre insomnios y sueños
y vibrar de impresiones.
Esta carga Señor
en que se auna
la cotidiana sucesión de horas
al oro virgen
de sencilla rima,
donde ambición
de triunfo humano
es grito
donde visión de atardecer es éxtasis,
donde hay desfallecer
de desencantos
y hay oración
de quieta mansedumbre,
¡y cuántas veces
lágrimas de emoción
ante la loca

y traviesa alegría
 que retoza y que ríe
 en los ojos amados
 de cuatro cabecitas delirantes
 de inconsciencia infantil...!
 Y renacer de albas de esperanzas
 junto al dolor de viejas cicatrices...
 Esta carga Señor,
 luminosa y sombría,
 es mi ofrenda a tu amor...
 Concédeme, Señor, que eternamente
 me acompañe su peso abrumador.

M U S I C A S

Cada mañana
 hay una hermosa fiesta
 de vuelos y de trinos
 cerca de mi ventana...
 Cada mañana
 junto al árbol seco
 que antes tendía
 el verdor de su ramaje
 cerca de mi ventana,
 una alegre bandada
 de pájaros revuela,
 trémula, picotea,
 canta, se aleja y vuelve...
 y es que algo llevan
 al nidal de aquella
 corteza aniquilada...
 ¡Maravillosa sinfonia de vida
 entre las ramas muertas.!

 Cuando se rompa
 el transparente vaso

en que se agita mi vivir
 y mi recuerdo sea
 una flor deshojada
 en el camino,
 anhelo que tu labio
 musite mi canción
 en las mañanas,
 y en caliente nido
 de tu pecho
 encuentre albergue grato
 la música amorosa
 de mi verso...
 ¡Melodía prolongada de mis sueños!
 ¡traducirá en tu vida su armonía...!

¡OH CORAZÓN!

Oh pobre corazón
 es tan estrecha
 la prisión en que vibras
 y te angustias,
 tan profunda esta cárcel
 de mi pecho,
 tan sensibles mis fibras,
 tan dolida mi carne...!
 Oh corazón
 que sin piedad te oprime
 la mano dura y fría
 de mi intenso vivir...!
 Oh si pudieras escaparte
 de esta prisión estrecha!
 serías en la sombra
 de mis noches
 una estrella muy blanca...
 Si pudiera mostrarte
 rojo y vívido
 como una inmensa flor

sobre mi altivo pecho...
Si frente a mis miradas
ardieras —ascua viva—
en el incendio
del atardecer...

Pero entonces... Solitario,
sin la voz de tu latido
quedaría mi dolor.
Oh, no puedes escaparte!
Tienes que ser cautivo
Oh corazón!

O T O Ñ O

Otoño! Llamas a la puerta
donde entre guirnaldas
Primavera entona
su postrer adiós.

Mis rosas más rojas
tornas amarillas:
colores y aromas
de mi atardecido jardín de ilusión.

Llamas a la puerta
tras la cual yo cuido
rosales en flor...

Tiemblan los ramajes...
pero aún lucen frescas
mis rosas de amor...!

P R I S I O N

Malla del pasado que envuelves mi vida
en tí voy cautiva, a mi añoranza asida...
Busca en tí el alma su más tibio asilo,
en tu paz interior tranquila habita

y no aciertan las rachas del olvido
a turbar su quietud, prisión bendita.
Porque en tí siento aquella blanca mano
que formó tu trama y porque en tí vivo,
—cautiva y dichosa, por eso es en vano,
que estiren los años estos suaves hilos
que ardorosamente tejió la pasión...
¡feliz en tus redes vive el corazón!

MARTHA MARIA LAMARCHE

Hace poesía de encantamiento: plumón de ave, hilo de luna, ansiedad de nube, encaje, perfumes... No publica muy frecuentemente. Sabe encontrar la frase sutil y con ella, expresa un pensamiento ágil y elegante, discreto, deliciosamente musical y femenino.

Obras poéticas: *Cauce Hondo* (1935).

COMO LA ESPIGA

El alma
se balancea al soplo de la brisa;
como la espiga.
En busca de luz alza
el tallo de su inquieta y frágil vida,
como la espiga.
Para que el Sol dibuje
de oro sus granos que el viento abanica,
como la espiga.
Luego, el raudal de oro
se desparrama prófugo en la vía,
como la espiga.

JUNTO A LA CORRIENTE

Dormí en el lecho de arena
que refresca la corriente,
y fui en la noche serena
otra linfa transparente.

Bésame, agua cristalina,
mientras mi lira se hermana
con la canción que trina
en la fresca mañana.
Bésame mientras el cortejo
de las cándidas estrellas
apagándose a lo lejos,
deja en nuestra alma el reflejo
de sus temblorosas huellas.
Bésame, somos hermanas,
como tú, mi alma salvaje
guarda oculto su linaje
y no le inquieta el mañana.
A las dos, mansas corrientes,
bástanos ser transparentes
y dar en una canción
matinal el corazón...

L A C A R G A

Aligérame, Amado,
pon mi carga a la vera del camino
o espárcela a los vientos,
para tener el alma
tan pura y tan sencilla
como una flor silvestre.
Aligérame, Amado,
y seré libre corderita
que en la verde sabana
corre, retoza, brinca,
del arroyuelo bebe
agua límpida y fresca,
y de la tierra pasta
hierbas recién nacidas
húmedas de rocío.
Aligérame, Amado,

quítame de los hombros esta carga
de locas ambiciones,
que desfallece mi alma...
Aligérame, Amado,
y otra vez en las noches
seré la chiquitina
que en tus brazos se duerme
soñando como niña.

L L U E V E

Llueve. Las gotas caen acompasadas
con música monótona y cansada
y contenta les voy así cantando:
 Caigan, caigan, que el cielo
 se despeja llorando.
Como una quimera vana que atrae
me atrae el gemido del agua que cae
y contenta les voy así cantando:
 llorad, llorad, que el cielo
 se despeja llorando.
También cayeron gotas de amargura
de mi alma que ahora luce pura,
y contenta les voy así cantando:
 Caigan, caigan, que el cielo
 se despeja llorando...

V A G U E D A D E S

Qué confusión de pensamientos surgen
en la mente, si a solas, de improviso
tu recuerdo me asalta, dulce Amado,
no dándole reposo a mis anhelos.
A veces; quién me diera la confianza
altiva de la estatua inanimada
que ve pasar bajo sus ojos muertos
el tropel de la vida sin escrúpulos!

Mas, no; no quiero ser inerte mármol—
 Duro mi corazón entonces fuera...
 y entonces este amor no te tendría
 tan lleno de tristeza deleitosa.
 Ni quiero ser altiva, sino blanda
 cual cera virgen, y tomar las formas
 que tus dedos ociosos quieran darme:
 un ánfora, una flor... ¡Lo que tú mandes!

V I E N T O

Viento:
 llegas tan fresco, suave y reposado,
 que adormeciendo vas mi pensamiento;
 Viento,
 que las mejillas hazme refrescado,
 ¿de qué país tan bello
 llegas alborozado?
 Mira, como has puesto mis cabellos!
 Viento,
 inútil es que ahora al hogar
 entres y hagas crujir el ventanal;
 ¿piensas tú que tu aullido he de temer?
 me río y digo: ¡déjate ver!
 Viento,
 Mis manos y mis pies has vuelto fríos;
 pero en mi pensamiento
 voy musitando locos versos míos...

YA EN TUS REDES

Ya en tus redes me hiciste presa, Amado,
 ya fuí pez de tu mar.
 Fruición de gozo antes no soñado
 mi sangre hace saltar!
 Turbión de dicha que inundó mi ser
 con tierno bienestar.

Rubia espiga de oro, ardiente estrella
que a mi paso brotó.
Deleite dulce, de quietud me llenas.
Amor de mi Jesús!
Ya en tus redes me hiciste presa, Amado.
Ya fui pez de tu mar...

CARMEN NATALIA

Su poesía, femenina, tiene, sin embargo, ese sello personal que diferencia la poesía de las Ibarbourou, Agustini, Mistral, situándolas en un plano igual, o semejante, a la poesía de los hombres. No tiene sensiblerías y su desgarramiento de amor, o su dolor de ensueños no satisfechos, van directamente al corazón del mundo. Vale decir, que su feminidad se universaliza, desentendiéndose del círculo familiar para expresarse, humanamente, con voz de Hadas. Es la más poeta de nuestras mujeres escritoras. Y la más personal. A los titubeos del comienzo, opone ya, atrevidamente, la independencia de su alto sentido poético.

Obras poéticas: *Alma adentro* (1939).

AQUI ME TIENES TU

Aquí me tienes tú, como dormida...
Vengo de un largo viaje
por no sé qué regiones desoladas.
Vengo a tenderme aquí, bajo la sombra
de cualquier árbol bueno y compasivo,
de esos que se levantan
a la orilla de todos los caminos.
Llevaba entre mis manos
una rama florida.
La brisa dispersó todas las flores
y el verano ardoroso

gota a gota sorbió toda la savia.
 Seca quedó la rama... Por mi lado
 pasó un viento de fuego esa mañana...
 Ahora, ya lo ves... Vuelvo, a tenderme
 bajo un árbol cualquiera del camino.
 Dormiré largamente, largamente...
 Pero mi rama seca no la quiebres,
 déjala junto a mí, bajo la sombra...
 Tal vez tendrá una flor cuando despierte...!

D A R S E

Darse cual la brisa, sin saber a quién:
 al árbol, al nido, al espino cruel...
 Darse plenamente, darse como el sol,
 que al lodo y al ave brinda su calor.
 Darse como el agua que riega la mies,
 y baña al cerezo igual que al ciprés.
 Darse, siempre darse en aroma o sol,
 en brisa y en agua, en dulce Canción...
 Darse en un perfume: nardo o azahar,
 azucena, lirio... Darse en un Cantar...
 Darse en armonías, trino y vibración...
 Darse, darse toda en Arte y Amor...
 Y hacer que al conjuro de un mago sutil
 (De dedos oscuros y blanco marfil)
 el alma remonte a la azul región
 donde hay luz y trinos, Belleza, Ilusión...
 Y en alas de ensueño duerme el Corazón:...!

DEJA QUE DESCANSE

Deja que descanse... Traigo tal fatiga!...
 Fué largo el camino, fué pesado el viaje...
 Me hirieron las zarzas y azotóme el viento.
 Pero ya hablaremos... Deja que descanse...

Quisiera dormirme aquí, blandamente,
 dormirme olvidando mi angustioso viaje...
 ¡Qué triste jornada, sin luz y sin calma!...
 Pero ya hablaremos... Deja que descanse...
 Siento aquí en el alma una angustia inmensa...
 Tal vez sea el recuerdo de mi amargo viaje...
 Sentí tanto frío! Lloré con tal pena!
 Pero ya hablaremos... Deja que descanse...
 Cuéntame algún cuento, una dulce historia
 que ahuyente el recuerdo de mi triste viaje...
 Sola en la jornada! Perdida en la niebla!
 Pero ya hablaremos... Deja que descanse...
 Y tal vez... ¡quién sabe!... así, suavemente,
 me quede dormida y emprenda otro viaje...
 Un viaje muy largo, por una amplia senda...
 Pero ya hablaremos... Deja que descanse...

FANTASIA

—Ven... Una historia de duendes
 te contaré... Silencio...
 (Las manos de la abuela
 semejan mariposas cansadas de volar...)
 —Ven aquí a mi regazo... Reclina tu cabeza
 sobre mi hombro... Empiezo...
 (Las manos de la abuela se duermen como besos
 en los bucles del nieto, rubio como un triguero...)
 Sabes la historia blanca de la Reina del Bosque?
 (Su voz suena quebrada, como una rama seca...)
 Era una Reina bella como el sol, y tenía
 verdes los ojos, verdes como gotas de mar...
 —¿De mar, Abuela?... Pero... es verde el mar?
 —Hijo... verde unas veces... otras veces azul...
 —Cuando el cielo le besa se torna azul, ¿verdad?
 —Sí. Prosigo: tenía aquella Reina
 una corte de Hadas y un palacio de oro y de cristal...
 —¿Y todavía existen Hadas, Abuelita?...

—Sí... existen... pero muy lejanas...

—Y yo no podría verlas?...

—Hijo...

(Las manos de la abuela
tienen ahora vagos temblores de inquietud...)

Sí... puedes verlas...

Cuando duermes tranquilo... Cuando sueñas...

Las Hadas huyen de la luz...

—Tendrán manos de seda,
así como las tuyas, Abuelita...

Su voz será una música, así como tu voz...

Tendrán los ojos claros, y brillantes y hermosos,

Así como tus ojos... Ojos llenos de azul...

¡Qué bonitas deben ser, qué bonitas, Abuela...

Así... como eres tú!

—Hijo... (Las manos de la abuela,
secas y descarnadas, parece que han sentido
el hálito infinito de la vida...) Hijo...

(Las manos de la abuela
recorren extasiadas la blonda cabecita
rica de Fantasía...) —Hijo de mi alma...
aunque no duermas... aunque estés despierto,
siempre verás las Hadas...!

HE VUELTO A ESTAR A SOLAS CON MI ALMA!...

He vuelto a estar a solas con mi alma

y no le he dicho nada.

En silencio, tal vez, le dí mi verso

y ella, en silencio, acaso lo guardara.

¿De qué hablaba mi verso?

Nació sólo por ella, por mi alma.

Nació en sus blandas fibras

que tiemblan ante el raro

prodigio de la vida y en ella se desgarran.

Nació porque mi alma, serenamente, ama
todas las cosas buenas,

todas las cosas tristes,
todas las cosas bellas...
Nació en sus blandas fibras
y ha de morir en ellas...

Por eso, cuando quise decirle tantas cosas
no pude decir nada
y le ofrendé, temblando, mi verso silencioso.
¡Quieres saber ahora lo que dice este verso!
¿Tú no sabes que nadie
podría comprenderlo?

No tuvo el viejo molde de las palabras huera,
ya te lo dije antes,
nació porque mi alma
ama todas las cosas de la vida.
Nació en sus blandas fibras,
por ella y para ella.

Fué un verso silencioso,
sin palabras, sereno...
¡Solamente mi alma podría comprenderlo!

M I R I S A

Disuelta en la brisa
se me vá la risa
—cascabel de plata de argentino son—...
No sé donde nace, ni sé porqué vino,
solo sé que siento su temblor divino
dentro el corazón...

Viajero, Viajero
que pasas de largo por este sendero,
detén tu vagar...
Escucha mi risa,
que envuelta en la brisa
con su tintineo te quiere alegrar..

Viajero, Viajero,
detén la jornada...
Déjame decirte lo feliz que soy...

No sé porqué río... No sé ni me importa...
pero así, Viajero, la senda es más corta
y riendo yo voy...

Viajero, Viajero,
detén la jornada
y escucha mi risa de argentino son...
No sé dónde nace ni sé porqué vino,
mas desde que siento su temblor divino
yo voy desgranando por todo el camino
la loca alegría de mi corazón.

NO DIGAS A NADIE

No digas a nadie tu intensa amargura,
no digas a nadie tu acerbo dolor,
no digas a nadie que en húmedas noches
has llorado a solas tu ausencia de sol...

No digas a nadie que tu angustia es loca,
que una pena oculta taladra tu ser...
No digas a nadie que tu cielo es negro
ni que tu garganta se abrasa de sed...

No digas a nadie que sufres y lloras,
que ni ríe tu labio ni canta tu voz,
no digas a nadie que te duele el alma
ni que anhelas, loca, cielo, espacio y sol...

No digas a nadie tu intensa amargura,
no digas a nadie tu acerbo dolor,
sonríe ante el mundo y acalla el gemido
que brota angustioso de tu corazón...!

UNA TARDE SIN SOL EN TU CABAÑA

Yo detendré mi paso en tu cabaña
una tarde sin sol, dulce y serena.
Tocaré levemente la ancha puerta
y esperaré en silencio hasta que abras.
Entonces seré huésped de tu cena.

Cuánta luz en redor y qué infinita
quietud de monasterio en tu cabaña!
Cenaremos sin prisa y sin palabras,
mientras las horas tejerán su ronda
y hablarán en silencio nuestras almas.
Después, me iré muy lejos con mis ansias,
sin una frase inútil y sin una
lágrima de amargura o de nostalgia,
te quedará tan sólo mi sonrisa...
Me llevaré tan sólo tu mirada...
Una triste sonrisa... Una mirada...
Y lo que no dijimos ni diremos:
un suspiro, un recuerdo y una lágrima.
Toda una vida y toda una tragedia
una tarde sin sol en tu cabaña!

POETAS NACIDOS EN EL SIGLO XX

ARMANDO OSCAR PACHECO
(1901)

Es como un enlace entre la generación del ochocientos y el impulso modernista de este siglo. Ni enteramente apegado a lo clásico, ni decididamente zafado de antiguas reglas, filosofa, en versos hechos con arte, y estudia el alma humana y la psicología criolla en la novela y en el teatro, tratando una y otro líricamente, con cristalino sentido de poesía.

Obras poéticas: *Vía láctea* (1925)
Góndola azul - teatro
Una novela trunca (1940).

ALMA DE MEDIA NOCHE

Por el parque desierto y florecido
—como un lamento errante—
pasa el trasnochador desconocido
con rostro huraño y paso vacilante.
Fresca brisa nocturna
que ha besado las rosas levemente,
levemente su frente taciturna,
besa al pasar con su candor vehemente.
Y aquella frente enjuta,
aquella noble frente desolada
que algún dolor enluta,
sintió los labios de la brisa helada.

Una flor se deshoja. Presto el viento
 sus pétalos esparce; deshojada,
 la flor es una ofrenda perfumada.
 Deja escapar la fuente su lamento...

Aquel hombre callado que va oculto
 en su recuerdo acaso,
 algo muy hondo lleva en sí sepulto
 mientras avanza con doliente paso.

Es el trasnochador,
 algún bohemio, nadie! El entierro
 de sí mismo lo sigue con terror
 un vagabundo personaje: un perro...

Fresca brisa nocturna
 besa las rosas; entre los reflejos
 de su pesar, la sombra taciturna
 rápidamente bórrase a los lejos.

Y yo, Desconocido,
 que en tí presencio mi futuro, miro
 sobre el cristal sin manchas del olvido,
 que empañará un suspiro,
 con el color sin tono de los años,
 como premio del bien, esa figura,
 ese retraso enorme de amargura
 que en tí presencio,
 cuando, vencido con mis desengaños,
 paciente y resignado
 cave en mí con silencio
 y entierre para siempre mi pasado!

MOTIVOS DE PIERROT

Ni el agrio Schopenhauer con su experiencia extraña,
 ni el Kempis con su clara síntesis de la vida
 brindáronme en su copa el licor del suicida,
 ni la ciencia que estaña
 la voluntad de hierro y el alma del más fuerte
 con la confusa histeria corrosiva de muerte!

Fué una rara muñeca sin mejillas de rosa,
sin carmín en los labios, una dulce oración
convertida en juguete: sencilla, ruborosa,
y que, muñeca al fin, no tuvo corazón...

Y fué por ella misma por quien odié la vida,
por quién llegaron penas y huyeron alegrías;
por quién sentí en mis labios el licor del suicida:
y ví a la muerte hermosa con sus filosofías!

Anoche, en el encanto de su convalecencia
la ví más atrayente que cuando estaba buena;
la miré muchas veces finjiendo indiferencia
y ví que también guarda tesoros de una pena...

Un pañuelito blanco cubriendo su garganta,
un traje azul celeste —sencillo como ella—
y su mirada triste que mi ensueño quebranta
haciendo de ella misma más absurda mi estrella.

Fué así como ví anoche la estrella que me alumbra,
en el difuso marco de una media penumbra!

Muñequita insensible, tranquila muñequita
sin mejillas de rosa ni labios de carmín:
tú que fuiste bendita
con lágrimas de estrellas, y que muñeca al fin
no tienes corazón;
tú que fuiste juguete hecho de una oración:
allí, donde el amor era con su grandeza,
ven y cultivaremos los dos nuestra tristeza!

Así rezando quedo sólo con mi cangoja;
pasa así por mis labios la infantil oración
y dé mi flor de ensueños los pétalos deshoja
mientras mi corazón,
ese rojo fantoche que se viste de raso
y ante su propia pena ríe como un payaso,
ese rojo fantoche,

grita en su neurastenia mientras su dicha podas:
todas mis inquietudes y mis tristezas todas
no valen la ventura de haberla visto anoche!

LUCAS PICHARDO

(1903)

Apenas es el paso de un luciente meteoro en la literatura dominicana. Su exquisita sensibilidad, exacerbada por un alto sentido poético, se tradujo en unos cuantos poemas que un grupo de amigos le hizo comenzar a publicar en las páginas de “Ba(h)oruco”. Pero él, recatado en una profunda vida interior, prefirió al aplauso del público, su propio deleite espiritual y siguió soñando para él sólo sus bellos sueños. Después se ausentó de la Patria. Inquietudes humanas lo han atenaceado y, posiblemente, su lírica ha sufrido el viraje hacia las cuestiones sociales, por lo que, sin duda, hemos perdido un poeta, un exquisito gran poeta.

No ha publicado libros.

A UNA CASITA

Siempre he sentido una misma emoción cuando veo esta casita de piedra.

Ya está acurrucadita y replegadita como si hubiera caído en el fondo de sí misma.

Pero no es por eso por lo que yo siento la inaplazable emoción de arrojarle mi pañuelo.

Todo es porque, como tiene la cornisa rota, cuando llueve se le deben llenar los ojos de aguas.

A UNA TINAJA

Nació sin dolor. Fué ni más ni menos como cuando apareció la primera criatura humana sobre la tierra: barro y fuego. Barro y fuego. Barro y fuego. Y unos dedazos torpes modelando una y otra vez la arcilla original.

Luego soplaron para animar su alma semejante a una buena, gorda, fresca y colorada campesina.

C A M I N O

En el camino hay el dolor de la partida y la alegría toda del retorno. Cuando tú, camino, te vas, nosotros también nos vamos contigo, y titubeamos, en el recodo hasta mirar hacia atrás. Luego seguimos caminando y perdiéndonos como una canción desesperada.

¡Pero qué alborozo cuando retornamos, ya desatados desde el recodo, a toda carrera suelta!

¡Oh, infatigable camino, sempiterno viador!

Todavía no me explico como te has hecho para amanecer primero que el sol, mucho primero que el canto de

los gallos, a los piés de todos los pueblos circunvecinos.

Ay! Únicamente se te ha permitido refrescar tu jornada junto al lago, un solo instante!

E L G A L L O

Nadie más satisfecho que el gallo de ser gallo. Quizá sea por sus afilados espolines de pelea o por su cresta incendiada como un furioso canto épico. La verdad es que su sangre está sellada por la realeza de una antigua stirpe.

Ahí viene el fatuo, el remilgado, el paticorto. ¡Qué distinto de su tío, el gallo manilo! Ahora se ha parado enfáticamente, erguido sobre sí mismo.

Parece un agudo clarín de guerra. Luego rebate las alas como un tambor, y canta: ¡yo soy el gallo! Y, a pasito cortado, rompe a caminar de nuevo.

Ahí viene: el fatuo, el remilgado, el pisa-corto. Dice: ya he pisado una a una todas mis gallinas. ¡Ah, no!, ¡me falta la pinta!

Y trazando a su alrededor una curva delirante la ha hecho suya una vez más.

F R A C A S O

Tanto como hube de transigir conmigo mismo para medio glosar tu psiquis clara y turbia a veces!

Veinte años sin conocerte, cuatro sin encontrarte, y luego, dos años cortos y ratos largos para cincelar, perla fina y falsa siempre.

Ay, cómo el reloj de la aldea fué mi paciencia!

L A P I E D R A

Muchos creen que tiene pupila rota para toda clase de paisaje. Y no es así: de la piedra al sol no hay secretos.

El agua, el viento y el fuego no se han gastado inútilmente sobre la fisonomía cerrada de la piedra.

Además ¿no se ahogarían las piedras cuando la tierra se volvió una gota de agua grande?

Yo he sentido a más de una piedra gritar al medio día!

L O S C O L O R E S

En el rojo hay vehemencia. En el purpúreo hay gravedad. Bajo la impresión de este color purpúreo nos sentimos como atemorizados. Cualquier ligero chasquido tomará las proporciones fantásticas que tanto nos aterraron cuando éramos niños. Así: si algo se cae es el mismísimo diablo que viene jinete en un palo de escoba.

En el verde hay esperanza. Pero hay un verde que ha perdido la esperanza toda de ser verde. Y otro embrujadoramente reverdecido. Bajo la influencia de este color embrujado la

mente se torna amplia hasta sentirnos héroes de no se que reino desconocido.

En el negro hay dolor. Un dolor que ha roto la palabra humana. Con este color negro todo consuelo sería inútil. Lo mejor es dejarlo correr a través de su libre curso negro...

En el gris hay tristeza. También hay el placer de sentirnos tristes, de intelectualizar nuestro dolor. Hay que tener mucho cuidado para no volvernos "una tristeza triste".

En el amarillo se alarga la melancolía. También una crueldad, como el afilado canto de un puñal. Presos en ese color cruel nos volvemos monosilábicos. El amarillo se estira aún hasta la neurastenia...

En el azul hay un pensamiento. Y un éxtasis: éxtasis de ser capaz de crear.

En el blanco hay paz. Paz de ser uno mismo. La misma creación del mundo.

L L U V I A

Alegría triste. Aún más: alegría muerta. Muerta porque ya únicamente nos resta el dolor de recordar aquellos días lejanos de nuestra infancia. Cuando, encueros, ¡y qué alegría!, nos metíamos debajo del agua gorda de la cañada.

Hasta a la piedra le ha nacido una mano para apoyar su barbilla.

O T O Ñ O

Va a morir. Acentúa el trazo seco de su sonrisa desdeñosa.

Se está muriendo. A esa hora de la despedida de nuestras cosas queridas reacentúa aún más el trozo seco de su sonrisa desdeñosa.

Ha muerto. Cada hoja que cae es una gota más de dolor.

Luego: cualquiera ventolina levantará un largo rumor de llanto fácil.

TOMAS HERNANDEZ FRANCO

(1904)

Una poesía llena de ansia modernista, de los felices hallazgos desconcertantes, equilibrio inestable de intuiciones, conocimientos, sueños y malicia, que sirve para ocultar el pensamiento del poeta y le permite usar todos los tonos de orquestación posibles y cuantas gamas de color se imaginen.

Obras poéticas: *Rezos bohemios* (1921)
De amor, inquietud, cansancio (1923)
Canciones del litoral alegre (1936)
Yelidá (1942).

C O N T I G O

Qué dulce la sal del mar
bajo este cielo tan claro
y qué hondo tu mirar.
Qué dulce la sal del mar!
Qué tranquila la pleamar
en esta noche de luna
y qué bueno tu besar.
Qué dulce la sal del mar!
Qué bueno es irse muriendo
de tu mirar y besar!
Qué dulce es irse queriendo
Qué dulce la sal del mar!

P R O Y E C T O

Tengo lista mi aventura
de besos largos y barcos,
desmayos trasnochadores
en luna-park de horizontes.
Montañas rusas de excesos
para vértigos de estrellas
zarparán de tu caricia
con risas de fruta fresca!
—Versos de pulpa suicida
para las horas de hastío
y vientre suave de vela
en viento sabio de rutas—
Brújulas anarquistas
de libertades sumisas
irán cazando caminos
en azares de sorpresas,
los timoneles más ebrios
en redes de espumas tensas
te harán coros de sirenas
en crepúsculos de canto,
grumetes enardecidos
de noches de espejismos
pondrán música a los nombres
de las islas de tu ensueño
y en el golfo de tu beso
un naufragio de recuerdos
desatará su bandera
de equinoccios de tragedia!
Estrellas de mar, dormidas
en cielos de arena blanda,
constelarán de silencio
tu gracia de fiera mansa...
Tengo lista mi aventura
de ensenadas y de jarcias,
de mástiles y baupreses
de banderas y tormentas.

SALUTACION A PANCHO ALEGRÍA
CAPITAN DE GOLETA

¡Salud, don Pancho Alegría
buen Capitán de goleta,
matador de tiburones,
rico en naufragios y rutas,
conocedor de los vientos,
—crucigramas de las islas—
buzo de la noche negra,
buen hablador de dialectos,
rezador de avemarías
por aduaneros y puertos!
Salud, don Pancho Alegría,
parrandero de tormentas,
dormilón de calmas chichas,
marrullero de corrientes!
En la noche del Ozama
no se te vé ni la cara
—alquitrán de cara limpia—
luz de bengala, tan sólo,
los nombres que vas cantando:
Puerto Plata, Las Bahamas,
Aruba, la petrolera
Turkilán de sal estéril,
Curazao de ron bueno,
Paramaribo y San Thomas,
Jamaica en costa de cocos...
y la muchachita aquella,
Capitán, dulce de plenas,
de San Juan de Puerto Rico!
Salud, don Pancho Alegría!
Sin brújula se te va
el alma, recuerdo afuera!
El alma si se te vé
blanca de espuma en bahía,
gallardete de tu cuerpo,

el alma si se te vé
Capitán Pancho Alegría!
mañana, —“pa Venezuela”—,
por los mares del ciclón
tu cargamento de frutas
irá alegre, Capitán!
Vendrás, con lastre de piedras
y con vientos de canción
—alguna historia en tu casa,
miles en el malecón—
y en la taberna del muelle
un solo trago de ron!
Salud, don Pancho Alegría,
buen Capitán de Goleta!

FRANKLIN MIESES BURGOS

(1907)

Poeta elegante y sugeridor. Su verso es la inquietud de un espíritu que sueña, pagado de las hermosas evocaciones y ardido de eufonía. Busca, en la musicalidad, ala para el viaje al misterio, y en la palabra hermosa, motivo para la justificación de la alegría del ocio espiritual y de esas sutiles filosofías donde la aristocracia de las ideas es culto a la aristocracia de la sangre y a la del talento.

Obras poéticas: *Gaviotas Enterradas (en prensa)*.

CANCION DE LA AMADA SIN PRESENCIA
(ANTIGENESIS)

Antes de que tu voz fuera color de trino
y tus ojos dos sombras salobres como algas,
cuando aún tu sonrisa
no era un camino blanco para llegar al alba,
sino una melodía de azucenas
en medio de la tarde.
Entonces: ya todos éramos uno
en la unidad de Dios.
Y mi aliento de vida, era tu aliento,
porque tú eras yo...
¡Oh indescifrable enigma de la rosa y el viento!
Yo me amaba en tí misma.
Todavía el ocaso

no era un pájaro muerto colgado entre dos ramas,
 ni se dolía la noche
 en la angustia pequeña de los nardos,
 ni el cielo era de trapo,
 ni el mar una hoja verde
 sin sirenas.

Acaso todavía, los lirios no eran lirios,
 ni estrellas, las estrellas,
 ni el sol una sonrisa de claridades altas
 crecida entre dos saúcos;
 todavía te digo,
 que nada tenía forma resuelta entre los cosas,
 porque el aire no era aire,
 sino una mariposa,
 sólo una mariposa con las alas tendidas...
 ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué dolor el de no verte
 deslizando —diluída—
 como el perfil sonámbulo de un ala
 entre los mansos árboles sin luna,
 ni flotando en la noche, única y sola,
 tras un negro relámpago de plumas!
 Porque los dos íbamos solos,
 terriblemente solos,
 sin que tu sombra gritara sobre el río
 de la palabra llanto, ni agonía;
 sin que ninguna pena,
 en el silencio limpio de la tarde
 espigara una vendimia oscura
 sobre tu pulcra frente de gardenias.
 ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué dolor el de no verte
 entre éstas muchas cosas
 que no eran:

Las montañas y los nidos, las ranas y los peces,
 la luna grande mojada de canciones,
 la tierra azul y la mañana verde!
 ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué dolor el de no verte!

Porque éste era el instante.

¿Sabes?

El instante único y preciso de las nominaciones:

ya el viento, sería viento;

la violeta, violeta.

La mano de lo arcano ponía sus etiquetas

sobre todas las cosas; ya íbamos a ser

mujer, estrella o rosa.

Pero tu fuiste un atardecer; sólo un atardecer.

Y yo poeta.

CANCION DE LA NIÑA QUE IBA SOLA

Sonó lenta y sin alarde

la ronca voz de una torre.

Por el camino sin nadie

venía un perfume

de cobre.

¡Por el camino sin nadie

de la tarde!

—¡Oh linda te lo diré

ahora que estamos solos:

Un redondo mar sin peces

son tus ojos!

—La tarde borda jacintos

de tafetán sobre el cielo.

—¿Si quieres uno yo puedo

sobre tus trenzas ponerlo?

—No, déjame sin jacintos

lucir así mis cabellos.

—¿Flotando sueltos al viento

como las alas de un cuervo?

—¡O de un pedazo de noche,

que se cayó de los cielos!

—¡Oh linda, linda no puedo

con la sombra de tu pelo!

Suena lenta y sin alarde

la ronca voz de la torre.
 Por el camino sin nadie
 vino un perfume
 salobre...
 ¡Por el camino sin nadie
 de la tarde!

CANCION DE LA VOZ FLORECIDA

Yo sembraré mi voz en la carne del viento
 para que nazca un árbol
 de canciones.
 Después:
 me iré soñando músicas maduras
 por los ojos
 sin párpados
 del llanto.
 Colgada sobre el cielo dolido de la tarde
 habrá una pena blanca,
 que me será la luna...
 Será una fruta alta, recién amanecida;
 una fruta
 redonda
 de palabras como un canto.
 Maravilla sonámbula de un árbol
 parido
 de canciones.
 Semilla de una vez
 que nacerá en la carne
 sonora
 del viento.
 ¡Mi voz!

CANCION DE LOS OJOS QUE SE FUERON

Se me fueron los ojos para ver la presencia
 posible de las cosas
 que pasan

como el río,
como el pájaro blanco de una luna sin alas,
como el cristal en donde
se desnuda el silencio.
Desde niño se fueron . . .
Y ahora tengo en la sangre
otros ojos que miran por encima del aire,
por encima de toda
transparencia
distante.
Y esta es mi pena ahora; el término y distancia;
el que yo muera siempre mientras los otros cantan,
cuando yo me deshago de llanto entre las yerbas
buscando las sonrisas que olvidan las estrellas.
Yo me iría tirando también como los otros,
en un cauce perfecto,
mis redondas
palabras . . .
Pero no puedo, no; hay otras formas mudas
que me llaman más hondo
que la voz
de las aguas.
Yo sé que nadie ignora la vida de mis ojos
allí donde la niebla
tiene toscas
moradas.
Y el silencio devora la imagen de otra luna
hecha de anohecidas
canciones apagadas.
Allí donde los nardos son palomas crecidas
con las alas quebradas.
Y la alondra no es sólo la dulzura de un canto,
sino una ruta ancha por donde llega el alba.
Allí donde las hojas todas tienen por dentro,
en el cielo inmutable de sus verdes entrañas,
el silencio de una primavera enterrada,
en donde están gritando de angustia por la vida

las rosas
 que no nacen.
 ¡Allí están mis ojos! ¡Los ojos de mi sangre!
 Los que miran tan sólo
 por encima del aire,
 por encima de toda
 transparencia
 distante.
 ¡Los ojos que me dieron, que no fueron de carne!
 ¡Allí están, en la sangre!
 Mirando el lado opuesto,
 la forma diferente,
 el oculto sentido de la carne y la esencia.
 Porque todas las cosas tienen su doble sombra,
 hasta la voz y el viento.

¿QUE SERAFIN ES ESE?

Allí donde furiosos los pájaron devoran
 con el ámbar pulido de sus últimos cantos
 el crecido racimo
 de una luna
 madura;
 allí donde florecen todas las claridades,
 mi amor está esperando que retorne tu risa,
 madrugada desnuda,
 parida
 entre dos rosas,
 rumor de caracoles
 en las manos
 del viento.
 ¡Yo no quiero que llores! ¡Sólo quiero que digas:
 ¿Qué serafín es ese, que en tus manos vendimia
 ternuras de azucenas?
 ¿Qué serafín es ese?
 No es ilusión de nieblas
 crecidas

en mis ojos,
ni galanteo de pájaro que juegue entre las hojas,
es sólo una pregunta que se asoma a mis labios
cuando miro tus manos
que recuerdan
palomas...
Todas las lumbres altas nos anuncian auroras;
todas las mariposas
una ruta
viajera.
Pero por ello mismo, recordamos la rosa,
andariega de aromas
en un tallo
clavada.
Un día, yo te dije:
—Mi verdad es tan sólo
un reboso de luna derretido en el agua.
Mi voz vive distante como un clamor ausente
de la carne perenne que concreta las cosas.
Pero apesar de todo, yo sigo siendo un niño
sorprendido entre tantos
crespones
transparentes,
y entre tantas verdades
podridas
como sombras.
¡Ay dolor del anhelo que no fué caminante!
¡Ay dolor! ¡Ay dolor!
Las palabras son anclas
clavadas
en el suelo,
pájaros mutilados
que tienen un viajero
corazón
de nube.
¡Pájaros mutilados!

TIENDA DE FANTASIA

En la enorme vitrina de mis recuerdos tengo
todo un tramo repleto
de relojes
parados;
relojes sin agujas para marcar el tiempo,
sino llenos de sombras
y sonrisas
ausentes...
Un retrato de Gog con la barba crecida;
un girasol; un chiclets;
una esperanza muerta;
una postal de Niza y un calendario azteca.
La epidermis de Tauro con palabras escritas;
una ilusión de trapo y un par de medias rotas;
un alfabeto escita;
un automóvil persa y un verde perro etrusco
que le ladra a la luna,
como todos los perros que saben ser poetas.
En la enorme vitrina de mis recuerdos tengo
muchas cosas oscuras
como noche
sin cielo...
Por ejemplo, yo tengo:
una rosa de trinos y un paisaje de vientos;
un zurrón de quimeras lleno todo por dentro
de besos arrugados
como momias
egipcias;
un nido de gardenias
con músicas
de abejas;
una corbata vieja;
una crisma perfecta de un niño sin infancia
escondida en el fondo

de una oscura
botella;
un par de garabatos con tatuajes de sombras
sordo ya del silencio horrible de los pozos,
mohoso por la herrumbre
de todas
las estrellas;
una luna de cuentos; una luna que tiene
blandos labios de rosas
para decir
canciones;
un dado con tres doces;
un caracol marino
forjado con la aurora
salobre
de las conchas
y una pluma de fuente para escribir pasquines
al ángel de la brisa
que se come
las hojas...
Yo tengo muchas cosas: Un cielo estremecido;
una herida de versos que sangra noche y día
más allá de la carne de la palabra alondra;
un alba deslumbrada;
una campana enorme
que sueña
entre la niebla;
un florero de peces que saturan el aire;
una voz tan pesada
que parece
de piedra,
una cajita enana,
llena
de primaveras...
Yo tengo muchas cosas;
yo tengo
muchas cosas...

MANUEL CABRAL

(1912)

Durante algún tiempo, Manuel Cabral fué el Benjamín de la poesía dominicana y se hizo acreedor a la esperanza de muchos, porque su sentido poético y su juventud parecían anunciar en él al poeta en busca de *su* poesía para llegar a *la* poesía. Muchas influencias, marcadísimas, le restaban a sus versos la originalidad, pero, denunciaban la condición asimiladora de un filtro consciente, por decirlo así. Se dió a conocer publicando "12 Poemas Negros", y, a seguidas, publicó un pequeño tomo de "versos antiguos", donde Rubén Darío, Julio Herrera Reissig y López Velarde se iban dando la mano en íntimo concierto, pero en el cual apuntaba una recia inquietud que derivaba, por el cauce del *postumismo*, hacia la total liberación del poeta. ¿Le preocupaban a él, en verdad, aquellos morbos literarios con los que jugaba al arcoiris, deliciosamente? Su producción posterior no lo ha definido. Su bello lirismo inicial continúa. Su armonioso desequilibrio le permite, todavía, iniciar diversos rumbos y darnos, en modos nuevos, una encantadora poesía lírica que se adorna de cintajos socialistas, como para una fiesta, o se endominga de pan-americanismo y augura el triunfo de América.

Obras poéticas: *12 Poemas Negros* (1935)

Pilón (1936)

8 Gritos (1937)

Biografía de un silencio (1940)

A CONCHO PRIMO

Bajo tu potro es un juguete el llano,
bajo tu potro tan dominicano
que le sirve de espuela la corneta
y vuela más que la guinea inquieta
que en las plumas se pinta municiones
para robarle el blanco a la escopeta.
Mucho más me penetras y perduras
cuando desgranas tus aventuras
ante el espanto de la llanera
que puso al cuello de los soldados
el amuleto como trinchera.
Qué bien recuerdo tu apretón lejano:
un corazón se te volvió la mano!
Se me quedó tu azúcar en la hiel,
como a los negros cuando cortan cañas
que se les queda en el machete, miel.
Y se agiganta mucho más tu historia
en la alcancía de mi memoria,
loro de los refranes, triunfo de las mujeres,
cuando volando las cabalgaduras,
eran sobre las lomas y las llanuras
un tiroteo los amaneceres.
Hoy lo que rueda, Vale Concho, es rueda;
asoma la vitrina en las vitrinas
de los ojazos de las campesinas,
y bajo la sotana o la moneda
su flor a la santica se le queda.
Mira una cruz como se pierde al vuelo:
enredada en la hélice
se va la carretera por el cielo.
Mas hoy, compadre Concho, también se va tu llano,
—míralo en el bolsillo del norteamericano—.

A C O R D E O N

Novela del corazón
 cuando las manos te aprietan.
 —Acordeón,
 por tu sendero:
 el azul,
 ancho como los vientos.
 Viajeros blancos los negros
 por tu paisaje sin tierra.

A C U A R E L A

Fresca y repleta de cañas
 la mañanita de miel
 siente frío y se acurruca
 en las pupilas del buey.
 La carreta con su paso
 matinal y paulatino
 rechinando despertaba
 los guijarros del camino.
 Regala campos de azúcar
 el oro de la mañana.
 El humo asciende lo mismo
 que la oración aldeana.

JUGUETE PARA LOS OJOS

La señorita
 ya está desnuda.
 El viento:
 pregón de sus muslos blancos
 le da a la nariz la nueva...
 Se está bañando
 la señorita.
 Con la noche en miniatura
 recién nacida entre muslos

en el agua de los ojos
de los varones
se está bañando también.
El río
se queda limpio,
(las señoritas
no ensucian el río
cuando se bañan).
Sus manos bajo las aguas:
¡oh pulpos color de rosa!
La señorita
ya está vestida.
En el agua
de los ojos
de los varones...
se está bañando
desnuda...

LA CALLE DEL TERRUÑO

En la puerta se queja una guitarra.
La calle es una historia que camina.
Mientras queriendo comentar, amarra
la luna su barquita en una esquina.
Se bebían los guapos el país:
iba de boca en boca la botella
como la boca de la meretriz.
En la puerta la emoción
desgranaba esta canción:
mañana vendré por tí,
y si no quieres venir,
lo mismo que a la moneda
te habrá de pasar a tí:
de mano en mano rodando
llegarás después a mí.
Saltó un puñal y se clavó en la voz,

y a poco tiempo el cancionero estaba
 caminito hacia Dios...
 Trasnochadora como las estrellas,
 bodeguita más joven que el destino:
 tienes aprisionada en tus botellas
 la tragedia del barrio y del camino.

M I C A N C I O N

Mi canción, mi canción que ni siquiera
 ha podido anunciarse a mi sentido.
 Semilla que en el surco humedecido
 a golpe de emoción crecer espera.
 Lo que apenas mi yo no comprendiera,
 y que a fuerza de blanco he presentado:
 será para mi azul recién nacido
 de viento nuevo y honda primavera.
 Mi palabra se asoma a la mañana,
 como cara curiosa a una ventana
 que se mancha de pájaros al vuelo.
 Y tendrá mi interior algo de espejo,
 a manera del lago, que, perplejo,
 no pudiendo volar se roba el cielo.

M U L A T A

Por el camino del acordeón
 te ví meterte sin pasaporte
 en el chico país del corazón.
 A ratos
 machacas rumbas con tus zapatos,
 y tu cadera
 que padece una vieja borrachera,
 y tu aliento
 que a veces quema hasta el fular del viento,
 saben a la locura de tu barro mezclado
 de mula tropical, de sol quemado.

Mulata que te hicieron de la noche y del día,
en el café con leche
bebo tu carne de fantasía.
Tabaco para hacerlo picadura
con el cuchillo de la dentadura:
tu talle
que le roba los ojos a la calle.
Sobre las marejadas de la hamaca
meces tu carcajada de maraca,
igual que la oleada tentadora
de tu piel hecha en cuero de tambora.
Alma de raspadura y piel de ají,
quema y endulza tu mordedura.
Voy a decir que te metiste en mí
como si fueras una calentura.

PIEDRA Y SOL

Los haitianos pican sobre la llanura,
tienen en sus picos enredado el sol.
Sobre el azabache de su piel lampiña
lloran sus espaldas gotas de charol.
Hacen reverencias paulatinamente
al compás del pico y a la voz del son.
Y como un teclado de retintas teclas
riman enfilados su brutal canción.
Sobre la blancura de la carretera
los haitianos pican bajo un sol de ron.
Las piedras chispean, y al chispear parece
que los negros rompen pedazos del sol.

SINFONIA NEGRA

Danzan los cocolos bajo los cicales,
y su danza evoca monos de Ceilán.
Carcajadas blancas rompen la armonía
de sus tenebrosas carnes de alquitrán.

Nórticos turistas riendo los contemplan;
 piel color de rosa trópico quemó;
 pipas newyorquinas, tufo de cerveza;
 se tragó la kodak los Papá-bocó.
 Bulle en las haitianas plática de loros,
 viendo como danzan hombres de alquitrán
 y entre sus corpiños tiemblan cocos negros
 que los haitianitos chupan con afán.

TIERRA FAMILIAR

Tierra,
 tengo en la brisa los ojos,
 para llevarte por ellos
 más allá del alfabeto.
 Ancha de asombro y simple de horizonte,
 te recogí en mis manos
 fatigadas de alba,
 para romperte como la madrugada
 que revienta en los picos de los gallos.
 Tierra-carne!
 te fumaban
 diplomáticos de seda,
 y te ví en la neblina de sus pipas
 como entre la neblina de sus frases.
 (Tienen
 educación francesa tus ciclones
 ante los vientos del norte).
 Desnuda como el instinto
 recién crecido en tus dientes,
 gritaste
 con la voz cimarrona de los negros
 bobos de cielo.
 Y,
 desde tu miniatura de bohío,
 se espigaba
 tu viento,

bajo un cielo sin tiempo
 limpio como las casas de mis manos.
 Tierra clara,
 chica de mapa y alta de palabras.
 Yo desenredo el trompo de tu vida
 que se me dió en el sueño de la almohada,
 manso como los ojos de los niños,
 triste como la risa de los negros.

TIERRA NUEVA

Tierra:
 tu cansancio,
 es el mismo cansancio de la mujer encinta.
 Tierra:
 tu ventana, de par en par,
 hoy está del tamaño del cielo.
 Tus semillas son anchas como músicas grandes;
 y tu carne ha tomado la estatura de un grito.
 Tiene tu barro ahora como ademán de torre,
 de torre siempre abierta como el sueño del viento.
 Llega un soplo de horas que quieren
 preñar las alondras;
 un soplo que llega lo mismo
 que un pedazo de alba que se riega en el mar.
 El hombre te espera, tierra nueva,
 pan para todas las hambres.
 Igual que el instinto que alumbró los tiempos
 que ha tiempo no vieron los mudos del tiempo,
 la palabra **camino** te alarga
 sin el grito magnate que aprieta silencios humildes,
 silencios que aguardan porque tienen,
 aún en la sombra,
 la sombra cargada de rutas.
 La mañana del hombre,
 ya se estrena en las voces de los madrugadores;
 la mañana que viene
 sobre carretas pobres,

carretas que traen de lejos su catedral de fatiga.
No es la América mansa,
la del viento camello de las seis de la tarde
suave como la muerte del cabello del indio;
es la América-ovario presente y futuro.
Alientos comunes
siente la arcilla,
siente que todos los dedos la mueven y ensanchan,
los dedos que a fuerza de hambre
sintieron el crimen... y no lo complacieron.
Bajo el cielo de ahora
la calle antigua acaba de nacer.
Hierve el aire,
la canción de la urbe lo quema.
Machos color de sueño,
con la sonrisa joven y el sudor de cien años,
le arrancan a la tierra
las viejas cabezas,
las viejas raíces del barro
que sólo abonaba la sombra.
Desde las azoteas del paisaje reciente,
nubes nuevas (alumnas de la brisa moderna)
lavan el horizonte.
Saquearon la esperanza los obreros,
los obreros
que traen en los filos de picos y hachas
el oro democrático de los amaneceres.
Y romperán las puertas
tus palabras.
Ya lo dijo tu vuelo sin la escuela del tiempo;
ya lo dijo tu aliento perfumado de altura.
América:
epidemia de voces,
como la yerba terca por todos los caminos.
En tanto,
ya eriza el aire
la aurora de las manos.

PEDRO MARIA CRUZ

(1912)

Decididamente lírico desenvuelve su pensamiento poético en versos llenos de modernidad, con imágenes raras y percepciones ultrasensibles, muchas veces saturadas de obsesionantes impresiones de azul. Pertenece a la hornada nueva. A ratos, se siente un soplo nerudiano en sus bellos versos.

No ha publicado libros.

LLANTO POR LA HERMANITA QUE
MURIO A LOS CATORCE AÑOS

Lo mismo.

Siempre lo mismo:

La muerte de tu vida

que la vida de tu muerte,

tus catorce años de alba

que tu alba enterrada a los catorce.

Lo mismo.

Desesperadamente lo mismo.

Tener tus párpados enterrados

que abrirte en el tiempo mis párpados.

Lo mismo.

Pero, yo puedo proseguir que es lo mismo?

Bien sé que tu desvalidez me hundía

y que un propósito fiel es tu aposento

que aún tiene tu constancia simple
 y donde tu amiga te arregló las dalias!
 Catorce años tengo
 porque si tengo veintiocho
 los otros catorce están en tu entierro.
 Resúmete en mis cosas
 y hasta en lo torvo de todas las cosas,
 que yo rasgaré la sombra de unas alas
 para que ni siquiera en la muerte
 te oprima el roce de una sombra!...

POEMA DEL ENTUSIASMO TRISTE

Perdóname por tenerte
 tanto en mí
 sin tí.
 Perdóname esta fe
 como tu desconfianza yo te perdono.
 De tí vienes tú.
 Lejana, tan a mi lado!
 Tengo tantas cosas
 y eres lo único que tengo.
 Sin tí, de tí dueño.
 Sin tí, a tí te quiero.
 Ganas me dan de romper con ésto,
 de pies frente al muro de tu prejuicio cándido.
 Pero es mío este largo sollozo
 y todos los caminos me son tu sendero.
 Siento tu ternura invadir esta angustia,
 esta ansiedad, este gesto que cae sobre mi vida,
 pero ignóralo ahora que lo estás sabiendo.
 Sin volver a tí esta ida es retorno.
 Perdóname haber sido tantas veces esta herida,
 que ya cicatrizará con su arrullo el olvido!

SIGNO MELANCOLICO

Para tí mis ensueños machaqué con luceros
y me fuí con los besos que flechaban tus albas
y tus ojos conmigo derrotaban la sombra.
Qué derrumbe de astros me causó la quimera!
Yo te quise tan pulcro que te habló mi silencio
y tan leve te tuve, que yo mismo interrogo
si estuviste a mi lado o yo cerca de un lirio.
Seré siempre mi canto para todas tus cosas
pero tan dulcemente que me quede en el canto,
con lo azul en lo azul y la risa en los árboles.
Que bendigo la vida a pesar de tu vida
que envenena esta otra que se rompe en el pino
y el puñal perfumado de este olvido sereno
con tus crímenes todos que se vuelven fragancia.

VOCES MUDAS

Qué paz tan honda la de esta tarde bendita!
Yo sé que el silencio tiene sus canciones serenas
y que la armonía es aquella que no encontró mi palabra.
Hoy tendré que morirme en la paz de tu frente violeta
y en la mansedumbre triste de tus manos ducales
que llevaron su sándalo al pudor de una estrella.
Ya ves que los árboles cantan en la paz del sendero
y que el río se da manso como un tímido enfermo.
Quisiera seguir tus huellas como bajo sueño de siglos,
por la cumbre y el valle que se besan de lejos.
Dónde estás? El valle te anuncia con su brisa tempranera,
mientras un gallo estrangula en la sombra, mis versos.
¡Oh valle que me diste el dolor de tus tierras,
el poema del musgo y la canción de la yerba!
Amada, ven. ¿Y por qué vienes tan pensativa, tan pálida?
Yo te amaré tan castamente que no te diré mis palabras.
Seremos como dos piedras que contengan dos almas...
¡Oh el amor más grande, el que arde o perfuma,
el que fué hecho de estrella para animar las estatuas!

TOMAS MOREL

(1913)

Cultiva preferentemente lo criollo en poemas campesinos escritos con el habla popular, dialectal casi, del Cibao. Por esto, su poesía está circunscrita a los límites nacionales y hasta a los regionalistas. Representa, en la poesía, el mismo movimiento de dominicanidad que su hermano Yoryi, gran pintor, expresa en sus cuadros y que por un instante pareció ser la más acertada, si nó la única, expresión dominicanista, según proclamaban algunos sobresalientes escritores jóvenes desde el cuento y la novela.

Obras poéticas: *Del llano y de la loma.*

A C O R D E O N

El acordeón,
cuando lo cuelgan en la tramería
de la pulpería,
parece un juguete
que pierde su policromía...
Y, sin embargo,
se vuelve alegría
cuando llega Mon a la pulpería.
Lo traen del otro lado de los mares
y parece de aquí el acordeón.
Sólo que cuando viene por radio
no suena como cuando lo toca Vale Món.

CON VIEJAS CUENTAS

El negro canta
y hay una mano como que saca
de su garganta
notas de hiel...
Y en su mirada mansa de vaca
a cada paso se le atrabancan
los grandes ojos de su mujer.
Frente a la paila de la mulata
con quien el pobre su tiempo mata,
entre los cuentos y el buen café,
el negro blanco de Monte Adentro
ayer me dijo de su querer
que se le fué:
Negra que baile como ninguna
allá en la fiesta de Navidá
Paciente y güena comuna
luna
de la que salen de madrugá!
La negra aquella de quién me hablaba
es una negra de "Los Sirises",
por quien la cara, el Vale Pancho,
la tiene llena de cicatrices.
Y el pobre negro ya nunca puede
aquel camino "voivé" a pasar
porque lo espera el Vale Pancho
con viejas cuentas que hay que arreglar.

FRAMBOYAN

"Arrea, jaragana, arrea
pa vei si llegamo con la frequesita de la madrugá!"
Y por el camino
van los campesinos
rompiendo el silencio de la oscuridad.

Cuentos de fantasmas y de aparecidos
salen de la boca del Vale Julián,
y se entera el niño de que a la muchacha
la codicia el diablo desde el framboyán.

SI NO FUERA POR TAITA

Yo no tengo derecho a quejaime,
si me hubiera llevao
dei consejo e máma,
no me hubiera pasao...
Quise dejai mi rancho, mi bojío, mi amoi
y toa mi pobresa,
pa vení pa este pueblo
a pasai trabajo rompiéndome la cabeza.
Máma me desía,
cuando yo e'nei bojío a to le jablaba
de venime pa'ca...
"No te vaya pai pueblo,
no te vaya pa'llá,
que lo pueblita son malo.
Y la mujei que tá sola,
solo jase caballá".
Y taita me aguaitaba
y dipué me coitaba lo'sojo.
Jata quiún día, jué peidiendo la coloi
y la pasensia... y me dijo:
"Ponte tu traje rojo
pa que te laigue diaquí,
que tu no jase feita pa ná,
¡pa naíta!
Jalo pronto, si no quié
que lo oidene a la mujei
que te saque a tabaná.
Láigate de prontico y no lo repita má...
Y puaquí no te me arrime
cuando un pueblita te jaga una desgrasiá"...

Taita me lo desía...
Y dipué toa eta gente
disen que lo campuno no sabemo ná.
Ete pueblote grande jué la desgrasia mía.
Ei día que lo ví, ¡Jesú! la calle Soi
jué mi peidisión...
Me acoidé de mi gente,
dei conuco, dei rancho, ¡jata de mi bojío!
y lo peói de tó, jué que u'nombre tallao
se vino derechito y se me puso ai lao
con su palabrerío,
hecho ei fresco, como si yo lo hubiera autorisao.
Y me peidí de amoi.
Me quedé alelaita
oyendo como jablaba aquei ombre pueblita.
Ay, así e, veidá son.
Máma me lo desía. Taita tenía rasón.
No nasí pa sei mala,
pero una mujei si'nonra no sirve pa ná.
Si no viviera e'nei pueblo
fuera una mujei honrá!
Me da pena pensai en mi campo.
Ei probe Miguei debe tai agora
mesiéndose en la hamaca y pensando
lo que yo jago pua'cá...
¡Si supiera que yo na baigo ná!
Ei conuco, ei bojío y e'lamoisito aquéi
me dan gana e voivei.
¡Pero taita!
Si no juera por taita yo voiviera pa'allá.

GLADIO HIDALGO

(1912 - 1937)

No pudo llegar a definirse. Pero en su corta producción se advierte el poeta en procura de una poesía personal, hija de una extraña fusión de Herrera Reissig y Rubén Darío.

Obras poéticas: *Los nocturnos del acaso* (1937)

COMPañERA

Huerto de sacrificios que perfuma mi vida:
derramas en mis noches tus abriles en flor,
y gozas el instante de saberte perdida
por mis negros caminos de trajín y dolor.

Deparaste tus playas a mi barco suicida
porque tienes la luz de un faro salvador,
y así fué como el barco retornó en su partida
del puerto de los Vicios al puerto del Amor.

Es justo que se sigan mis pasos y tus huellas,
así será mi vida, dentro de tu crisol,
un alcázar de sombras en un jardín de estrellas...

Y un día, por el triunfo de tu ideal fecundo,
yo venceré a la Muerte, y en el puerto del Sol
perseguiré el milagro de regalarte un mundo...!

EL HOSPEDAJE

En sombras de ignorancia, duerme la audacia.
Los eternos fantasmas de la desgracia
se ocultan tras la risa de sus caretas...
Y un bullicio de radios, vuela a la loca
entre menesterosos y alma de roca,
sobre la muchedumbre de mil casetas.

Oh, casetas hijastras del Improviso,
de cal embadurnadas, de negro piso
cuyo interior trasciende a laceria y yodo,
donde el hado Refugio tiembla de frío,
se muere la Vergüenza, reina el Hastío,
se despereza el Hombre y bosteza el Lodo!...

Revuela el oro alado de las abejas.
Por entre los fangales de las callejas
cruzan las carretillas con sus farolas,
y bajo la techumbre de los aleros
duerme una fosca banda de pordioseros
y la Suerte y el Sino charlan a solas...

Como a un oasis llega la caravana
que anhela las caricias de la mañana.
Persiguiendo la pista de las pastoras,
bajo anticuada veste, ronda el labriego;
y avivan sus doradas muecas de fuego
y sus cabellos de humo: las "humeadoras".

Se abren las ricas pilas al sucio suelo
por donde entre las cargas, cruza el pilluelo
con ojillos de astucia y gestos de charro,
mientras un negro corro de campesinos
refiere los asaltos de los caminos
fumando sus negruscas pipas de barro.

Suenan tras la enramada las rudas coces
entre un disperso coro de escasas voces,
y sobre el rubio junco de las esteras
al nocturno bochorno de las arcadas,

duermen las campesinas, abandonadas,
y ruedan los infantes de las **cualquieras...**

La implacable Miseria se alza en su trono
sobre los pedestales del abandono.
Mercurio hace codicia de sus aletas,
y la canción del oro se torna muda
hasta que la silente fortuna acuda
cerca de las esteras y las mesetas.

Cesaron las canturias de los voceros.
Ante los mostradores de los tenderos
sube azul de tabaco y olor a alcohol,
y en medio de la turba de las gitanas
presta al sortilegio de albas mundanas,
creando paradojas, charla Sampol.

La luz de las ampollas, en charcos, erra.
Sobre la podredumbre de negra tierra,
bajo inmisericorde toldo de cielo,
divagan los pollinos aparejados
junto a los hortelanos, que amontonados
dormitan sobre frutos del patrio suelo.

Indiferente al tizne del recipiente
sahumó el rubí de brasas, el agua hirviente
que aguardan, cenicientos, los coladores,
para tornar el áureo café caliente
en sorbo que amenice la incoherente
charla de los cuentistas trasnochadores.

Al par de los relatos de las triviales
historias picarescas, sentimentales
revuelan los preludios de las guitarras
con las rojas luciérnagas de los braseros,
y el punto de partida de los troveros
ameniza el concierto de las cigarras.

Olor a viñas muertas vaga a distancia.
El vaho de las aves, con la fragancia
de los racimos huéspedes de los rincones
mézclanse mientras vibran en los sitiales

los acres alaridos de los timbales
y harto se desperezan los acordeones.

La luna irguió sus oros plenilunares.
Al eco sonoro de los cantares,
humedecido y fétido, sueña el establo,
en tanto que se yerguen como panteras
las belicosas turbas de las rameras
torvas como Lujuria: la hija del Diablo.

LA PROMESA A LA MADRE

Tú lo comprenderás... ¡pero muy tarde!
cuando mi escasa juventud, rendida,
sea, tan sólo, la nube de un alarde,
bajo el azul del cielo de tu vida.

Esta inutilidad que en mí vislumbras
es un clarín de alerta entre barrancas,
porque adoro el silencio y las penumbras,
los días negros... y las noches blancas.

Nada me importa la existencia enferma
desta Villa Esmeralda que irrisoria,
tragó miserias, y, a la luz de esperma,
nubló mi cuarto y se perdió en mi historia.

He sufrido, al azar, las decepciones
que aniquilan el ansia de ser bueno,
porque virtud sin oro ni blasones...
maldito el lirio que surgió del cieno!

Pero yo he de llegar... tal como el río
que las heridas de un desierto estaña;
sin estos ímpetus de mar bravío
que toca cielo si se alzó montaña.

Sé que juzgas pueril esta agonía
de arte sin luz y soledad pagana
que florece en los cardos de mi vía...
Tú lo comprenderás... ¡Pero mañana!

P E R O . . .

Pero...
sabe

que aún me resta la llave de oro
de ese cofre de púrpura y sándalo
donde el frágil rubí de tu esencia
celosa guardaste,
hasta que una mañana esplendente
se abrió el templo del sol de tu alma:
—mi salmodia era un trágico rezo,
tu dolor: un sublime incensario—
y murieron al culto de Venus
tu olvidado candor y mis ansias...!
Desde entonces
tu vida es un ánfora,
pero un ánfora rota
que conserva el blancor de la esmalta
y que puede ser tiesto de alcoba;
pero joya...? tan sólo en mi alcázar...

SONETO JUDIO

En el amanecer lleno de torbellinos,
la cálida y polvosa sabana es un desierto,
el grupo de casetas: un oasis incierto,
y la hileras de bueyes, asnos y campesinos
es una caravana de estúpidos que pasa
con rumbo a los infiernos.

En lo llano a lo lejos
finge arder una hoguera do bailan cien diablejos.
El viejo Sol asoma su pupila de brasa,
temblando por las cimas de un picacho azuloso,
como un pillo que acecha desde el borde de un foso.
Y el venerable cura de la ermita católica,
dirigiendo a la iglesia su acelerado paso,
parece con sus faldas un chistoso payaso

que intenta hacer piruetas en la escena bucólica.
En tanto el Sol, poeta, se ríe del labriego,
y de todo burgués de trajín afanoso,
mientras sube y resbala por su cuesta de fuego,
cual lumbrera que salva las tinieblas del foso...

TU ANTOJO

Tu antojo ha perfumado mi vida sin fortuna,
y hoy mi verso es el pájaro que viola tus linderos
porque eres el jardín bajo el claro de luna:
llenas de claridades los senderos...!

Por llegar a tu huerta florecida
donde fueran mis versos: tus mirlos prisioneros,
quién pudiera llegar hasta tu vida
por un azul camino de luceros!

HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL

(1912)

Con el advenimiento de Héctor Inchaústegui Cabral, la poesía dominicana encauza sus inquietudes en un sentido universalista y social. Ya no es la mujer ni el amor lo que hace pulsar los plectros, sino el hombre, el hombre frente al paisaje, el hombre de vivir y de penar, y su pensamiento. La poesía, que hasta entonces era una cantinela, —con las ligeras excepciones mencionadas—, deviene rugido, imprecación, enjuiciamiento y no es simple halago verbal, ni espejo, sino denuncia y esperanza. Sin duda, la transformación no hubiera sido posible sin el *postumismo*, que es el punto de arranque de la intención humana en nuestra literatura. Pero, las preocupaciones, por decirlo así, varían. En un caso, el de D. Moreno Jiménez, el impulso es místico, contrariamente a lo que mueve la observación psicológica de Héctor Inchaústegui Cabral hacia un patriotismo sin patrioterías.

Su poesía tiene sabor bíblico, como en Walt Whitman, pero no está saturada de la alegría pánica de éste, más bien conlleva un irónico pesimismo, a lo T. S. Elliot, aunque no recuerda la poesía de uno ni de otro. Está inspirada en el hombre como ser social, sin desentenderlo, sin embargo, de su remoto origen divino. Es una poesía dura, agria, seca. Un monólogo constante dirigido por cuanto rodea al poeta, sea montaña, pájaro, carroña, ensueño, incompreensión, desaliento, río, pueblo, nube...

Obras poéticas: *Poemas de una sola angustia* (1939)
Rumbo a la otra vigilia (1940)
En soledad de amor herido (1943)

CANCION SUAVE A LOS BURROS DE MI PUEBLO

Asno de San José y del carbonero,
triste vehículo que liga al pobre diablo
y al ricachón ufano,
que llevas todas las mañanas trotandito
el agrio sudor del campesino
tornado frutas olorosas,
parda yuca, verde plátano,
pepino del silvestre
y la hoja gentil y complicada
de los cilantros grandes y pequeños.

Si la preñada está en el mes,
que vaya en burro;
que el viejo puede dar un paso apenas
porque la tierra ya lo está llamando,
que monte el burro;
que el muchacho es harto chico
para llevar la leche al pueblo,
que vaya en burro, pues...
Asno de San José y del fullero rural,
del acordeonista y del maestro
que hace treinta años peina canas;
asno que traes el agua,
que llevas la santa medicina,
asno de infancia triste y corta
cuya vejez es larga
y mucho más triste todavía...

De pequeño, dulces ojos ingenuos,
pelo largo, mansedumbre,
y un amor sin nombre
hacia las flacas sombras de las bayahondas...
Después, orejas largas y caídas,
muertas como dos cáscaras inútiles
sobre la noble frente añubascada.

Después, el trago amargo de la larga caminata,
los excesivos pesos,

las rojas y opacas mataduras,
y muy de tarde en tarde
la blanca manecita
de un niño que acaricia lentamente
los doloridos belfos
en donde ya la espina
no halla en donde clavar
su única garra.

Después, la ancha sabana,
los abrojos florecidos de amarillo,
el pasto inaccesible,
las pedradas,
los insultos,
el duro hueso que va rompiendo poco a poco
el pellejo sin pelos
y mil guazábaras clavadas
en las ancas, en las patas y en los belfos...

Asno de San José y del carbonero,
triste y tarde vehículo que liga
lo rural y paupérrimo
con el alarde urbano de la aldea,
asno de infancia inútil y alegre
cuya vejez, como todas
se detiene en la puerta
abierta de par en par
del otro mundo.

CANTO TRISTE A LA PATRIA BIEN AMADA

Patria...
y en la amplia bandeja del recuerdo,
dos o tres casi ciudades,
luego,
un paisaje movedizo,
visto desde un auto veloz:
empalizadas bajas y altos matorrales,
las casas agobiadas por el peso de los años y la miseria,

la triste sonrisa de las flores
que salpican de vivos carmesíes
las diminutas sendas.

...una mujer que va arrastrando su fecundidad tremenda,
un hombre que exprime paciente su inutilidad,
los asnos y los mulos,
miserable coloquio del hueso y el pellejo;
las aves de corral son pluma y canto apenas,
el sembrado sombra,
lo demás es ruina...

Patria

es mi corazón un acerico
en donde el recuerdo va dejando
lanzas de bien aguzadas puntas
que una vez clavadas temblorosas quedarán
por los siglos de los siglos.

Patria,

sin ríos,
los treinta mil que vió Las Casas
están naciendo de mi corazón...

Patria,

jaula de bambúes
para un pájaro mudo que no tiene alas,

Patria,

palabra hueca y torpe
para mí, mientras los hombres
miren con desprecio los pies sucios y arrugados,
y maldigan las proles largas,
y en cada cruce de caminos claven una bandera
para lucir sus colores nada más...

Mientras el hombre tenga que arrastrar

enfermedad y hambre,

y sus hijos se esparzan por el mundo

como insectos dañinos,

y rueden por montañas y sabanas,

extraños en su tierra,

no deberá haber sosiego,

ni deberá haber paz,
ni es sagrado el ocio,
y que sea la hartura castigada...

Mientras haya promiscuidad en el triste aposento
campesino

y sólo se coma por las noches,
a todo buen dominicano hay que cortarle los párpados
y llevarle por extraviadas sendas,
por los ranchos,
por las cuevas infectas
y por las fiestas malditas de los hombres...

Patria...

y en la amplia bandeja del recuerdo,
dos o tres casi ciudades,
luego,
un paisaje movedizo,
visto desde un auto veloz:
empalizadas bajas y altos matorrales...

DADNOS DEL AGUA QUE HAY EN LA TIERRA

Acorralado entre el mar,
—que cruzan aburridos escualos
y los postreros manatíes—
y las montañas verdiazules,
está el pueblo:
gris de techos de canas,
blanco de nostalgias,
amarillo de sordos temores...

Por oriente, entre las cañas bravas,
a la orilla de un río sin nombre,
los honderos del viento alerta están...
Por occidente se levantan los cayucos
y por el sur la deplorable ofrenda del sembrado...

Por el norte la montaña
a cuyas faldas,
cansado, derrotado de una vez para siempre,

duerme su sueño de hueso mondo
el pueblo.

Y la tragedia del agua,
de no haberla,
por todas partes levanta su cara de cartón,
pintada con lúgubres almagras.

Por las noches, con su pata de palo a rastras,
y con su estómago lleno de menudas piedras
sonando, sonando, sonando,
va llamando a las puertas de las casas,
y con sus uñas de azufre
va raspando la cal que cubre los tabiques
y tostando el pelo de los lomos de los chivos...

La tragedia del agua,
de no haberla,
que tiene por cabellos flecos de una escoba destrozada,
se encamina con su agrio pincel
por las habitaciones desoladas
y en los párpados de las personas dormidas
va trazando un círculo morado que corroe
cual si fuese de un ácido fuerte.

En la sombra de los troncos retorcidos,
acezan las gallinas,
desencantadas, sucias y pelonas...

Nadie lo dijo,
se supo como las malas noticias:
por las caras de los hombres,
por la arruga habladora de la frente,
por el brillo de los ojos,
por la forma de cerrar las manos
y cortarse las uñas con los dientes descansados...

II

Dentro de negras botas lustrosas,
frente a cálculos y a planos:
el ingeniero, su ayudante y tres mirones,

lápices, compases, cartabones,
 y en ninguna parte,
 pero en todas presente,
 la tragedia del agua,
 de no haberla,
 con su cara de cartón
 pintada con lúgubres almagras verdes y amarillas...

¿Dónde está la Polar?

El teodolito alzó su tuerto ojo
 y giraron tornillos y papeles,
 pero estaba nublado sobre la montaña,
 y la Polar no apareció...

Más notas, más cálculos, mejores sueldos,
 un rumor más apetitoso en los calderos,
 y la montaña de los planos ascendiendo...

Sí, se supo como las malas noticias,
 por la forma en que las viejas cerraron las puertas,
 por el color del viento que rodea
 a los hombres que conversan,
 por el modo de posarse de los pájaros pequeños
 en las ramas peladas, secas, desahuciadas...

—Figúrese usted, el río se pierde
 en filtraciones...

¿Qué morirán los camarones?

Los camarones no importan...

¿Qué tendrán que andar más las lavanderas?

Pues hablarán menos, amigo mío...

—Se cubrirá de piedras chatas
 un cauce nuevo, artificial,
 previamente trazado en papeles azules;
 el otro río,
 que es flaco y triste y sólo sabe una canción,
 se morirá,
 como mueren las chicharras en invierno,
 como mueren los papeles
 en los archivos en donde ninguna mano
 busca entretención...

El viejo río,
que es siempre joven,
será un largo cascajal,
habrá mucha arsenical "túa-túa",
los "flaires" piarán más tristemente,
pero no importe,
un nuevo cauce estrenará las aguas viejas,
tan pocas y tan claras...

III

La voz del clarín parte en dos el viento,
el sonido del cuerno lo reduce a una masa liviana
que se pega de la tierra,
pero el grito del hombre llena el aire
de insensatas flores rojas,
grandes y húmedas como cayenas...

Si ese grito no se oyese,
la brisa se llenaría de mansas violetas idiotas,
de torpes azucenas de blanda caña
que se tuerce púdica cuando se la mira...

¡Oh! la voz del clarín parte en dos el aire
y si contesta el eco desde la montaña
vuelve a soldarse y sólo es posible entonces
echarse a pensar,
y aunque no haya pensamientos
y la mente se revuelque en bien aromados
valles nebulosos,
no pensará concretamente en nada...

IV

Los hombres, las mujeres, los niños,
el alegre burro chico
y los grandes burros destrozados
de hambre y por espinas,
se entregaron...

Al trabajo...

y por los caminos de las lomas,
entre verdes oscuros y aguazales,
y por los caminos del llano,
bajo un sol de azufre y bayahondas,
llegó la gente, requirió los picos y las palas,
y se enfrentó a la tierra que enseñaba
los agrios colmillos de las piedras...

Por las noches, junto a la hoguera muerta,
bajo el techo roto, cerca de pingajos grises,
se engendró el hijo y se cantó,
al compás del güiro y de la guitarra,
el canto triste de las tierras secas...

Y otra vez el día y otra vez la tierra
mostrando sus duros colmillos de testaruda sílice,
y otra vez el medio día,
y el condumio pobre,
y la faena larga...

Era un pueblo, es decir:
el hombre y sus enseres,
era un pueblo: con sus burros,
sus penas, sus chismes, sus trajes rotos,
reforzado por una tenaz excavadora...

Y el nuevo cauce se fué abriendo,
poco a poco,
y como huella del trabajo:
algo de sangre,
entre los espinos, un trozo de tela avejentada,
quizás un montoncito de pelos,
entre unas piedras, una lata abollada,
quizás los restos de una carta de amor,
quizás la vida...

Ni la montaña, ni el sol, ni el hambre,
pudieron detenerlo, era un pueblo con sed
que cree en el agua, que en sus sueños sólo ve
tardes nubladas,
azules caminos de hielo,

frutales que dan vasijas grandes
llenas de agua de limón helada.

Ni la montaña, ni el error técnico,
ni la suma equivocada pudieron detenerlo,
era un pueblo con los codos negros,
y las costillas cubiertas nada más que de pellejos,
un pueblo de ojos brillantes
y de insensato optimismo. . .

Todos, todos, el pulpero y el chulo,
el melancólico oficinista y el vendedor de frío-frío,
el que vende leche en carretilla,
el que pide los tickets a la entrada del cinema,
el que vende carne, el que lustra botas,
el que sólo vaga y el que siempre sueña,
el boticario ladino, el que vive de la tierra agena
y los que viven de la tierra suya. . .
todos dieron gotas de sudor
o dólares sonoros,
para que el río se mudara de calle,
eso sí, a una calle nueva con piso de piedra y cal y sangre...

V

¿Y después?

¡Oh! no se lo contéis a nadie,
ni a vuestros hijos pequeños,
ni al rincón obscuro de la casa,
ni al gato ufano ni a la mecedora añeja.

Que nadie lo sepa,
esta es la consigna.

Nadie debe saberlo,
la autoridad no nace del ceño que expresamente agriamos,
ni en nuestro traje caro,
ni en nuestra boca siempre sucia de insolencias,
no, la justicia no es vara de fresno,
ni peluca vieja y empolvada,
ni blanda rama que se dobla

al peso del oro o de la envidia disfrazada
de rojinegro turpial,
ni adulación tornada mansedumbre.
No, no,
autoridad y justicia
son palabras huecas y calvas,
con largos bigotes grises,
con sonoros y mohosos apellidos.
Autoridad y justicia...
Y en el pecho me hierva la indispensable insensatez...
¿Queréis que todo os lo cuente?
Yo que he perdido mi ojos,
yo que no encontré mi voz...
¿Queréis que os diga el dolor
de los que parecen no sufrir,
y que son, al fin y al cabo,
bayahonda, cayuco o piedra gris?...
Sí, me lo pedís, con vuestra súplica asomada
en ojos hechos para ver
la tricolor revista de las modas,
los agenos defectos,
las lacras apestosas,
los ridículos sombreros de las damas,
los magestuosos coches de los ricos,
la transformación inefable de los trajes de los pobres...
Me lo pedís, quizás sin sospechar
que me pedís trozos de entraña,
que queréis que me arranque las uñas,
las orejas, los cabellos y esta lengua
que no ha dudado nunca que hablará...
Oídme, sólo voy a repetir.
Mis palabras son palabras dormidas en barrancas,
junto a ríos tranquilos y muertos,
palabras tendidas al lado de los tallos finos de las yerbas,
agotadas bajo un mango,
palabras hermanas de la hormiga,
del escarabajo y de la colilla de cigarro...

Voy solamente a repetir,
juro que no invento nada,
y que callo muchas cosas...

V I

Una mesa, un libro en blanco, dos lápices
y un hombre de deleznable humana cera.
Otro hombre, un traje limpio y roto
y una esperanza nada más.
Afuera mil hombres más, otros mil trajes rotos,
quizás un poco de hambre,
algo de sueño,
el recuerdo del hogar que se derrumba,
la herida fresca,
la enfermedad alerta,
cierta la pobreza,
y otras mil esperanzas deslucidas...
—Bien, tú trabajaste, los días no importan.
Estás pobre, estás triste... ¿Qué quieres pues?
¿Agua, para regar tus manos o tus hijos?
¿Agua, para tirarla al cielo que es lo único que tienes?
¿Agua, para lavarte esos pies y esa ropa?
Anda, vete, que venga otro más...
—¿También laboraste? ¿Prestatario?
¡Imbécil, vete!
¿Qué tienes, hambre, sueño, ganas de palos?
¡Alza de ahí!
Que venga otro...
—Señor, mis manos calladas...
mis días... mi desasosiego...
—¡Nada, vete!
—Lo que quiero es que mi sudor, el que yo dí,
me lo pagues en agua,
que me des lo que puse quitándome cariños,
que me paguen mis hijos,
que me paguen mi hambre,
y el sol de mis espaldas...

—Si nada tienes que regar, ¿porqué suplicas?
Si nada tienes, nada puedes.
Si eres pobre, lo seguirás siendo,
ni tú ni yo tenemos culpa...
Mil esperanzas muertas
ruedan por los suelos,
como las hojas amarillas que por inútiles
arranca el viento de los árboles,
mil esperanzas muertas como otros tantos
artículos de lujo
que por los siglos de los siglos quedarán
en la vitrina hosca de la necesidad...

VII

Y el pueblo vuelve a su vida miserable,
los hijos seguirán desnudos por patios y caminos,
y morirán de enfermedad y hambre.
Los hombres seguirán soñando bajo los techos podridos,
las mujeres llorarán cuando anochezca,
y las viejas, noche por noche,
se quejarán del reuma y del destino.
Las doncellas buscarán por los senderos
brazos viriles que las amarren a la tierra
con las cadenas pesadas de la maternidad...
La que ha pecado, pondrá precio a sus favores,
las que tienen marido se morirán en los rincones,
las que fueron abandonadas se apagarán
como los carbones mojados,
las que anhelan la salida de sus pechos,
vivirán como las flores humildes
que nacen al lado de las piedras.
Las que los tienen sobrados,
morderán por siempre jamás
la raíz agria de su suerte.
Las que mueran jóvenes se enterrarán en blancas cajas
de pino,

las que mueran viejas, en negros ataúdes,
 y las llorarán los hijos buenos,
 y los perros del vecindario
 y el viento en los laureles
 y el agua en el canal...

Los viejos seguirán teniendo experiencia,
 arrugas y desconfianza.

Los jóvenes se mirarán con dolor en el fondo de las
 botellas vacías,

y su corazón dará saltos alegres
 cuando la fusta del amo les acaricie el lomo
 después de la dádiva y después del insulto.

Y seguirá siendo la vida como antes,
 el río cambió de rumbo,
 pero ella es idéntica:
 dura, sarcástica, triunfal...

Por el este los honderos del viento alerta están,
 por el norte la montaña es azul,
 por el oeste: cayucos, bayahondas, piedras, guazábaras,
 espinas...

Por el sur,
 no sigáis, no sigáis, bajo la ceniza está viva la candela,
 las lágrimas no han muerto,
 y hay odio y hay rencor...
 No sigáis, no sigáis,
 bajo la sombra de los árboles se durmieron los aullidos de
 los perros
 y las maldiciones de los viejos se arrastran por el suelo
 como sierpes.

¡No pongáis ahí los pies!
 Hay un escupitajo sangriento y más allá,
 uñas cortadas y dedos resecos como raíces yertas,
 y manos que fueron amigas,
 destrozadas como pelotas de barro...
 No sigáis, la pena es amarilla
 y anda por la tierra engañando a los hombres,
 si, porque la protesta no es morir calladamente,

hay que convertirla en puñal,
 tornarla infundio,
 hay que afilarle los dientes al dolor,
 y echarle a la calle,
 a eso, a que la maten...

Hay que protestar andando desnudos,
 gritando el dolor por las plazas,
 metiendo en cada herida cabellos y embustes
 y lucirlas, cultivarlas...
 Tirar a la cara del culpable el trapo sucio,
 la venda hedionda, el hijo muerto,
 la madre sin ojos y el padre sin honra,
 sin color, casi sin sombra,
 dejado de la mano de Dios sobre la tierra...

INVITACION A LOS DE ARRIBA

Sí, a vosotros yo os invito;
 si queréis bajar,
 podéis hacerlo.

¿Qué no tenéis cuerdas,
 ni escaleras de mano,
 ni los deseos ni los impulsos necesarios?

Tanto peor para vosotros,
 para vosotros que vivís
 nada más que para la blanca superficie:
 o mantel o sábana o pañuelo,
 el fino pañuelo de hilo perfumado
 con la mentida artificial fragancia de los azahares.
 Me diréis que tengo cara de ahorcado,
 dedos de mecanografista y un gesto,
 bastante subrayado,
 de viajante de comercio que no ha echado todavía
 el pie a una mala bicicleta.

Lo veis, moscas, lo veis,
 os conformáis con el perímetro,
 el perfume y la apariencia;

os invito a bajar al centro de mi sangre
y por miopes os prestaré
lentes racionalistas
y ese sencillo y claro estado de alma
del pobre que compra,
pasado medio día,
el desayuno de los hijos hambrientos.
Si no habéis sufrido hambre todavía
y puede que sí, por culpa, es natural,
de la científica dietética—
yo os daré la clave para llegar a mi corazón:
y cuando lleguéis, gratamente asustados,
en voz muy baja, que tendrá temblores
propios de la alcoba y del jardín diréis:

Comenzaré por descreerlo todo,
por negar cuanto me dijeron que era grande;
desde la pluma del militar gorrión
hasta la pluma del escritor pagado
de sí mismo y con oros ensangrentados e inícuos.

Creeré en la mansa igualdad de los hombres
y en la sencilla complejidad de las cosas pequeñas,
en el apretón de manos del amigo,
y en el cigarrillo y los fósforos prestos
a ser dados,
en el minúsculo miedo a las voladoras cucarachas,
y en ese sagrado temor a las mujeres
que no hablan casi y miran mucho,
enlutadas tras un silencio,
como emboscadas y tremendamente alertas,
esperando el momento propicio para saltar diciendo:
porque me compadeces eres mío...

Ya sé que he hablado de más,
pero soy de esos a quienes satisface mejor
el pago hecho en sonrisas
que en flamantes billetes de banco.

No bajaréis, no, os quedaréis
en vuestro mundo,

con el corazón seco y amarillo,
sí, os quedaréis, vosotros
los de la astucia amanerada,
y no será porque os faltan los dos pies,
que indican que estáis más cerca
del ridículo mono
que del caballero chivato
cuyas barbas pecadoras no tenéis derecho ni a besar.

Os invité de buena fe,
¿y qué le vamos a hacer?...
Pero creedme, sufro mucho con los animales pequeños
cuando están heridos o enfermos,
el mulo con su pata partida
me parte el corazón;
la avaricia y la incomprensión
también me hacen derramar lágrimas amargas,
unas lágrimas que tengo reservadas
para esa patética hora
en que la mujer nos pide
o un poquito de llanto
o un tanto así de recitación...
Pero tanto mejor, quedaos arriba,
con vuestros entorchados y vuestras libretas
cuyas cuentas están cargadas de sudores ajenos,
los de abajo tenemos algo que crece y fructifica,
algo que nace sin que sepamos cómo
y que no muere nunca: el odio y el desprecio...

Además, contamos con vuestro apego a la vida,
y por ello somos camorristas,
y debajo de la americana llevamos
periódicos doblados en tal forma
que os hacen ver que hasta los dientes
vamos armados.
Inventamos las intoxicaciones
y las huelgas,
los ladrones y los asesinos que no dejan huella,
las prostitutas vestidas de negro,

que cobran su virginidad en cada día;
los duendes, las quiebras, los fantasmas,
las locuras, las paranoias,
los ciclones, las vitaminas,
todo para vuestro susto,
lo hemos inventado nosotros los de abajo,
los del indiscreto microscopio,
los de la gacatilla larga,
los de la escoba,
los de la paciencia,
los del telescopio y los del asador.

RETORNO AL HOMBRE

Y el hombre?

Si esa forma regular de lodo,
espíritu y microbios...
Ese mismo que puso la primera piedra de la base
y la última teja del tejado,
el que secó su cabeza en fiebres redentoras,
el que comió del pan amargo y tragó lágrimas,
mientras en su pecho se cocían,
mejores, sus hijos y los hijos de sus hijos...

Ese ha de contar,
pero no le tiréis delante cosas materiales,
no levantéis ante su frente sin nubes
y sus manos pecadoras
decididas murallas de prejuicio y cal y piedras.

Respetadle,
no es el gusano que pide podridas hojas y sombra,
no,
es el hijo descarriado que Dios amó
que busca la perdida senda
y sangra y llora,
mientras sobre sus hombros se abren
encarnadas rosas,
y sus pies, heridos y cansados,
van enterrando los últimos delicados nardos.

No le insultéis con abstracciones,
 quitadle la pesada cadena que lleva en la cintura,
 dadle agua limpia,
 luz que no hayan cernido sucias nubes,
 polvo sin humanos huesos,
 tierra que no hayan hollado
 férreos y matemáticos corceles;
 alojadle junto a vuestro corazón,
 llamadle hermano,
 tratadle como al vagabundo pequeño
 que ahora no el consejo sabihondo
 sinó el cuento de hadas,
 el muñeco que siempre está de pié,
 la sombra generosa de Charlot
 y los manjares sin cruces de merengue.

Llamadle hermano
 y no miréis sus uñas
 ni su camisa rota;
 respetad su barba sucia
 y sus palabras ligeras que se remontan a la nube y al
 ensueño;

respetad su llanto,
 perdonad su triste continente;
 en el nombre de los que sufren lo pedimos
 nosotros los de la palabra hueca y torpe,
 los que nos anudamos la corbata todas las mañanas
 y tenemos el calor de la cabeza de los hijos
 para comprender y serenarnos.

Que tu casa sea su casa,
 donde hay un techo sobran lechos.
 La tierra es madre común,
 y los hombres, sus bestias predilectas.

Pero que no se levanta un solo hogar,
 ni uno solo,
 en la tierra que envenenó la furia fría
 de imbéciles irresistibles caballos
 y que agotó de dulces posibilidades

el pie limpio y ladino del mercader.
En esas tierras no se da el hombre,
nace porque dos seres se aparearon
para desgracia suya y de los suyos.
Jóvenes, golpead con vuestros puños,
viejos, con el regatón de los bastones,
los monstruos con patas de bélicas orugas
y veréis que están vacíos y que si el hombre fuera cuerdo
se pudrirían sobre la tierra
como las frutas venenosas,
como las aguas muertas.

SECRETO

Eres algo más que un recuerdo que viene
por un camino trazado bajo aguas azules
con peces insomnes y algas tranquilas.

Eres algo más que lumbre de estrella
madurada en el calor de las hojas
que el viento despierta por las madrugadas,
porque estás hecha de la sustancia
con que el sueño fabrica sus figuras,
con que la fiebre expresa lo que halló
en el fondo tembloroso de la angustia que no tiene nombre.

He oído tu voz en otros mundos,
he sentido tu presencia en los humildes valles
en donde vuelven a crearse la penumbra, los lagartos y el
silencio.

He tocado tus manos en las manos de los niños,
siempre insumisas y locas;
y en las manos ásperas y mansas
de los que están a pique de caer
en el vacío de la muerte.

Te he sentido en el rumor blando y triste
de las aguas de los arroyos pequeños,
que arrastran con dolor y sin premura
sus rotas sandalias por un fango en donde crecerán,

más luego, allá por el estío,
las yerbas bobas que hundirán sus raíces
en los abandonados camarones,
en los ridículos y torpes esqueletos de los pecesillos
que fueron grises una vez y que son siempre
la gracia de las aguas tranquilas
cuando están bajo árboles muy grandes,
con muchas hojas,
sin un sólo pájaro,
y que encierran entre las serenas ramas
un ambiente que invita quedamente al sueño
y que nos obliga a pensar como huérfanos del mundo.

He oído tu voz cuando lo agradable
abrió las anchas puertas de la risa
o cuando la sonrisa abrió su ventana sobre un día
en que éramos inexplicablemente felices.

He visto el brillo de tus ojos
en las minúsculas cosas amadas,
en las naderías en que sólo se detienen
los que andan mal de la cabeza
y los que saben que tras la brisa del atardecer
floran niños perdidos
y las vírgenes que envejecen a la sombra de las costumbres.

Te he visto y te he sentido y te tengo
en todo lo que los otros creen sin importancia,
en lo que no mencionan nunca,
en lo que he tenido que descubrir
para saberte junto a mí por siempre. . .

PEDRO MIR

(1913)

Cuando aparecieron sus primeros versos, en las páginas del "Listín Diario", captó la atención de los conocedores y sedujo el ánimo de muchos. Por un momento pareció que la lírica nacional, toda, brotaría de su canto. La novedad de sus imágenes, la frescura de su verso, sus inquietudes, movían a la más franca admiración y predispusieron al encantamiento. Un brusco viraje, sin embargo, sumió su poesía en los problemas sociales. Desde las páginas de "La Opinión" se le saludó como el primer poeta socialista dominicano, haciendo hincapié en su "Poema del llanto trigueño". Los que amábamos su lirismo delicioso temimos por su poesía. ¿Qué podía saber él, tan enamorado de lo bello efímero, de aquellas oscuras cosas eternas? Algunas otras poesías de este estilo aparecieron en los periódicos. No eran tan buenas como el "Llanto", ni eran el género de poesía que el poeta Mir llevaba en la sangre. Aquella actitud mental suya, tan *snob*, perdía fuerzas por falta de convicción del poeta. De pronto enmudeció. Pero, últimamente, su estro ha vuelto a brillar con la misma intensidad lírica de sus comienzos.

No ha publicado libros.

ABULIA

¡Mi vida vá de viaje en un bostezo!
Desflorada de rutas,
mi vida se ha olvidado del camino

y se orienta en mi barro.
 ¡Cuántas volutas de pensamiento
 salen de las cenizas de mi cigarro!
 Mi carne se hace plástica de hastío
 y se dá en la amplitud de un desperezo.
 Después de todo, yo soy mío.
 Mi vida es un navío
 que ha cabido en el charco de un bostezo.

ALEGRÍA DE LA MAÑANA BLANCA

Son,
 las nubes
 de almidón.
 ¡Estoy de versos henchido
 como una vela blanca!
 Alza mi alma un sonoro
 cáliz de ritmos de plata,
 en la misa del sol y del verso
 bajo los cúmulos de almidón.
 ¡Esta es la fiesta de un hombre
 que emborrachó de emoción!
 ¿Quién te llevó por el río
 para besarte la falda?
 ¿Quién te decía los versos
 y te confiaba las cartas?
 ¿Quién te apretaba el meñique
 y los besos te robaba?
 Ah, las nubes de almidón
 me poetizan la mañana!
 Nadie te cuenta mis gozos
 de almidón de nube blanca!
 Y tu sombra me persigue
 por esta alegría larga...
 ¡Siga el canto! ¡Siga el canto!
 Que el pecho me da en merengues
 un corazón de guitarras!

Están de almidón los días
y de almidón las semanas:
días,
semanas,
días,
semanas,
y siempre las alegrías
de almidón por las mañanas.
¿Quién sorprendió los cariños
de tu boca recitada?
¿Quién te enseñó los caminos
y te contó las pisadas?
¿Quién se achicó en tus pupilas
por culpa de una mirada?
Ah, la mañana se asombra
de nubes almidonadas!...
Fiebres de luz y de sombra
violentamente contrastan,
las mismas que me dibujan
y en tus ojos me retratan.
Fiesta? la de tus ojos.
Parranda! la de tu cara.
Felicidad y alegría
¡Triunfo de nubes blancas!
Conviérteme todo en besos
para estamparme en tu alma!

BOLERO SON

Ritma el son con su cadencia pagana
en un par de tacones rivales;
porque apura una aurora de instintos
es un coro de dianas sensuales...
Son seis, seis, seis son...
Seis obreros forjando alegrías
en el frívolo yunque del baile,
seis espaldas que dobla el trabajo

sudorosas de ron y de sangre,
mientras frente conspira la seda
una intriga de mimos audaces...

Son seis, seis son. Seis
paladines del gozo de otro,
supliciados del ritmo y del hambre,
que se vierten, licuados de sueño,
en un chorro de músicas suaves,
para hacer que el poeta confiese
en dos versos de vértices frágiles:
por sus manos que son panaderas
pasa el sol amasado en compases...

El tizón de la fiesta se enciende
y el sexteto se anima pues sabe,
que el tizón de esta noche, mañana
bailará crepitante en su anafe,
y un calor de higüeyanos burenes
caldeará feculentos casabes.

Es por eso que alegra el sexteto,
es por eso que grita el cantante
y la pícara hembra criolla
lo envanece con guiños fugaces...

Siglo XX! Contempla en tus barbas
un furor de extempóreas bacantes,
pero eleva tus risas al cielo
que al calor de tendencias sociales
se ha besado el sudor del sexteto
con espumas de rubios champanes!...

GRITO PARA ENTERRAR UN MAESTRO

Maestro:

Tu imperio de silencio y de penumbra
ha comenzado al fin.

Tuyo es el ritmo
callado del misterio. Tuyo el beso
que ha de ahuyentar las sombras del olvido.

Tuya esta pena que se abrió la entraña
para cerrar tus párpados dormidos.

Enmudeciste
para adorar tu soledad tranquilo,
pero a tu oído bajarán las horas
a decirte el secreto de los siglos,
pero tu voz la ahuecará el recuerdo
para llorarte en la ilusión de un nido
y el último destello de tus ojos
saldrá a la tierra floreciendo en lirios.

Enmudeciste
para vivir tu eternidad tranquilo
pero en tu tumba
muchos lamentos vivirán contigo,
muchos sollozos besarán tus huellas
para alfombrar de llanto tu camino.

Maestro:

Jardinera de cátedras tu mano
se ha alargado de adioses infinitos.
Mas, no importa. Tu mano sembradora
eternamente enflorará el cultivo.
Siempre tu voz palpitará en el aula
como un millón de corazones vivos.
Siempre tu voz acoplará el recuerdo
con la emoción de desflorar un libro
y habrá un intenso volotear de angustia
en el alón de tu recuerdo vivo.

Sigue tu vuelo fantástico. Prosigue
tu siembra de doctrinas en lo Empíreo
y en el hondo silencio de la noche
al rumor de los cánticos divinos,
desparrama tus cátedras celestes
como una lluvia de luceros ígneos.

No te decimos adiós. Tú no te has ido
tú estás en el recuerdo palpitante
y eterno en las raigambres del gemido;
cada lágrima en flor del estudiante

apretada en el pecho conmovido
 será como un puñal de sentimiento
 que querrá defenderte del olvido.

POEMA DEL LLANTO TRIGUEÑO

Es la calle del Conde asomada a las vidrieras,
 aquí las camisas blancas,
 allá las camisas negras,
 y donde quiera el sudor emocional de mi tierra!
 ¡Qué hermosa camisa blanca!
 Pero detrás:

¡La tragedia!

El monorrítmico son de los pedales sonámbulos,
 el secreto fatídico y tenaz de las tijeras.
 Es la calle del Conde asomada a las vidrieras,
 aquí las piyamas blancas,
 allá las piyamas negras,
 y donde quiera exprimida como una fruta mi tierra!
 ¡Qué cara piyama blanca!
 Pero señor! no es la tela
 es la historia del dolor escrita en ella con sangre,
 es todo un día sin sol por cortar veinte docenas,
 es una madre muriendo el presente del hambre,
 es la madre soñando el porvenir de la escuela!
 Es la calle del Conde asomada a las vidrieras,
 aquí los ensueños blancos
 allá las verdades negras,
 y donde quiera ordeñada como una vaca mi tierra!
 Rompo el ritmo, me llora el verso, me ruje la prosa.
 ¿Es que no hay nadie que sepa la historia
 de las camiseras?

I I

Llegaba de Monte Plata
 como una carta trigueña,
 con una firma de pascuas
 y un sello de nochebuenas.
 Recia en los muslos redondos,
 suave en la frente de tela,
 con la esperanza en la virgen
 y el seno en la primavera.
 Llegaba alzando en sonrisas
 todo un corral de guineas,
 cortando con las pestañas
 racimos de gentileza,
 calzando las esperanzas
 con zapatillas de seda
 y oteando los horizontes
 con las miradas en fiesta.
 Con ojos de mala noche
 la miró Niño Rivera:
 —Para mirarte muchacha
 Está la calle del Conde asomada

a las vidrieras!

Subieron las alegrías
 por escalones de estrellas,
 se abrieron de serenatas
 jazmines de luna llena,
 blancas de miedo las nubes
 almidonaron tormentas
 y una estrella hincó temblores
 como en presagio de penas.

Allá los ensueños blancos,
 aquí las verdades negras.
 Con llanto de manantiales
 destila sangre la tierra.
 Dice a su hijita que un día
 las dejó Niño Rivera

sin cena para la noche,
sin trajes para la escuela
y un ogro la está pagando
con un pan veinte docenas!
¡Cómo rueda por los ojos
el alma de una trigueña!
pone la vida en un beso
y en él la brinda la cena...

III

Es la calle del Conde asomada a la tragedia.
Aquí los ensueños blancos,
allá las verdades negras
y donde quiera un dolor rojo de sangre en mi tierra.

POUR TOI

Estoy de ti florecido
como los tiestos de rosas
estoy en mí floreciendo
de tus cosas...
Menudo limo de amores
abona mis noches tuyas
y me florecen de sueños
como los cielos de luna...
Como tú mudo los pasos
y la distancia es más corta
hablo en tu idioma de amor
y me comprenden las rosas...
Es que ya estoy florecido.
Es que ya estoy floreciendo
de tus cosas...

RUBEN SURO GARCIA-GODOY

(1916)

Alma inquieta, buceador de los peligrosos mares de los *ismos*, es, a un tiempo, la expresión moderna de las *criollas*, el genuino cantor del trópico, el asombrado amator de la vida. ¿Es una actitud *snob* su amor proletario? ¿Siente él, verdaderamente, la angustia del hombre, desvalido en un mundo de incomprensión, hundido bajo el peso de estigmas que lo desesperanzan? Su juventud, impetuosa y absorta, investigadora e insaciada, lo induce a comer de muy diversas frutas, por lo que en su huerto no hay una directriz central definida, sino el anheloso empeño de crear, a toda costa, de crear. . .

No ha publicado libros.

ALBA ESCRITA EN LA TARDE

Hablaré más allá de mis palabras.
Llegaré más allá de tus oídos.
Si pudiera penetrar a tu alma
a través de tus ojos,
le hubiera ya dicho
que tu imagen fatigó mi fatiga.
Y ahora,
cuando tu presencia no es carne
y puedo decir en voces
que tu recuerdo

—que es espíritu—
 es una tentativa de felicidad;
 cuando más me siento
 esclavo de tu cariño ignorado,
 ignorado de tu cariño, esclavo,
 empiezo a darme cuenta
 de que este amor naciente,
 nutrido con miradas,
 dormido con pensamientos albos,
 puede edificar destinos
 y adelantar futuros.

No le temo al gris-tristeza de esta tarde;
 tu boca trae el rojo-alegre de los levantes **mozos**,
 tu gesto, la gallardía de las razas caribes.

Elegida:
 tú puedes eternizar los amaneceres
 y hacer sonreír al Dolor;
 por eso voy a tí,
 tan impalpablemente como tu silencio.

Caminante ayer,
 hoy me siento camino
 para recibir la caricia de tu planta!

CUATRO POEMAS Y UNA SOLA INTENCION

ESTROFAS DE PUEBLO PARA MUCHACHA DE CAMPO

I

¡Qué traje el que yo te traje
 del pueblo aquella mañana;
 luciéndolo siete días
 se endominga una semana!

Martes en el calendario,
 pero domingo en tu traje.
 Agua limpia, brisa y sol,
 ¡qué fácil tu maquillaje!

Muchacha de la sabana,
retina para verdores,
en tu voz hallaron jaulas
alcandras y ruiseñores.

Cómo me río del río;
que, ambicionando agua clara,
en tus pupilas mil veces
lo ví lavarse la cara.

Ruborizado y arisco,
cuando desnuda tú asomas,
cambia su azul en verdores
el camaleón de las lomas.

Y al baño, muchacha, al baño!
sin dueños del caserío:
bebiendo sus transparencias
le quitas la sed al río.

Cuidado con quien te toque
la epidermis quinceañera;
caricia para tus carnes;
¡el agua de la chorrera!

ESTROFAS DE CAMPO PARA MUCHACHA DE CAMPO

I I

Causa juite e mi condena,
degrasiá de mi esití;
con saboi a yeiba güena,
con oloi a pachulí,
te saborié vueita pena
i en ei recueido te olí.

Si aifilei jue tu mirá
mi pecho jue prendedoi;
si jue grande la pinchá
jue ma grande mi doloi.

Ei fogón tanto apagao
i etando trite el bojío,

señai e de anamorao
que jue correpondío.

¡Ai si aguaitara ei conuco!
dende ei día e tu despresio
loj matojo y loj bejuco
pusién puei suelo su presio.

Cojé en ei chaico un lucero
pa alunbrai al amoi tuyo,
lo econdí dentre ei sombrero
i en ei ta vuesto cucuyo.

Mi aima ta condená
a sufrí de mai de amoi;
tan mala e mi enfeimedá
que ni en la sana ei dotoi!

Poi tí siento yo un calambre
que me erá vetí moitaja.
Ei pan no mata mi jambre
ni mi sé tiene tinaja.

ESTROFAS DE CAMPO PARA MUCHACHA DE PUEBLO

III

Ei día que yo la vide
no se lo que jué de mí:
ai cosa quei cueipo pide
no debiéndola pedí.

Ella vino con la fresca
dei lao en que sale ei soi,
era entonces tiempo e seca
i en seca nació mi amoi.

Mi amoi jué planta maldita
que no debió de nacei,
ni la mema agua bendita
la via jecho florecei.

La peché por ei trillito...
a decile mi pasión,

vide yo aquello sojito
i me faitó desisión.

Bailé con ella una noche...
noche que jué como ei día.
La cabesa me se moche
si no e cosa e brujería:
¡ei merengue de esa noche
lo toi oyendo toavía!

Tre mese pasó en la finca
sin podeilo yo evitai;
tre mese un amoi que junca
no e pa podeise contai.

Envío:

Coitante sin sei cuchillo,
mujei de la población,
tu amoi jué como un cadillo
pegao en ei corazón!

ESTROFAS DE PUEBLO PARA MUCHACHA DE PUEBLO

I V

Amor?

Este amor de la ciudad,
que ve antes que a la novia
los caudales del papá.

Labios cargados de "rouge"
para un beso artificial,
enseñado en el cinema
por el último galán.
(La Vergüenza está "knock-out"
y en camillas la Moral).

Muchachas —flores de "flirt"—;
marchitada castidad:
la cabeza en Hollywood,
los pies en tierra natal.

Amor: sed de gasolina.
 Amor a velocidad,
 que habla en libretas de banco
 para poderse expresar.
 Amor?
 Este amor de la ciudad,
 que encuentra en el "Beauty Parlor"
 una fórmula industrial
 —maravilla de cosmético—
 para detener la edad.
 Amor a base de Química
 —Max Factor dictatorial—.
 Amor que quiso con "dollars"
 poseer la Felicidad;
 que sabe más de finanzas
 que de cosas del hogar...
 Amor?
 Este amor de la ciudad,
 ¡que cubre sus desnudeces
 con trajes de celofán!

PALABRAS DE NIEBLA
 EN PRESENTE DE OLVIDO

1

Borrada de lejanía.
 Ausente de mis horas y de mi tiempo.
 No eres una cicatriz
 porque el pasado no fué una herida.
 Divorciada de mi realidad:
 Muerta
 como los días de un calendario antiguo.
 Olvidada!
 verso que no se recuerda;
 canto que no se canta;
 palabra que no se repite.

2

Mes y medio
 mirando aquel mar de fotografía;
 mes y medio
 sonriéndole a una sonrisa que no era la tuya;
 mes y medio
 perdido en unos ojos-faros
 que no eran tus ojos.

3

No olvido que olvidaste
 que mi verso se compra con verso;
 que ritmo es más que cifra;
 que arte es más que moneda.

4

Perdida.
 Lejanamente perdida.
 Pañuelo de niebla
 que no se agitó para la despedida.
 Pañuelo de niebla
 que no secó lágrimas.

5

El corazón es el mismo:
 ¡simplicidad de asta que cambió de bandera!

POEMA EN DOS ENCUENTROS Y UNA AUSENCIA

ENCUENTRO I

Te esperaba:
 como la sonrisa futura de los niños sin dientes.
 Yo venía de lugares de olvido y de ausencia.

Tu encuentro
 fué un retorno a mí mismo;
 movimiento en la inercia mortal que tenía.
 ¡Cómo llaman tus ojos esquives!
 Tus ojos:
 penitenciariás de la noche castaña.
 Ya tengo dos palabras
 que te fotografían:
 Rubia: alimento de inquietudes estéticas;
 Hembra!: camarada en el vórtice de pasiones carnales.
 Cabellera:
 instantánea de la lluvia con sol;
 oro de la Biología;
 charretera para un solo hombro.

ENCUENTRO I I

El litoral!,
 amplio balcón a las aguas azules.
 Voz marina la tuya.
 Silencio de montaña el mío.
 Un hombre.
 Una mujer.
 Un hombre que capta paisajes
 y publica emociones.
 Una mujer
 que pone en lenguaje corriente las voces del mar.
 (Con palabras de yodo,
 la mujer ha curado
 el silencio nostálgico del hombre del interior).
 Frente a ella,
 el hombre del interior dialoga con el mar.

REGRESO SIN ALMA AL PAISAJE NATIVO

El Valle.
 ¡La Montaña!
 ¿otra vez la Montaña?

El hombre sabe que está en el Interior
porque tiene las plantas sobre tierra fértil.

El mar, los ojos de la mujer . . .
se los trajo!;

pero no hubo equipaje para el alma.

¡Qué gris el de esta ausencia!

¡Qué azul el de aquel mar!

La distancia no es caja fuerte para su corazón.

Hembra:

entré a tí como en un puerto hospitalario.

Rubia;

la realidad es un mensaje a mi persona:

estoy anclado en una mujer!

Ahora,

Hembra-Rubia:

se me llenan de azules los ojos,

sienten brisas de mar los oídos,

tu nombre escapa de mis labios:

y es menos cruel la distancia

y hasta menos grande la ausencia!

PROLETARIO

Tus músculos se cansan, se agota tu sudor . . .

Siempre la misma historia: triunfa tu explotador!

Esclavo resignado no sabes lo que hacer

y eres un nuevo Cristo; ¡el Cristo del taller!

Y yo que te presiento en mis limpias mañanas:

rebelde visionario, rompedor de sotanas;

pródigo en inquietudes, hecho de "rojo" cuño,

que igual tumbas un ídolo que levantas un puño!

Con impaciencia espero que en tu pobreza extrema,

esa sonrisa mansa se cambie en anatema.

Seguro que no ignoras que un surco es cada Antilla,

están a tí abiertas, tú eres, pues, la semilla!

¡Aguardas al Mesías, que aunque lo crean utópico,
 saldrá un Karl Marx de América o algún Lenín del trópico!
 Acércate y escucha, que es bueno que lo sepas:
 Londres será un desierto y Wall Street una estepa!
 Ah! entonces tus dolores se irán al precipicio,
 y los que te engañaron verán su "día de juicio"
 Poeta y Proletario... comunistas empeños
 nos unen en la senda tras imposibles sueños:
 ¡¡tú, con el jornal largo y más corta la hora,
 yo, con que cada lira sea una ametralladora!!...

SONETO DE YODO Y SAL

El mar quiere ser cielo y hace nubes de espuma;
 su epidermis friolenta se da baños de sol;
 hace poco quitóse sus frazadas de bruma
 y en pijamas azules lo ha visto un caracol.
 "Reservoir" de idealismos. Disolvente de penas.
 Los ojos, los anhelos... mirarlo es navegar.
 Las olas se suicidan cumpliendo las condenas
 que ante los arrecifres les dicta el mismo mar.
 Un barco fuma pipa quemando el horizonte.
 Siento que mi Alegría se eleva como un monte;
 (dudo del alpinismo de mi antiguo Dolor...).
 Las palmeras de playas son gigantes sombrillas.
 El viento riza el agua que cortaron las quillas,
 ¡mientras dos garzas blancas se enrojecen de amor!

FCO. DOMINGUEZ CHARRO

(1918)

He aquí un poeta hipersensible, con poesía llena de sugerimientos y de felices hallazgos, pero donde, con el afán morboso de la originalidad, las palabras cultas campan, cuajando el verso de asombros y de sustos infantiles, reflejo del ánimo ingenua del poeta. A estos juegos de juventud se opondrá, felizmente, un alto concepto poético, hijo, sin duda, de una maravillosa intuición que le permite expresarse libremente sobre todos los temas, aun sujetos a los rigorismos de un aparatado afán de “deslumbrar a los burgueses”, y sin haberse desentendido completamente de las sombras amables de sus entusiasmos admirativos por algunos grandes poetas modernos.

Obras poéticas: *Tierra y ámbar* (1940)

América en genitura épica (1943).

CANCION DEL PESCADOR

Con un eco distante
sonoro de reflejos
se aprestan los velámenes
para el romance nuevo que sale a navegar.
La comitiva urgida
de las naves nocheras
vá crecida de jarcias
con las anclas viajeras.

Y tu proa musical ya está floreando
canciones
pescador que te vas!
Y tu barca está encendida de cal
de luna entera,
bajo esta noche nueva, sonámbula
de mástiles.

Pescador taciturno, alfarero de peces!
la botavara ágil de tu bajel parece
un índice tendido hacia la libertad!
Urna de inmensidades va tu vela latina:
chinchorro de luceros repleto de sardinas
de nocturna claridad!

Ay la canción del viento
caracolas marinas!
—oh, augurio de las quillas—! . . .

Colmena de los cauces:
naufragio de fronteras!
Tu ruta será fácil: navega que navega,
que no hay temor de límites en tu mar
sin orillas.
Ni imperios ni banderas que te impidan
viajar.

Al retorno; tu barca vendrá toda repleta
de metales prendidos: oro, plata y acero
de peces intranquilos, llenarán tu vivero.

Y atracará tu bote a la risueña espuma,
reciénllegado al puerto de la costa trigueña
de tu ruta, de amor.

De la quilla al bauprés, la cuerda tensa
de tu arpa monocorde
tendrá notas alegres como rosas de sal,
sugeridas al borde de las olas.

Y la brújula ausente de tu improvisada **ruta**,
no tendrá más presencia que la insinuada
ala de gaviota del timón;

y tu mirada, inventando girasoles,
afilada en la curva lejanía.

Y así, como un bohemio de los mares,
con un fulgor de peces y metales
de babor a estribor,
seguirás navegando pescador.

Y atracará tu bajel a la espuma
risueña,
reciénllegado al puerto de la costa trigueña
de tu ruta de amor
sin fronteras.

CANCION DEL RECUERDO TRIGUEÑO

Llegó, canción plateada,
dormida en notas de agua;
y su piel, sin jazmines ni nardos,
endulzó en mi sorpresa
sabor de tamarindos.

Tendida en arcos triunfales,
entre quemados líquenes de yodo,
sus labios entreabiertos me iniciaron
por senderos de párpados caídos.

El candor de sus manos vencidas
eternizó, entre mis fugaces vuelos,
plumajes de caricias iniciales,

Sus nísperos crecientes, derramaron
la firmeza pagana de sus mieles
en mi muda prisión humedecida...

Y un pañuelo sin nubes,
de soledad, iluminó de brisas
su desnudez trigueña en suavidades...

Aquella tarde —refugio de ramas verdes—
hubo oleajes de sal en besos lentos...

Mi piel se irguió en espadas
de campanarios fieles, y presentí
la pupila incendiada de una queja infinita...

Cielo, Oración, Llanto, Herida...

GRAVE

La corola de nardo de tu
piel taciturna, retorna
en las pupilas de los
silencios largos.

Oh, pestañas afiladas
de los recuerdos grávidos!

Oh dedos de la duda
sugeridos!

Oh, cicatrices azules!

Oh cauces del anhelo!
Luciérnagas de ámbar!...

Las manos del destino se estremecen
volteadas en mis himnos
de plata.

Las tragedias humanas
abren cauces de acero de duda
en mis portales.

Y mi frente dolida ha espigado
la duda en los rosales.

Tendrán mis plenilunios al fin
de la jornada sangre de otros
dolores?

Yo no puedo dudarle...

VIEJO NEGRO DEL PUERTO

Viejo negro del puerto,
hace mucho que vengo mirando
la oscura silueta de tu cuerpo manso,
deslizarse, en silencio, en las noches,
del muelle a lo largo;
por recintos cargados de sombra
con tu fardo de penas a espaldas,
yo te he visto escrutando, a lo lejos,

algún raro misterio
perdido en lo alto...

Y te he visto, sumiso,
responder al reclamo,
—de ese grito silente de tu alma—
cuando aspiras el humo en tu pipa
en profundas y lentas bocanadas...

Y te he visto, también,
des hilar el fulgor
de tus ojos noctámbulos
por las aguas plateadas...

Viejo negro del puerto!
Esta noche de niebla es propicia
al rito mudo de tu fervor atávico;
prende tu pipa fuerte,
embriágate de trópico,
sumérgete en tí mismo
y apura tu nostalgia...

Escancia la tortura de tu alma
en un festín inmóvil con tus ansias:
Insúflate en la nada,
penetra los abismos insondables,
fija la indescriptible quietud
de tu mirada,
y acorta la jornada redentora
de tu retorno al Africa...

Viejo negro del puerto,
retorna en el espíritu
a tu selva sagrada.
Embárcate en la leve piragua imaginaria
de tu inconsciencia mártir,
—y llora inconsolable—
que en esta noche lánguida
sólo un millón de estrellas
verán correr tus lágrimas...

Viejo negro olvidado;
beodo iluso de agonías nocturnales;

yo he visto: muchas veces, tu herida destilando
 llamaradas intensas de fugas ilusorias,
 y tus pupilas mansas
 se han teñido de selva
 en actitud fantástica...

Viejo negro del puerto!
 qué deseo te taladra?
 Qué mística idolátrica
 penetra tus entrañas
 que, inmóvil como estatua,
 te embriagas de fulgor
 de mil estrellas lánguidas...?

.....
 ...Inútilmente sueñas
 con tu retorno al Africa.

Si pudieras tejer con tus brazos
 un pedazo de jungla flotante
 y dejarte arrastrar por los mares...
 o tejer con claros de luna
 un velámen muy blanco y extraño
 y dejarte impulsar por el aire:

—Qué aventura tan grande!—

Viejo negro del puerto!:
 Quisiera consolarte!

YO QUE NO HE VISTO NUNCA

(Leyenda Verdadera)

Tú eras en lo profundo de mis alas
 una hundida quimera de puñales;
 y de tu primavera hasta mi piel,
 un diluvio de flechas orquestales!

Eras como caricia intravolcada
 para mi vastedad de corazón.
 Y en mi emoción ardías prisionera,
 y aromada de nardos!

Oh! moreno trigal anisperado
de tu pávido seno!

Yo que no he visto nunca los trigales
presentí el ámbar tibio de tu pecho...

Honda... Lenta... Solemne... Introversa.

Dormida intimidad!

Cuajada cera tersa de panales!

Flor de silencio...

.....
Cóncaua unción de luz eran tus ojos.

Rosa crema de sol era tu gesto.

Y eras la lejanía de la albahaca...

maciza plenitud serían tus besos!

Mi amor divinizó el sublime anhelo
de triunfarte a mi sol!

Arroyuelo en delirio fué mi intento!

.....
Yo interrogo las alas de esta ausencia
que imagina retornos de marfil!

Yo interrogo tu ocaso, luna sepia!

y acaricio tu imagen, tarde azul...

Yo que jamás he visto los trigales,

presentí los trigales de tu cuerpo.

Yo que no los he visto —Amada—

estoy en el trigal de tu recuerdo.

Me han dicho los poetas de mi tierra
que es blanco el cisne, de plumaje, y lento;
yo no lo digo, Amada, pero puede
ser cierto...

Me han hablado de góndolas azules,
y dulces barcarolas de Venecia.

Amada, yo que no he visto nunca

las grandes maravillas de la Grecia,

de Roma ni Estambules,

yo que no he visto nunca los trigales...

regálame la espiga de tu cuerpo!

MARIANO LEBRON SAVIÑON

(1922)

Es el más joven de nuestro poetas. Se anuncia con voz suave, líricamente enamorado del ensueño. Pero su canto es forma de pensamiento exquisito y demuestra una fina sensibilidad poética. Todavía no ha podido desentenderse de los amables recuerdos de las músicas y de las imágenes que entusiasmaron su ánimo al escucharlas y al sentirlas por vez primera, sin embargo, su poesía tiene un carácter definido y personal, aunque su juventud lo hace titubear, a ratos, y lo descamina: ora hacia las preocupaciones sociales, ya a los modos de hacer arcaizantes, y, siempre, deseoso de llegar con los más veloces.

No ha publicado libros.

CANCION

En tu casa puso el viento
un canto verde de pino.
El mango meció en sus ramas
una floración de nidos.
Formó una alfombra de sangre
el flamboyant florecido.
Y en tu casa puso el viento
un canto verde de pino.
El algarrobo robusto
perpetuó el eco de un grito

de lechuza. Era de noche
y había luz en el camino.
Y en tu casa puso el viento
un canto verde de pino.

CANCION

Estaba frente a frente a tu sonrisa.
Estaba frente a frente a tu mirada.
Miramos a la bóveda infinita
y no tuve noción de donde estaba.
Un árbol, un camino y unas flores.
(La noche vive aún en mi recuerdo)
Pronunciaste mi nombre quedamente
y vagamente te busqué en el cielo.

CANCION

Partiré sin olvido ni rencores.
La caricia del aire se hará blanda.
Seré un niño mimado en el arrullo
de la noche clara,
y tendré
una sonrisa blanca y una mirada suave.
Tenderé mis brazos a tus ojos
en un desesperado aliento de partida,
y miraré en tus ojos la cadencia
de mis sueños benditos.
Un punto ya en el horizonte
y aún llevaré en mis labios
tus lágrimas amargas de tristeza.

CANCION

Sombrío caminante me detuve.
Tú estaba como sol de primavera.
Había una canción de ecos lejanos
en el silencio azul de la alameda.
Quise escrutar en tu vivir temprano
el sueño que se esconde en tu mirada.

(Se apagó la canción. Nació en mi pecho
 otra canción de amor. Cantó mi alma).
 Me acerqué a tus pupilas. Me abrasaba la sed.
 Te pedí agua. Te tendí los brazos.
 Y en el silencio azul de la alameda
 me brindaste la fuente de tus labios.
 Todo fué entonces azul. No ya el silencio
 sinó la luna y los astros y tu boca.
 Y seguí mi vagar de peregrino
 por una nueva floración de rosas.

CANCION ETERNA

La canción del labriego penetrando en la tierra
 fué perpetuada en nuestro ser.
 Yo aré tu tierra.
 ¿Lo recuerdas?
 Yo aré tu tierra.
 Tuve en mis manos las frutas de tu vida.
 La canción del surco fué tuya.
 La de la simiente fué mía.
 Canción del labriego ébrio.
 Canción dolorosa y constante.
 Canción trémula de sueños.
 Canción que voló de mi cuerpo a tu cuerpo
 como un ave.
 Canción eterna.
 De los rocíos,
 del sol que toca todas las cosas,
 mía,
 tuya.
 De nuestro sueño, de nuestro encanto, de nuestra vida.
 Canción del olvido
 y del recuerdo.
 Besos,
 Besos,
 nada . . .

ME DUELEN ESTOS HOMBRES

Un canto suave, como mojado de luna
poblando la aventura de paz de la mañana,
un canto henchido como espiga en primavera
tocando susurrante una diana lejana.
Es la canción del campo, de tierra y sementera,
de fecundación y geometría,
alegre como el lirio en primavera
o como el sol al despuntar el día.
Estos hombres me duelen. Vestidos de sudor
comerán pan amargo y agrio como el olvido;
amasan la caricia del trigo y del amor
y recogen la ofrenda de un trabajo perdido
en el vientre fecundo del engaño y el dolor.
Pero ya están pegados a la tierra
como su complemento, como parte integrante,
rasgan su vientre en la más cruda guerra
por la existencia, con el bisturí del arado,
y esperan anhelantes,
de reivindicación momento ansiado.
Y en tanto, seguirán trabajando,
tirarán ateridas sus miradas al cielo,
caerá en sus pechos el signo de un anhelo
y seguirán cantando.
Y la espiga fecunda bailará, bailará,
(El cielo de la dicha aún muy lejano está)
Cuando cayó el crepúsculo cantaron las campanas.
Y el hombre rudo y fuerte sin claros ni mañanas,
cayó bajo la luna, cayó junto al arado
gritaron cinco bocas, pidieron pan diez manos.
Y por eso me duelen estos hombres
repletos de noviembre que ignoran hasta el nombre
que tienen en la historia, me duelen en el alma,
me duelen en el pecho su canto y su mirada.
Esos niños enjutos todo hueso y pellejo
los llevo aquí encondidos, los llevo aquí muy dentro,

como un óvulo enorme, como un grano de avena
y crecerán, mañana como en el mar la arena.
¡Ay! Esos hombres tristes, montón de piedra dura
(arteria de cantera formando su nervura)
no saben de la dicha, no saben de la gloria,
me duelen esos hombres, me duelen en la historia.
De su sueño de estatuas ya no despertarán
si no ruge la idea,
y levantan el puño y gritan en el campo
en pos de la pelea;
y levantan la frente, y levantan el alma,
con fuerza de torrente, con esbeltez de palma.
Y en tanto que ellos sigan sin mañana ni sol,
me seguirán doliendo... seguirá mi dolor.

I N D I C E S

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

	PÁG.
AGUIAR, Enrique	117
AYBAR, Andrejulio	56
BAZIL, Osvaldo	84
BENITEZ DE VALERA, Concha	181
BERMUDEZ, Federico	79
BYRON (Arturo B. Pellerano Castro)	43
CABRAL, Manuel	222
CARMEN NATALIA (Carmen Natalia Martínez Bonilla) ..	192
CRUZ, Pedro María	231
DAMIRON, Rafael	72
DELIGNE, Gastón F.	29
DIAZ ORDOÑEZ, Virgilio (<i>Ligio Vizardi</i>)	152
DOMINGUEZ CHARRO, Fco.	283
FIALLO, Fabio	48
GARRIDO, Victor	87
GIRO, Valentín	76
HENRIQUEZ, Enrique	22
HENRIQUEZ, Rafael Américo	161
HERNANDEZ FRANCO, Tomás	209
HIDALGO, Gladio	238

	PÁG.
INCHAUSTEGUI CABRAL, Héctor	244
JIMENEZ, R. Emilio	93
LAMARCHE, Martha M.	187
LEBRON SAVIÑÓN, Mariano	290
LLANES, Manuel	158
MARTINEZ BONILLA, Carmen Natalia (<i>Carmen Natalia</i>)	192
MIeses BURGOS, Franklin	213
MIR, Pedro	265
MOREL, Emilio A.	93
MOREL, Tomás	234
MORENO JIMENES, Domingo	138
NIVAR DE PITTALUGA, Amada	171
PACHECO, Armando Oscar	199
PELLERANO CASTRO, Arturo B. (<i>Byron</i>)	143
PERDOMO, Apolinar	111
PEREZ, José Joaquín	1
PEREZ ALFONSECA, Ricardo	130
PICHARDO, J. Furcy	126
PICHARDO, Lucas	203
SAVIÑÓN, Altagracia	166
SURO GARCIA GODOY Rubén	273
UREÑA DE HENRIQUEZ, Salomé	15
VELOZ, Livia	168
VIGIL DIAZ, O.	69
VIZARDI, Ligio (<i>Virgilio Díaz Ordóñez</i>)	152
WEBER, Delia	173

INDICE ALFABETICO DE COMPOSICIONES

	PÁG.
Abulia	265
A Concho Primo	223
Acordeón (<i>El acordeón...</i>)	234
Acordeón (<i>Novela del corazón...</i>)	224
Acuarela	224
Alba escrita en la tarde	273
Alegría de la mañana blanca	266
Alma	76
Alma de media noche	199
A los niños	130
A mi bastón	152
A mi hija	141
Amo y odio a la vez tu albo sombrero	111
Angustias	29
Aquel lucero blanco	98
Aquí me tienes tú	192
A Rafael Damirón hijo	72
Aria de otoño	87
A San Francisco de Asís	117
Asno, paciente asno	118
A través de las sombras de la noche	22
Atrio	80
A una casita	203
A una tinaja	204
Boda de ruiseñores	93
Bolero-son	267

	PÁG.
Camino	204
Campanas de la tarde	80
Campesina	73
Canáan	102
Canción de amor	112
Canción de cuna	161
Canción de la amada sin presencia (<i>Antigénesis</i>).....	213
Canción de la niña que iba sola	215
Canción de la voz florecida	216
Canción de los ojos que se fueron	216
Canción del pescador	283
Canción del recuerdo trigueño	285
Canción (<i>En tu casa puso el viento</i>)	290
Canción (<i>Estaba frente a frente a tu sonrisa</i>)	291
Canción eterna	292
Canción (<i>Partiré sin olvidos ni rencores</i>)	291
Canción (<i>Sombrió caminante me detuve</i>)	291
Canción suave a los burros de mi pueblo	245
Cantemos al Señor	57
Canto a la Fe	119
Canto al Amor (Fragmento)	126
Canto triste a la Patria bien amada	246
Capricho	168
Ciudad heráldica	121
Como la espiga	187
Como una cicatriz	153
Compañera	238
Confidencias	141
Con mi sonrisa plácida	49
Contigo	209
Con viejas cuentas	235
Criolla - A Mercedes Alfau	43
Criolla - A tí... ..	46
Criolla (<i>Debajo de los palmares</i>)	74
Cuatro poemas y una sola intención	274

	PÁG.
Dadnos del agua que hay en la tierra	248
Darse	193
Deja que descanse	193
De luto	32
De pordiosero	57
Desasimiento	142
Diez doncellas	162
El acto	154
El alba de los mendigos	84
El amor de Magdalena	1
<i>El ángelus</i>	23
El camino en la montaña	89
Elegía blanca	89
El encuentro del perro	94
El gallo	205
El hijo	171
El <i>Hospedaje</i>	239
El hurto	163
El junco verde	3
El nuevo indígena	7
El poder sonoro	95
El poema de la hija reintegrada: <i>Agonía</i> (Fragmento)	142
El rosario de plata	154
El voto de Anacaona	8
Encuentro	176
En donde brillas	58
En el atrio	50
En el botado	33
En el cementerio	47
Engaño	172
Ensueño	77
Esquiva	51
Estrofas de campo para muchacha de campo	275
Estrofas de campo para muchacha de pueblo	276
Estrofas de pueblo para muchacha de campo	274
Estrofas de pueblo para muchacha de pueblo	277

	PÁG.
Fantasia	194
<i>For ever</i>	51
Fracaso	205
Framboyán	235
Génesis	114
Gólgota rosa	51
Grave	286
Grito para enterrar un Maestro	268
He vuelto a estar a solas con mi alma	195
Hogareña	90
Hora de estudio	129
Interesada ofrenda	59
Intimismo	155
Intrusa	181
Invitación a los de arriba	258
Juguete para los ojos	224
Junto a la corriente	187
La calle del terruño	225
La carga	188
La canción del avaro	24
La escena del Café Martín	25
La excusa	124
La jornada	164
La llegada del invierno	15
La piedra	206
La promesa a la madre	241
Las hermanas	177
La voz del silencio	91
La vuelta al hogar	11
Lejanía	26
Los colores	206
Los últimos cangilones de la primavera	148

	PÁG.
Llanto por la hermanita que murió a los catorce años	231
Llueve	189
Lluvia	207
Madre	169
Maestra	149
Mairení	37
Me duelen estos hombres	293
Mi canción	226
Mi carga	182
Mi infantina	52
Mi ofrenda a la Patria	19
Mi risa	196
Mis dos madres muertas	95
Misterio	53
Mi vaso verde	166
Motivos de Pierrot	200
Mujer	129
Mulata	226
Músicas	183
Nada	179
<i>Never more</i>	27
Nochebuena	53
No digas a nadie	197
Oda de un yo	131
¡Oh corazón!	184
Oh! tareds adorables	81
Ololoi	40
Oración a la Madre ida	158
Otoño (<i>Otoño! llamas a la puerta...</i>)	185
Otoño (<i>Va a morir. Acentúa el trazo...</i>)	208
Palabras de niebla en presente de olvido	278
Pareces una tarde	81
<i>Pax</i>	91
Pero	242

	PÁG.
Pequeño nocturno	86
Piedra y sol	227
Pierrot	54
Plenilunio	54
Poema del entusiasmo triste	232
Poema del llanto trigueño	270
Poema en dos encuentros y una ausencia	279
Porque vino de tí	202
<i>Pour toi</i>	272
Presagio	157
Prisión	185
<i>Pro filis</i>	75
Proletario	281
Proyecto	210
¿Qué serafín es éste?	218
Recrecimiento	60
Reencarnación	179
Retorno al hombre	261
Roja tinaja generosa	172
Ruinas	17
Rutas nocturnas	159
Salutación a Pancho Alegría, Capitán de Goleta	211
San Francisco de Asís entre los pájaros	100
Secreto	263
Serenamente gris	82
Siesta	149
Signo melancólico	233
Símbolo (<i>Aquel viejo enigmático y sereno</i>)	82
Símbolo (<i>Pinta el vasto, rojo incendio del crepúsculo...</i>) ..	14
Sinfonía en mí	60
Sinfonía negra	227
Si no fuera por taita	236
Soneto de yodo y sal	282
Soneto judío	242
Sumisión	170

	PAG.
T	
Tengo una bella tristeza	174
Tienda de fantasía	220
Tierra familiar	228
Tierra nueva	229
Tímpano de la montaña	70
Tu antojo	243
U	
Una tarde sin sol en tu cabaña	197
Una voz dirá tu nombre	55
Una voz en el alba	149
Urania	150
V	
Va cantando	165
Vaguedades	189
Versos de amor y de misterio	150
Viejo negro del puerto	286
Viento	190
Virgínea	78
Visión lunar	70
Voces mudas	233
Voz errante	180
Y	
Ya en tus redes	190
Yo bendigo tus manos	175
Yo que no he visto nunca	288

INDICE, ALFABETICO DE PRIMEROS VERSOS

Acorralado entre el mar	248
Ah! los niños enclenques que pululan	57
(A la hora de un crepúsculo ardiente)	177
Alegría triste. Aún más: alegría muerta	207
Alegérame, Amado	188
Allí donde furiosos los pájaros devoran	218
Amarillos	165
Amor?	277
Amo y odio a la vez tu albo sombrero!	111
Antes de que tu voz fuera color de trino	213
Aquel blanco lucero	98
Aquel viejo enigmático y sereno	82
Aquí me tienes tú, como dormida	192
"Arrea, jaragana, arrea	235
Asno de San José y del carbonero	245
Asno, paciente asno, las nieblas del Olvido	118
A través de las sombras de la noche	22
A través del camino sin fin vibra la oda	131
A verla voy, de noche	59
... Ay de tí si probaste una vez la miel de mi vino	180
Ayer, hoy, mañana, y siempre aquí; muerto	158
Bajo tu potro es un juguete el llano	223
Blonda como un trival la cabellera	1
Borrada de lejanía	278
Brilla en su frente, de sus ojos brota	7
—Buen viejo, de dónde brota el canto?	148

Cacique de una tribu de esmeralda	33
Cada mañana	183
Causa juite e mi condena	275
Con mi sonrisa plácida de siempre	49
Con un eco distante	283
Cuando escribo mis versos, cuando cruje mi pluma	202
Cuando esta frágil copa de mi vida	51
Cuando muera... ..	141
Cuánto soñé en la tierra amiga asaz lejana!	60
Darse cual la brisa, sin saber a quién	193
Danzan los cocolos bajo los cocales	227
Debajo de los álamos mi languidez reclina	23
Debajo de los palmares	74
Deja que descanse... Traigo tal fatiga!	193
Del cuello de la amada pende un Cristo	51
Dende que ese indino se me fué con otra	73
Desde que naciste	141
Deslumbradora de hermosura y gracia	50
Desnuda, despreza. sus carnes requemadas	164
Disuelta en la brisa	196
Dormí en el lecho de arena	187
Dos madres tuve un día y no tengo ninguna	95
Duermen. Oid insectos: sabéis algo del misterio	159
El cielo estrellado de hojas	149
Ei día que yo la vide	276
El acordeón	234
El alma	187
El aura matinal desaliñaba	72
El camino se interna en la montaña	89
El misterio es el alma de la virgen poesía	80
El negro canta	235
El mar quiere ser cielo y hace nubes de espuma	282
El paisaje es de oro bajo el claro del día	84
El que lejos de su casa	53
Ella, la que yo hubiera amado tanto	86

En busca voy del lirio	58
En el amanecer lleno de torbellinos	242
En el camino hay el <i>dolce</i> de la partida	204
En el fondo de mi vaso	174
En el rojo hay vehemencia	206
En la enorme vitrina de mis recuerdos tengo	220
En la puerta se queja una guitarra	225
En otra, oh, muerta, tu recuerdo amo	124
En sombras de ignorancia, duerme la audacia	239
En tu casa puso el viento	290
En todas las horas de la ausencia mis manos	150
En una de esas lúgubres gavetas	154
Era blanca	142
Era un trío admirable de dulces ruiseñores	93
Eres algo más que un recuerdo que viene	263
Eres madre del éxito, la santa	119
Esbelta como junco de la orilla	8
Escucha, encantadora fugitiva	77
—Ese hombre que pasa llevó un día mi alma	179
Es la calle del Conde asomada a las vidrieras	270
Estaba frente a frente a tu sonrisa	291
Esta carga Señor	182
Esoy de tí florecido	272
Estoy triste, Señor, porque se muere	89
Es un caso de asombro	52
Flota su imagen pensativa y casta	53
Fresca y repleta de cañas	224
Frente a mi aislada mesa, aquella noche	25
Fugaz sobre el cerúleo mar Caribe	3
Hablábase de amor, que es tema siempre	54
Hablaré más allá de mis palabras	273
¡Hace ya tanto tiempo!... Silenciosa	19
He extendido los brazos y una rosa	75
He vuelto a estar a solas con mi alma	195
Hija, ya no sé decirte si la muerte es buena	142
Huerto de sacrificios que perfuma mi vida	238

Iba por el campo pisando las espinas	176
Iba por el monte gozando verduras	95
Junto a una cruz, al expirar el día	47
La bienamada se quedó dormida	129
La canción del labriego penetrando en la tierra	292
La corola de nardo de tu	286
La hermosa, arrebatada, lo envolvió en sus ardores	76
La luna cabalgaba	163
La lluvia, tornadiza como una polvareda	82
La marcha funeral de helado viento	157
La señorita	224
La tarde en oro pálido moría	91
La tarde. Gris de perla. Los árboles en una	80
Lo mismo	231
Los haitianos pican sobre la llanura	227
Llega en buen hora, mas no presumas	15
¡Llega, se salva! El inerte	37
Llegué cargada a la tarde	172
Llegó, canción plateada	285
Llueve. Las gotas caen acompasadas	189
Maestra: recuerda el amanecer con su vaca lechera	149
Maestro: tu imperio de silencio y de penumbra	268
Malla del pasado que envuelves mi vida	185
Me he ocultado	181
Memorias venerandas de otros días	17
Mi canción, mi canción que ni siquiera	226
Mi oración es pobre	169
Mi querida	70
Mi vaso glauco, pálido y amado	166
¡Mi vida va de viaje en un bostezo!	265
Muchos creen que tiene pupila rota	206
Nació sin dolor	204
Nadie más satisfecho que el gallo de ser gallo	205
Ni el agrio Schopenhauer con su experiencia extraña	200

Niños que en el balcón o el patio de la casa	130
Niño, y todo candor, todo ternura	60
No digas a nadie tu intensa amargura	197
Novela del corazón	224
Nunca su mano se posó en mi mano	51
Oh Amor! sólo en tí creo!	126
¡Oh destino fiero!	161
Oh pobre corazón	184
Oh señora del mundo! devoción de la vida	129
Oh! tardes adorables de aquel lejano estío!	81
Ondas y brisas, brumas, rumores	11
Otoño! Llamas a la puerta	185
Para tí mis ensueños machaqué con luceros	233
Pareces una tarde que va a morir, Señora!	81
Partiré sin olvidos ni rencores	291
Patria	246
Perdóname por tenerte	232
Pero	242
Pinta el vasto, rojo incendio del crepúsculo	14
Por el camino del acordeón	226
Por el parque desierto y florecido	199
Por galardón, Señor, me despojaste	24
Por las interminables avenidas	27
Por la verde alameda, silenciosos	54
Porque a veces me duele la vida	168
Por sendas de soledades	162
Qué confusión de pensamientos surgen	189
Qué dulce la sal del mar	209
¡Qué hermosa esta quietud apetecida!	90
¡Qué paz tan honda la de esta tarde bendita!	233
¡Qué traje el que yo te traje	274
Resplandor de llama	171
Ritma el son con su cadencia pagana	267
Roja tinaja que al extremo	172

¡Salud, don Pancho Alegría	211
San Francisco de Asís erraba un día	100
Se extinguía la misa en el sedante	153
Se hallaron sin querer. Ella venía	154
Se me fueron los ojos para ver la presencia	216
Se murió Natalia. Virgen que tenía	78
Señor de las humildes indulgencias	117
Señora luna yo te he visto	70
Sí, a vosotros yo os invito	258
Siempre he sentido una misma	203
Sobre austera noche de su duelo fulgura	150
Sombrío caminante me detuve	291
Son	266
Sonó lenta y sin alarde	215
Su mano de mujer está gravada	29
Tánto como hube de transigir conmigo mismo	205
Te esperaba	279
Tener que soportar esta tristeza	170
Tengo lista mi aventura	210
Te soñé como la estatua del fuego	149
Tierra (<i>Tengo en la brisa los ojos</i>)	228
Tierra (<i>tu cansancio</i>)	229
Toda la cera virgen de mis panales	43
Tras de mis huellas —que borró el destino—	152
Tu antojo ha perfumado mi vida sin fortuna	243
Tu dulce nombre evoco	26
Tú eras en lo profundo de mis alas	288
Tú lo comprenderás... ¡pero muy tarde!	241
Tus músculos se cansan, se agota tu sudor	281
Tu oscuro traje en que la noche late	32
Tu ventana está abierta... Estás dormida?	112
Un canto suave, como mojado de luna	293
Un rubicundo amanecer de estío	87
Un silencio profundo en tus arcadas	91

Va a morir. Acentúa el trazo seco	208
Venías cual la luna	57
Venía un perro por la vereda	94
—Ven... Una historia de duendes	194
Vestustos monasterios de la Ciudad Primada	121
Vieja camisa rota	155
Viejo negro del puerto	286
Viento	190
Ya en tus redes me hiciste presa, Amado	190
Y el Hombre?	261
Yo bendigo tus manos que en tarde rumorosa	175
Yo detendré mi paso en tu cabaña	197
Yo he estado contigo, sí, he estado contigo	179
Yo no sé cuándo fué! Tan sólo el alma	114
Yo no tengo derecho a quejaime	236
Yo, que observo con vista anodina	40
Yo quisiera formar las nueve letras	55
Yo quisiera, mi vida, ser burro	46
Yo sembraré mi voz en la carne del viento	216
Y tú, ¿nada le dices? ¿No le ofreces la mano?	102